

Un cadáver en el desierto

Elise Broach



Las Tres Edades **Serie Negra**

Siruela

ELISE BROACH

Un cadáver
en el desierto

 Siruela

UN CADÁVER EN EL DESIERTO

ELISE BROACH

Traducción del inglés de
Mireya Hernández Pozuelo

Serie Negra Ediciones Siruela

Índice

Cubierta
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Capítulo 37
Capítulo 38
Agradecimientos
Créditos

Un cadáver en el desierto

A mi hermano y hermana,
Mark y Mary Broach,
en agradecimiento por tantas aventuras compartidas.

Hay problemas que nunca ves venir, como esas tormentas eléctricas que empiezan de la nada. Un día el cielo es azul y distante y de repente se oscurece y se llena de nubes que se ciernen sobre ti. Las hojas se tornan plateadas y revolotean en el viento, el aire comienza a silbar y llega la lluvia, con tanta fuerza y tan rápido que apenas puedes ver. Casi nunca consigues llegar a tiempo a casa.

Eso es lo que ocurrió la noche que atravesamos Nuevo México. Había hecho sol todo el día y en el coche hacía demasiado calor. Yo estaba pegajosa del sudor, harta del asiento de atrás y de que Kit manipulara constantemente el aire acondicionado de forma que sólo le llegara a él. Mi hermano Jamie estaba conduciendo y le dejaba hacer lo que quisiera. Le parecía divertido.

–¡Por favor! –insistí–. ¿Podéis poner el aire para que llegue aquí atrás? –me despegué la camiseta de la piel y me abaniqué la tripa–. Me voy a desmayar.

–Vale –dijo Kit–. No nos vendría mal un poco de tranquilidad.

Jamie se rió, así que di una patada fuerte a su asiento. Entonces movió rápidamente el volante de un lado a otro para que todo el coche se zarandeara y dijo:

–¡Basta, Luce! O te arrepentirás.

Íbamos de Kansas City a Phoenix para pasar las vacaciones de primavera con mi padre. No tengo ni idea de por qué vino Kit. Era el mejor amigo de Jamie y sus padres se habían ido a las Bahamas «para salvar su matrimonio». Es justo lo que no quieres oír sobre los padres de otra persona, aunque me imagino que es mejor que oírlo sobre los tuyos. Nuestros padres ya estaban divorciados, así que Jamie y yo no teníamos que preocuparnos por ese tipo de cosas. Pero hay algo que nunca entendí: cómo una relación puede ser independiente de las dos personas que la conforman, de lo que respira y vive dentro de ella.

El caso es que Kit no tenía nada mejor que hacer en las vacaciones de primavera y decidió venir con nosotros. El viaje cambió totalmente. Ya tenía suficiente con estar relegada al asiento trasero como para encima tener que escucharles hablar de chicas doce horas seguidas durante todo el camino a través de Kansas, Oklahoma, parte de Texas y Nuevo México.

Todo empezó cuando Jamie dijo algo como:

–¿Viste a Maddie Dilworth el sábado en el gimnasio?

Kit dio un puñetazo al salpicadero y exclamó:

–¡Sí, claro! ¡Está buenísima!

Y entonces, como si yo no estuviera, empezaron a hablar de cada parte del cuerpo de Maddie Dilworth, lo que dejó de ser interesante pasados tres segundos. Me senté con mi bloc en las rodillas e intenté dibujar, pero me caían gotas de sudor en la hoja y las líneas se emborronaban. No me podía concentrar. Me quedaba mirando mis piernas flacuchas –demasiado blancas– y cómo la camiseta se me pegaba al pecho. Iba a cumplir quince años en un mes pero cuando estaba con Jamie y Kit siempre me sentía más pequeña, como si tuviera doce.

No paraban de hablar, primero sobre otra chica del gimnasio, luego sobre una estudiante de primero de bachillerato que trabajaba en la droguería Kane, luego sobre Kristi Bendall, una chica de mi curso. ¡Estaban en segundo de bachillerato! No podía soportarlo más.

–¡Oye! Está en tercero de ESO, imbéciles. ¿No es demasiado pequeña para vosotros? ¡Está en mi clase de matemáticas! No quiero saber lo que pensáis de sus tetas. ¿Podéis parar, por favor?

–Relájate –dijo Kit. Jamie se rió.

Me metí entre ellos y subí el volumen de la radio. Abrí el mapa y lo extendí sobre el asiento. Los interrumpía cada vez que veía una señal. Pero no servía de nada. Estaban en racha y yo estaba condenada a aguantarlos.

–Éste es el viaje más aburrido de mi vida –dije.

–Como si nos importara –gruñó Kit. Ése era el tipo de chico que era. Si no te aguantara, probablemente tampoco estarías allí.

Todo el viaje fue así. Cada vez que parábamos en una cafetería, Jamie y él se sentaban solos en una mesa para poder ligar con las camareras.

–¡Hola! ¿Cómo va todo? ¿Qué nos recomiendas del menú? No, elige tú. Tráenos tu plato favorito, confiamos en ti.

Suena tan mal que lo normal sería que las camareras los ignoraran, pero como los dos son muy guapos se salen con la suya. Jamie y yo nos parecemos a nuestro padre –ojos oscuros, nariz recta, amplia sonrisa– y Kit tiene el pelo rojizo, tan suave y ondulado que te dan ganas de tocarlo. Hasta que lo conoces.

La mayoría de las chicas no eran muy guapas. Tenían el pelo teñido, los dientes marrones y la voz ronca de fumar. Pero sonreían mucho y lanzaban con disimulo largas miradas a Jamie y Kit, y con eso bastaba. A Jamie le encantaban las mujeres y a Kit... Bueno, como diría mi madre, a Kit le encantaba el sonido de su propia voz.

Y yo tenía que ver cómo sonreían satisfechos y les abrían la puerta y dejaban billetes de propina en cada sitio que parábamos. En el último restaurante, la camarera era mexicana y hablaba inglés a duras penas, así que intentaron con todas sus fuerzas practicar el español que habían aprendido en el instituto –«por favor, claro que sí, no más»– tratando de impresionarla. Nuestro padre es

medio mexicano y habla muy bien español, así que Jamie pudo imitarlo mejor que Kit, pero aun así metían la pata constantemente y la camarera se reía de ellos.

Me puse los auriculares en los oídos e hice algunos dibujos en el fino mantel de papel: un cactus, un coyote, la camarera con su frente ancha y suave y sus cejas oscuras y arqueadas... No paraba de pensar en mi mejor amiga Ginny. Si estuviera aquí nos estaríamos partiendo de risa burlándonos de Jamie y Kit. Pero sin ella lo único que podía hacer era tratar de parecer ocupada, y no una perdedora que tiene que comer sola.

Estaba harta de que me ignoraran. Así que cuando volvimos al coche me puse a discutir con Kit para que me cambiara el sitio.

—¡Venga! Has estado sentado ahí todo el viaje. No es justo. Ni siquiera es tu coche. ¡Tengo mucho calor!

—Pues bebe algo —Kit se agachó y abrió con fuerza el pack de seis latas que había a sus pies. Se lo había conseguido un camionero al que le habían pedido que las comprara para que no les pidieran el carnet.

—¡Eh! —exclamé—. ¿Qué estás haciendo?

Kit le pasó una cerveza a Jamie y cogió una para él.

—Tengo sed —se dio la vuelta y me puso la lata fría en el brazo. Me estremecí y él sonrió abiertamente.

Le aparté la mano de un empujón.

—Dijiste que eran para Albuquerque, para el hotel, Jamie, ¡jo! Mamá te va a matar. No bebas mientras conduces. ¿Qué pasa si nos para la policía?

Jamie me miró por el espejo retrovisor.

—Por aquí no hay policías.

Tenía razón. No había nada más que el desierto, rojizo y pedregoso, extendiéndose en todas las direcciones. Kansas también era llano, pero no tanto. Era más verde, más suave, con montones de casas construidas entre tierras de cultivo. Aquel lugar estaba vacío. Pasadas unas cuantas rocas y matorrales aquí y allá alcancé a ver en la distancia una línea irregular de montañas, azul y tenue. Pero aparte de eso, sólo la tierra dura y seca con alguna brizna de hierba plateada, cactus como los de los dibujos animados y algún arbusto de vez en cuando. Durante toda la tarde estuve pensando lo extraño que era que alguien hubiera puesto una carretera allí, como si eso hiciera que mereciera la pena visitar ese lugar. Horas antes Jamie se había salido de la autopista principal porque decía que era aburrida.

Di otra patada a su asiento, sólo para fastidiarle.

—¡Para ya, Luce! Ni siquiera hace calor ahora.

Tenía razón. Era casi de noche. De repente el cielo se tornó de un gris denso y tormentoso. Bajé la ventana y dejé que una ráfaga de viento me diera en la

cara y el pelo me rozara las mejillas. El aire soplaba a ráfagas y era cada vez más frío. Bramaba alrededor del coche.

Entonces es cuando empezó a llover.

–¡Sube las ventanas! –gritó Jamie.

Un torrente de lluvia cayó del cielo golpeando el techo del coche y empapando la autopista. El parabrisas se empañó y la carretera desapareció.

Agarré el reposacabezas de Jamie.

–¡Más despacio!

–¡Qué guay! –Kit echó la cabeza hacia atrás–. ¡Es increíble!

Era como estar debajo del agua, atravesando rápidamente un océano oscuro y negro.

Entonces lo sentimos.

Una sacudida. Grande pero hueca. Una especie de ¡pum! cuando el coche chocó contra algo.

Me di con las rodillas en el asiento delantero y la cerveza de Jamie se derramó en el salpicadero.

—¡Maldita sea! —exclamó Jamie.

Frenó dando un volantazo. Entonces el coche empezó a patinar y él volvió a acelerar, intentando controlarlo.

—¡Eh, tranquilo! —dijo Kit—. Sea lo que sea, le has dado.

—¿Qué? —grité—. ¿Qué ha sido eso? —me puse de rodillas con dificultad y traté de vislumbrar algo por la ventana de atrás. En el resplandor rojo de las luces traseras, bajo la lluvia torrencial, logré ver algo oscuro en la carretera. Se sacudía con espasmos, arrastrándose hacia un lado—. ¡Dios mío, Jamie! ¡Has golpeado algo! ¡Está en la carretera! ¿Qué es?

—No lo sé —le temblaba la voz—. Será un coyote. Corrió directo al parachoques. No me dio tiempo a frenar.

Ahora conducía más despacio. Sus pálidas manos apretaban fuertemente el volante. Parecía que la lluvia había arrastrado la noche delante y detrás de nosotros. No veía nada.

—¡Todavía estaba vivo! —exclamé—. Tenemos que volver.

Kit se dio la vuelta.

—¿Para qué? Sólo es un animal.

Yo seguía mirando detenidamente a través de la ventana de atrás y de la cortina de agua plateada.

—¿Y qué pasa si es un perro?

—Aquí no vive nadie. ¿Cómo va a ser un perro?

Y eso habría sido todo, fin de la discusión, porque yo no estaba segura, Jamie estaba conmocionado, Kit estaba impaciente y todavía quedaba una hora para llegar a Albuquerque. Eso habría sido todo si yo no hubiera visto aquella luz amarilla, una mancha húmeda y brillante en medio del desierto.

—¡No, espera! —grité—. Ahí hay una casa. Podría ser un perro. ¡Podría ser el perro de alguien! Jamie, por favor, tenemos que volver.

Kit se dio la vuelta rápidamente.

—¿Estás de coña? ¿Qué vamos a hacer? ¡Nada! Fue un accidente. Fue derecho a la puta carretera.

Pero Jamie ya estaba frenando. Con gran esfuerzo dio marcha atrás y giró en la autopista.

—¿Qué estás haciendo? —Kit le fulminó con la mirada, indignado.

–Voy a volver –dijo en voz baja pero firme, como si alguien le hubiera preguntado algo que no debía contestar. En mi familia nos entusiasaban los perros y Kit, que lo sabía, hizo un gran alarde de desesperación negando con la cabeza y mirando hacia arriba exasperado, sabía que teníamos que volver.

La carretera parecía extraña en la oscuridad. Brillaba bajo la luz de los faros, resbaladiza e inundada de agua. Jamie conducía más despacio. Era imposible saber cuánto nos habíamos alejado. Mantuve la cara presionada contra el cristal, mirando cada silueta de la carretera: los hitos kilométricos, los arbustos de aspecto salvaje, las inminentes rocas que aparecían de improviso... Miraba tan fijamente que me dolían los ojos. Ya era casi noche cerrada y nos abrimos paso entre la lluvia que caía con tanta fuerza que parecía tan sólida como un muro.

–No vamos a encontrar nada –dijo Kit, golpeando ruidosamente el salpicadero con los pies. Y un minuto después–: ¿Lo veis? Se ha ido. Seguro que sólo lo has golpeado. Ya nos hemos alejado mucho. Da la vuelta.

Pero entonces lo vi: algo impreciso e inesperado tendido a un lado de la carretera.

–¡Jamie, para! Está ahí.

Jamie frenó y el coche derrapó de lado.

–¿Dónde? ¿Qué?

–Mira –lo señalé, pero con la lluvia no podía estar segura.

–Estáis locos –dijo Kit–. No me puedo creer que estemos haciendo esto. ¿Qué pasa si es un perro? Probablemente esté rabioso. ¿Qué vamos a hacer con él?

–No lo sé –farfulló Jamie–. ¡Pero venga! Vamos a echarle un vistazo –volvió a girar el coche y se detuvo en medio de la carretera, proyectando los faros hacia donde yo había apuntado. Un arco blanco de luz cubrió el asfalto. Abrí la puerta del coche y una ráfaga de aire frío me hizo estremecer. Había chaquetas sepultadas en algún lugar del maletero, pero Jamie y Kit se pusieron la camiseta en la cabeza y avanzaron a trompicones bajo la lluvia. El agua resbalaba sobre nosotros empapándonos la ropa y corriendo como un río por nuestros brazos y piernas. Con la camiseta alrededor de la cara, Jamie y Kit parecían fantasmas.

Los adelanté corriendo.

–¡Ahí está! –chillé. Oí el crujido de los pies de Jamie en la gravilla detrás de mí.

Con el resplandor de los focos me pareció ver algo pálido encorvado en la carretera.

Me detuve. Jamie casi se choca contra mí. Nos quedamos parados mirando. No podíamos respirar.

No era un animal. Era una chica, y su brazo delgado trazaba una curva en el asfalto, como una bailarina. «Oh Dios mío», pensé.

Hay momentos en que todo cambia tan rápido como un parpadeo o el tiempo que se tarda en coger aire. Es como si hubiera una línea entre el «antes» y el «después» y puedes sentir que pasas por encima pero no quieres hacerlo porque sabes que no hay vuelta atrás. Eso es lo que pasó cuando vi a la chica. Fuimos hacia ella mientras Kit se acercaba a nosotros por detrás, y no sé cómo lo hicimos, cómo fuimos capaces de mover los pies o respirar. Quería volver corriendo al coche, cogerles de la mano y llevarlos conmigo justo antes de ese momento para que pudiéramos huir en medio de la noche sin saber lo que había ocurrido. Porque saberlo cambiaría todo. En cuanto la vi lo sentí: nos estábamos alejando de nuestra antigua vida y acercándonos a otra cosa.

Cuando llegamos a donde yacía pudimos ver su pelo extendido en el suelo como un abanico oscuro y mojado. Tenía los ojos totalmente abiertos, imperturbables a la lluvia. Estaba muerta.

Ninguno dijo nada. Nos quedamos ahí de pie con la lluvia cayendo sobre nosotros y sin dejar de mirar fijamente a la chica, como si de algún modo pudiéramos devolverle la vida con la mirada, hacer que se levantara de la carretera y se alejara de los coches que circulaban bajo la lluvia.

Nunca en mi vida había visto a un muerto. No dejaba de pensar que si esto fuera una película la gente estaría desesperada, tomándole el pulso, tendiéndola en el suelo, golpeándole el pecho. Y quizá un minuto más tarde ella tosiera o respirara con dificultad, y entonces sabrías que se iba a poner bien. Pero esta chica estaba tan quieta... Incluso en el fragor de la tormenta uno podía sentir la tranquilidad que la rodeaba.

Jamie se agachó a su lado.

–Pero si era un coyote –dijo en voz baja.

Kit se inclinó con las manos en las rodillas. Le temblaba la respiración.

–Estaba muy oscuro, no la viste. Vino directa a la carretera.

–No –dijo Jamie–. Era un animal.

–No se veía nada.

–No.

–Jamie –le puse la mano en el hombro. Negó fuertemente con la cabeza y se apartó de mí con un movimiento brusco. No podía dejar de mirarla. Tenía la boca entreabierta, un óvalo perfecto en completo silencio. Era mayor que nosotros, pero no mucho más. Una chica bastante normal: vaqueros oscuros, una camiseta con un texto estampado delante y una pulsera de la suerte de plata

parecida a la que guardaba yo en el primer cajón de mi cuarto. Su esmalte de uñas se estaba descascarillando y tenía dos agujeros en una oreja. ¿Cómo podía estar muerta?

Su cuerpo estaba tendido en diagonal, retorcido, con la camiseta levantada mostrando una franja de piel blanca. Estiré el brazo y se la bajé. Entonces, no sé por qué, sentí náuseas y empecé a vomitar. Mientras me retorció de dolor sentí como alguien me agarraba del pelo y me lo apartaba de la cara. Debió de ser Kit, lo que resultaba extraño, pero no más extraño que todo lo demás.

Jamie se quitó la camiseta de la cabeza y la lluvia lo empapó entero, haciendo que el pelo se le quedara pegado a la frente. No me miró.

–Vale, Luce, llamaremos a alguien.

–Toma –dijo Kit, sacando su móvil. Lo protegió de la lluvia con la palma de la mano y lo movió apuntando en varias direcciones mientras presionaba el teclado. Al cabo de un rato alzó la vista desesperado–: No hay cobertura.

Y entonces me acordé.

–Había una casa –dije.

–¿Qué? –se giraron hacia mí.

–La luz esa que vimos. Nos podrán ayudar.

–Ah, vale –contestó Jamie. Le había cambiado la cara, estaba conmocionado. No dejaba de mirar a la chica–. Está demasiado cerca de la carretera, ¿podemos alejarla?

Kit negó con la cabeza.

–No creo que debamos tocarla.

Tragué saliva.

–¿Y si alguien choca contra ella? ¿Y si la atropellan?

–Está muerta –dijo Kit.

Jamie tenía la boca muy tensa pero sus ojos estaban abiertos como platos.

–Me quedaré aquí. Vosotros id a la casa. Yo esperaré con ella.

Kit frunció el ceño.

–No puedes hacer nada.

Jamie le lanzó las llaves del coche.

–Marchaos.

Así que Kit y yo volvimos al coche. Kit abrió el maletero y me lanzó mi chaqueta; la cogí y me quedé parada mirándola. No se me ocurría nada que hacer.

–Póntela –dijo. Y entonces me di cuenta de que estaba temblando. Nos subimos al coche y sujeté la cazadora de Jamie por fuera de la ventanilla para dársela cuando pasáramos a su lado. Él la cogió y se la puso sobre el hombro, mientras la lluvia seguía cayendo con fuerza a su alrededor. Lo miré por el espejo retrovisor mientras nos alejábamos. Se volvía cada vez más oscuro y

pequeño, pero aún podía ver su chaqueta, ondeando inútilmente, como una bandera.

Llovía tanto que casi nos pasamos la salida. Pero ahí estaba la luz, en lo más profundo de la oscuridad del desierto, y cuando disminuimos la velocidad vimos un estrecho camino de tierra a un lado de la carretera. Estaba lleno de barro y encharcado, con pequeños riachuelos de agua corriendo sobre él. Kit avanzó muy lentamente y fuimos dando tumbos sobre aquel suelo plagado de surcos. Yo todavía estaba temblando, pero sentía que iba despertando y que prestaba más atención. Ahora todo parecía demasiado real: el tirador metálico de la puerta del coche, congelada, me presionaba en el muslo y el olor penetrante a cerveza se extendía por el asiento delantero. De vez en cuando miraba disimuladamente a Kit. No era típico de él estar callado.

Finalmente dijo:

–Deberíamos deshacernos de las latas.

–¿Qué?

–Tenemos que tirar la cerveza.

–¿Ahora?

Parecía imposible que pudiéramos pensar en algo que no fuera la chica. Pero habría policía.

–No sé –dije.

–Tenemos que librarnos de ellas.

–Pero el coche huele un montón. Lo averiguarán. Parecerá que... –no sabía cómo decirlo.

Kit se encogió de hombros y miró la carretera con el rabillo del ojo.

–Si encuentran latas de cerveza abiertas en el coche... –titubeó–. Piensa en Jamie.

Estaba muy enfadada con él, furiosa. Él era el que había querido cerveza, el que había conseguido el pack de seis latas y el que había dado a Jamie una mientras conducía. Y ahora una chica estaba muerta y Jamie no tenía la culpa, no podía tenerla. Pero habíamos conducido muy rápido y nuestro coche apestaba a cerveza. ¿Quién iba a saber lo que había pasado en realidad?

–Estoy pensando en Jamie –dije.

Kit me miró de reojo. Redujo la velocidad y bajó la ventanilla. Luego alargó la mano hacia mis espinillas, cogió las dos latas y las tiró por la ventana hacia la oscuridad. Un minuto después lanzó el resto del pack, que desapareció detrás volando en espiral.

–¡Kit! –exclamé. Pero siguió conduciendo.

De pronto estábamos frente a la casa. Era pequeña y laberíntica y había luces brillando en dos de las ventanas y una furgoneta aparcada en un lateral. Tan pronto como estacionamos en el jardín –si se le puede llamar así porque no estaba cerrado sino que se extendía hacia el desierto– dos perros grandes salieron corriendo y ladrando de detrás de un cobertizo.

Volvimos a estar bajo la lluvia.

Los perros rodearon a Kit. Le olisqueaban las piernas mientras sus largas colas se sacudían de un lado a otro. Me puse la capucha y fui hacia la puerta.

Se abrió antes de que me diera tiempo a llamar. Una mujer de unos treinta años estaba de pie junto a ella. Llevaba una camisa masculina salpicada de pintura. Era guapa: estaba bronceada por el sol y su pelo negro le caía por la cara como si fuera un velo. Se lo echó para atrás. Parecía molesta.

–Bueno, ¿qué ha pasado? ¿Problemas con el coche?

–No –dijo–. Hay... nosotros... –no sabía qué decir.

Entonces Kit llegó corriendo, con los perros saltando detrás de él y enredándose entre sus piernas.

–¡Oscar! ¡Toronto! –dijo la mujer duramente. Los perros se alejaron serviles. Alargué la mano hacia el grande y negro y él la lamió, moviendo su cabeza bajo la palma de mi mano.

Kit hablaba rápidamente:

–Una chica corrió hacia la carretera, justo enfrente de nuestro coche. Está... está muerta. Mi amigo se ha quedado ahí con ella, pero está muerta.

La mujer dejó de mirar a Kit y me miró a mí. Tenía los ojos oscuros y fijos y resultaba muy difícil devolverle la mirada.

–Pasad –dijo–. Llamaré a la policía.

Mientras marcaba el número llenamos todo el suelo de agua. En el centro de la habitación había un enorme trozo de metal retorcido pintado de varios colores con cosas raras colgando: un tapacubos, un trozo de una tubería... Una tela protectora estaba extendida bajo la escultura y había una alfombra enrollada contra la pared. Kit me miró y arqueó las cejas.

–¿Joe? Hola, soy Beth Osway. Tengo a un par de chicos aquí. Han tenido un accidente, atropellaron a alguien. Creen que podría estar muerta –escuchó un momento y luego se giró hacia Kit–: ¿Dónde ha sido? ¿A cuánta distancia de aquí?

Kit hizo gestos.

–No lo sé, hacia el este, ¿a unos tres o cuatro kilómetros?

Ella repitió la información por teléfono.

–De acuerdo, nos encontraremos allí –se giró hacia nosotros–: ¿Estáis bien? ¿Alguno de vosotros está herido?

Negamos con la cabeza.

–No, parece que están bien –colgó y cogió una chaqueta de nylon de un gancho de la pared–. Tardarán un rato –dijo–. Pero los esperaremos allí.

Entonces nos miró con curiosidad, otra vez con esa mirada penetrante, como si estuviera resolviendo un puzle.

–Soy Beth. ¿Vosotros cómo os llamáis?

Kit dijo:

–Kit Kitson y Lucy Martínez.

Ella lo miró.

–¿Kit Kitson?

Kit se ruborizó.

–Bueno, Frederick. Pero todo el mundo me llama Kit.

Lo miré. ¿Frederick? Ni siquiera estaba segura de que Jamie lo supiera.

Corrimos de nuevo bajo la lluvia. Cuando subí a la parte de atrás del coche el olor a cerveza era más fuerte que nunca. Beth abrió de golpe la puerta del copiloto y cuando se disponía a entrar se detuvo. Echó un vistazo dentro del coche y me miró.

–¿Has estado bebiendo?

–¡No! –dije rápidamente–. ¡No! Tengo sólo catorce años.

Kit se deslizó en el asiento del conductor, sin mirarla.

Sus ojos no se apartaron de mí.

–¿Él ha estado bebiendo?

Me giré hacia Kit. Arrancó el coche sin decir nada.

Beth alargó la mano, giró las llaves y las sacó del contacto.

–Cogeremos la furgoneta –dijo con voz seria.

Me senté en medio en la furgoneta y apreté los hombros contra mi cuerpo para no tener que tocar a ninguno de los dos. Sentía cómo Kit se movía inquieto, preparándose para decir algo. En la oscura cabina su cara estaba tensa y su habitual sonrisita había desaparecido.

–No estábamos bebiendo –dijo finalmente.

Beth no respondió. Lo miré. No me podía creer que fuera a mentir. Ella había estado dentro del coche apestoso.

Kit se encogió de hombros.

–Quiero decir, nos tomamos una cerveza.

Beth siguió mirando a la carretera. Los limpiaparabrisas se agitaban frenéticamente de un lado a otro y latían al ritmo de mi corazón.

Kit se inclinó hacia delante.

–Un sorbo o así, en serio. De todas formas la mitad se cayó. Ya sabes, cuando nosotros... –estaba intentando que ella lo mirara, pero sus ojos no se apartaban de la carretera.

Frunció el ceño.

–Una gilipollez, ¿no crees?

Kit se hundió en el asiento, derrotado, y yo me quedé encogida. No lo entendía. Parecía que nos estaba ayudando con lo de llamar a la policía y llevarnos a donde estaba Jamie. Pero no nos trataba como lo habría hecho cualquier otro adulto. No nos hacía preguntas para llenar los silencios de la conversación. Parecía que estaba deseando librarse de nosotros.

Entonces vimos a Jamie, sentado donde lo habíamos dejado.

–Ahí está –dije en voz baja, pero Beth ya lo había visto y estaba frenando y conduciendo por el arcén.

–Quedaos ahí –dijo bruscamente, dando un portazo. Yo me separé de Kit enseguida y miré por la ventana. Caminó hacia Jamie poniéndose la capucha. Él intentó levantarse pero le temblaban las piernas. Daba la impresión de que no se había movido desde que nos marchamos. Dio un traspié hacia un lado y Beth le agarró del brazo para que no se cayera.

Vi cómo hablaba con ella y ella le respondía. Jamie señaló a la chica y Beth se agachó y se quedó así un rato, mientras mi hermano gesticulaba y hablaba. Cuando ella se empezó a poner de pie, él le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

–¿De qué están hablando? –preguntó Kit.

–No lo sé –le lancé una mirada–. Puede que de la cerveza que no os bebisteis.

–¡Venga ya! ¿Qué se supone que tenía que decir? Bastantes problemas tenemos ya como para que se ponga así por eso. Ni siquiera nos tomamos media lata.

–¡Pero huele todo el coche! Me parece una tontería mentir sobre ello ahora.

–Vale, vale –estaba furioso–. Tampoco veo que a ti se te ocurra ninguna gran idea.

No supe qué decir.

Volví a mirar por la ventana y de pronto paró de llover tan repentinamente como había empezado. No fue amainando hasta convertirse en una llovizna sino que paró del todo. Nos quedamos de nuevo en silencio, escuchando los sonidos que hacía el leve goteo del agua corriendo por la carretera. El parabrisas resplandecía con una cortina de gotitas. La autopista brillaba como un río iluminada por los faros. Me costaba horrores mirar a la chica. ¿Qué había estado haciendo ahí afuera, sola, en medio de la carretera? Abrí la puerta y el aire húmedo de la noche entró en la furgoneta y empecé a tiritar.

Podíamos oír la voz apagada de Jamie hablando con Beth. Seguramente ella le estaría preguntando por la cerveza. Yo estaba convencida de que él le diría la verdad. En ese sentido no era como Kit: no estaría pensando y tratando de adivinar las consecuencias.

–Mira –dijo Kit, señalando. A lo lejos se veían diminutos destellos de luz roja y azul atravesando rápidamente el campo. Casi en el mismo momento oímos el silbido de las sirenas. Me temblaban los brazos. Me agarré firmemente los codos para que no se movieran.

¿Qué nos iba a pasar? La gente iba a la cárcel por cosas así. Conducir borracho, atropellar y matar a alguien... ¿Acaso no era un asesinato? Pero Jamie no estaba borracho, Kit tenía razón. No bebieron mucho. Deseé que Kit no viera cómo temblaba.

Beth volvió a la furgoneta y apoyó la mano en la puerta.

–Aquí vienen. Vosotros también tendréis que salir.

Nos acercamos a Jamie. Estaba hecho una sopa, con la camiseta tan empapada que se le pegaba al pecho y se le transparentaba. El pelo le caía sobre los ojos, así que se lo echó para atrás agitando la cabeza y salpicándonos.

–No ha venido ni un solo coche desde que os marchasteis –dijo–, todo esto es muy raro.

Podíamos oír cómo la noche susurraba alrededor de nosotros, salvo en el silencioso pedazo de tierra donde yacía la chica.

Kit sacudió la cabeza:

–¿Podemos irnos hacia allí, lejos de esto?

–De ella –repliqué.

Kit se alejó unos metros y Jamie y Beth le siguieron. Yo me quedé donde estaba. Me agaché para mirarla bien. Tenía los ojos brillantes y claros como el cristal y las mejillas resplandecientes. Carecía de expresión. Era diferente a la cara de la gente cuando duerme, muchísimo más inexpresiva, sin parpadeos ni tics, sin ninguna señal de que fuera a cambiar jamás.

En su camiseta azul oscura se extendían letras formando grandes curvas alborotadas: «¡Las Rocosas molan!». Quizá fuera de Colorado o había estado allí de vacaciones. O puede que alguien le hubiera traído la camiseta de un viaje.

Las sirenas se oían cada vez más alto. Le miré la mano blanca y retorcida y la pulsera que le rodeaba la muñeca. ¿No debería ser más fácil destruir una pulsera que a una persona? ¿No debería haber sido eso lo primero que se aplastara o hiciera añicos? Sin embargo la pulsera estaba intacta, exactamente igual que cuando ella vivía.

Se parecía a la pulsera de la suerte que tenía en casa, con un corazón colgando como la mía. Alguien se la llevaría pronto. Esta pulsera sería todo lo que quedara de ella.

Me parecía tan injusto. Debería quedar algo.

Antes siquiera de pensar sobre lo que estaba haciendo estiré el brazo y la desabroché, deslizándola bajo su brazo. Las puntas de mis dedos rozaron su piel fría y al chocarse, los amuletos tintinearón. Sabía que estaba mal. Apenas podía respirar. No sabía por qué lo estaba haciendo.

Me la metí en el fondo del bolsillo de la chaqueta justo cuando los coches de policía llegaron aullando y se detuvieron.

Había tres policías. Salieron de sus coches a la vez, con la ambulancia aullando tras ellos. Los paramédicos abrieron las puertas de atrás, sacaron una camilla metálica y la pusieron con fuerza en el suelo, provocando un estruendo que se oyó en toda la carretera. Luego se agacharon al lado de la chica y empezaron a mover las manos rápidamente y con seguridad, levantando su muñeca, tomándole el pulso en el cuello, alumbrando sus ojos con una luz minúscula y penetrante... La policía iba con linternas. Dieron una vuelta, mirando la carretera y el arcén de tierra donde estaba tendida. Uno hizo unas fotos y la intensa ráfaga del flash me hizo parpadear. Hablaron con los médicos. Trazaron el contorno de su cuerpo. Parecía que todo el mundo sabía qué hacer.

Vi cómo los paramédicos ponían a la chica en la camilla. La enderezaron y pegaron sus brazos a los costados de su cuerpo. Por un momento parecía que la estaban arropando, como hacía mi madre cuando me estaba quedando dormida, alisando la colcha y deslizando mi brazo hacia dentro cuando se caía por el borde del colchón.

Entonces tensaron la sábana blanca con un ruido seco y cubrieron a la chica completamente.

Un policía se quedó en la ambulancia y los otros dos se aproximaron a nosotros. Al verlos llegar, con sus placas y sus enormes fundas de pistola, sentí cómo me invadía una ola de miedo. La chica había estado viva y ahora estaba muerta. Entre esos dos momentos sólo estábamos nosotros. Mi corazón empezó a latir con fuerza. Habíamos hecho algo terrible. Aunque fuera un accidente no podíamos negar que había sido culpa nuestra.

Un hombre mayor y corpulento, el que parecía estar al mando, se acercó a nosotros. Se frotó la frente y saludó con la cabeza a Beth.

–¿Cómo estás, Beth? Hace tiempo que no te veía.

–Bien, Stan. Ocupada. ¿Y tú qué tal? –Beth se echó el pelo para atrás con un movimiento de cabeza, mirando fijamente a la ambulancia.

–Tirando. Es una pena lo de esa chica. Era muy joven.

–Ya –Beth sacudió la cabeza–. ¿Qué estaría haciendo ahí fuera ella sola? ¿Habéis visto algún coche averiado por el camino?

–No, no nos han informado de nada desde que dejamos Kilmore –se giró hacia nosotros–: Soy el sheriff Durrell –dijo–. Tenemos que tomaros declaración, chicos. A ver, ¿quién de vosotros iba conduciendo?

Jamie asintió ligeramente, mordiéndose el labio.

–¿Y dónde está vuestro coche?

–Está en mi casa –dijo Beth–. ¿Puedo hablar contigo un momento, Stan?

Lo alejó de nosotros y empezó a hablar bajito. Podía oír cómo Kit soltaba tacos en voz baja. Jamie negó con la cabeza.

–Ya basta, Kit. Tenemos que decirles lo que pasó, ¿vale? Todo lo que pasó. Kit frunció el ceño.

–Ni siquiera sé lo que pasó, ¿tú lo sabes?

Cuando el sheriff volvió había cambiado, estaba enfadado y cortante.

–Tengo entendido que habéis estado bebiendo, chicos. ¿Puedo ver vuestros carnets de conducir? Vamos a comprobar una serie de cosas. ¿Y tú, jovencita? ¿Has bebido algo esta tarde?

–No –dije rápidamente, pero no era capaz de mirarle. Podía sentir el peso de la pulsera en mi bolsillo.

–¿Sabéis que la edad legal para beber son 21 años?

–Ella no bebió nada.

Cuando alcé la vista, el sheriff aún me estaba mirando.

–Camina hacia allá, hacia el coche patrulla, en línea recta –me ordenó–. Con un pie detrás del otro y los brazos pegados al cuerpo. Cuenta los pasos en voz alta.

Me empecé a acalorar. Hice lo que me dijo, colocando los pies con cuidado.

–Uno, dos, tres... –mi voz sonaba débil y aguda.

–Más alto –dijo él. Tragué saliva. No podía soportar que todos me estuvieran mirando–. Ocho, nueve...

–Vale, es suficiente –gritó–. Vuelve aquí. ¿Cómo te llamas?

–Lucy Martínez.

–¡Roy! –me sobresalté–. Llévate a la señorita Martínez al coche y tómale declaración –se giró hacia Jamie y Kit–: Ustedes se quedan aquí conmigo.

Seguí al poli más joven al coche. Mientras nos alejábamos miré hacia atrás y vi a Jamie y a Kit quietos como estatuas con los brazos pegados al cuerpo. Parecía irreal y demasiado real al mismo tiempo, como si fuera un sueño. El sheriff hizo que cada uno de ellos levantara una pierna hacia delante y la mantuviera ahí un rato. En otro momento habría tenido gracia –parecían cigüeñas– pero ahora no, con esa cara rígida y asustada que tenían. Era imposible que estuvieran borrachos, pero aun así me preocupaban.

El coche de policía estaba muy oscuro por dentro y tenía un olor acre y amargo. ¿Qué era? ¿Sudor? El panel delantero estaba repleto de indicadores y pantallas intermitentes que parecían mandos de una nave espacial. En medio de las interferencias estáticas de la radio se oían voces superpuestas que me hacían estremecer. El reloj marcaba las 10:38.

–¿Tan tarde es? –pregunté, y me sentí estúpida cuando él no me contestó. Me di cuenta de que no sabía qué hora era. No tenía ni idea de cuándo habíamos tenido el accidente, cuándo habíamos ido a casa de Beth o cuándo había llegado la policía. Estaba claro que me lo preguntaría, y yo no sabría qué decir.

El poli bajó el volumen de la radio y sacó un portapapeles con un formulario impreso. Me hizo preguntas sin mirarme –mi nombre, mi dirección, mi edad–, garabateando toda la página con líneas oscuras y rápidas. Yo le miraba el perfil iluminado por la luz tenue del coche. Un músculo de la mandíbula se le movió bajo la piel.

–Bueno, cuénteme lo que pasó.

Apreté los labios y miré por la ventana, pensando detenidamente. Tendría cuidado, como dijo Jamie. Le quería contar todo.

–Estábamos conduciendo...

–¿Quién estaba conduciendo?

–Jamie, mi hermano Jamie.

–¿Y usted estaba en el asiento delantero?

–No, no. Kit estaba delante. Yo estaba atrás, detrás de Jamie. Estábamos yendo a Phoenix para visitar a mi padre e intentábamos llegar a Albuquerque esta noche para descansar del viaje. Empezó a llover a cántaros.

–¿A qué hora fue eso?

Me mordí el labio.

–No lo sé. No miré el reloj.

–¿Más o menos a qué hora? ¿A las siete? ¿A las ocho?

–Era de noche. No lo sé. Podía estar oscuro por la tormenta, pero creo que fue después de ponerse el sol. ¿A las siete y media quizá?

–¿Y cómo describiría la visibilidad?

–Eh...

–¿La carretera se veía bien o no?

Pensé en aquel océano girando velozmente alrededor de nosotros.

–Llovía mucho –contesté.

–¿O sea que la visibilidad era reducida?

–Sí.

–¿Y su hermano reguló la velocidad? ¿La redujo?

Me acordé de nosotros conduciendo a toda prisa en la noche oscura y lluviosa.

–No sé, no estaba prestando atención.

–¿Y luego qué pasó?

–Chocamos contra algo.

–¿Contra qué?

–No lo vi. Sólo sentí la sacudida.

–¿No lo vio porque no estaba mirando hacia delante o porque estaba mirando pero no podía ver lo que era?

Traté de pensar. ¿Había estado mirando por la ventana cuando chocamos contra ella? No conseguía acordarme. La lluvia lo empañó todo.

–No lo sé. Creo que no estaba mirando hacia delante.

–¿Su hermano frenó? ¿El coche patinó?

–No. Ocurrió todo demasiado rápido. No hubo tiempo de frenar.

Dejó de escribir.

–Pero usted en realidad no estaba mirando hacia delante, ¿verdad? Así que no sabe si hubo tiempo de frenar.

Metí la mano aún más al fondo del bolsillo y toqué la pulsera. Por un momento me hizo asustarme más, pero luego, de algún modo, me sentí más segura. La apreté con el puño y respiré hondo.

–No, supongo que no. Pero pasó muy deprisa.

–Tras el golpe, ¿su hermano frenó?

–Sí, sí que frenó.

–¿Y paró el coche?

–No, creyó que era un animal, un coyote.

–¿Dijo por qué pensó eso?

–Supongo que es lo que creyó ver.

–Pero usted no vio un coyote.

Negué con la cabeza.

–Pero luego miré hacia atrás y vi algo en la carretera.

El poli se giró hacia mí, interesado.

–¿Qué vio?

–Era de noche, había demasiada lluvia. No lo sé.

–Bueno, ¿parecía un animal?

–Podría haber sido un animal.

–¿Y estaba en la carretera?

Pensé en aquel ser oscuro y espasmódico de la carretera, aquel ser herido y agonizante. No podía mirarlo. Apreté los dedos alrededor de la pulsera y los bordes afilados de los amuletos me hicieron cortes en la palma de la mano.

–Estaba tratando de salir de la carretera.

–¿Así que se movía?

–Sí...

–¿Erguido o...?

–No, como arrastrándose, cerca del suelo.

–¿Así que lo que golpeasteis seguía vivo?

Pensé en ella ahí tendida, con su hermoso brazo doblado y su pelo moreno formando una aureola. Oí la voz de Jamie: «Pero si era un coyote».

–Supongo –susurré.

–¿Qué hizo en ese momento?

–Se lo dije a Jamie y a Kit. Les dije que había visto algo moviéndose y hablamos de dar la vuelta, pero Kit pensaba que si era un animal salvaje no podríamos hacer nada.

El poli hizo una pausa, sujetando el bolígrafo sobre el papel.

–¿Usted, su hermano o el otro pasajero pensaron en la posibilidad de que lo que vieron en la carretera fuera una persona?

–¡No! –me dolía la garganta. Aspiré y apreté la pulsera con el puño. Me dolió, pero me alegré de que doliera–. No, en ningún momento pensamos eso. Si lo hubiéramos pensado habríamos frenado inmediatamente.

Se puso a escribir de nuevo con palabras exactas y rápidas, pese a que yo no estaba segura de nada de lo que decía. Me echó un vistazo.

–Señorita Martínez, ¿necesita descansar un rato?

Negué con la cabeza.

–Dígame lo que ocurrió después.

–Dimos la vuelta. Volvimos, y cuando llegamos al sitio la encontramos allí.

–¿Seguía lloviendo?

–Sí.

–¿Y qué pasó entonces?

–Nosotros... Enseguida vimos que estaba muerta.

–¿Cómo supieron que estaba muerta?

Me mordisqueé el labio y titubeé.

–Estaba claro. Tenía los ojos abiertos. No se movía ni respiraba ni nada.

–¿Trataron de hacer algún tipo de reanimación a la víctima?

Era la primera vez que alguien la llamaba así. Lo miré. Si ella era la víctima, ¿qué éramos nosotros?

–No. Estaba muerta. Pero intentamos llamar al ⁹¹¹. No había señal en el móvil.

–¿Y qué hicieron entonces?

Le conté lo demás muy rápido, sin parar para coger aire. Ahora que habíamos llegado a la parte en que ella estaba muerta nada importaba realmente. Le conté que había vomitado, que habíamos conducido a casa de Beth para pedir ayuda, que Jamie se había quedado atrás. Era importante decirle que Jamie se había quedado. Como si fuera la única cosa que habíamos hecho bien.

Escuchó y tomó notas. Luego el coche se sumió en un silencio incómodo. Le miré la cara mientras revisaba sus notas. «Podría dibujar la línea marcada de su mandíbula», pensé. Pero no sabía lo que significaba. ¿Estaba furioso? ¿Me creía?

Las caras de la gente eran así cuando empezabas a dibujarlas: geométricas,

abstractas. Cuanto más las miraras se volvían menos familiares, segmentándose en formas como un puzle, imposible de resolver.

Finalmente dijo:

–Muy bien, señorita Martínez, creo que es todo. Debe de estar agotada.

Por primera vez me miró fijamente. Tenía los ojos bonitos, con arrugas a los lados. Si le hubiera visto jugando al béisbol o paseando a su perro nunca habría pensado que era un poli. No parecía una persona que se pasara la vida alrededor de criminales y gente muerta.

Miré el reloj. Era casi medianoche.

Cuando regresé a la furgoneta de Beth, la vi hablando con el sheriff apoyada en el capó. Él asentía con la cabeza.

–Lo tenemos que llevar a la comisaría. Ya hemos contactado con su madre. El otro y la chica pueden irse, pero el conductor no.

Miré hacia atrás, aterrorizada. ¿Dónde estaba Jamie? Se lo iban a llevar.

El poli me puso la mano en el hombro.

–No pasa nada –dijo–. Es el procedimiento habitual. ¿Tiene 18 años?

Asentí en silencio. Jamie y Kit estaban de pie al lado de uno de los coches de policía. Kit me miraba con cara de preocupación, Jamie sólo miraba al suelo y le daba patadas con la zapatilla. Tenía las manos metidas en el fondo de los bolsillos. Caminé hacia ellos.

Oí cómo Beth le preguntaba al sheriff:

–¿Adónde irán?

–Bueno, hay un motel en Kilmore, pero está bastante lejos para ir ahora. Y tenemos que llevar el vehículo al depósito municipal. Los puedo llevar al centro de detención, pero...

Me giré y Beth frunció el ceño y se hizo un moño con todo el pelo. Suspiró.

–Supongo que pueden quedarse en mi casa. Si es sólo esta noche... ¿Pero te tienes que llevar el coche ahora? Es tan tarde...

–Sí, mandaré a alguien a que lo remolque. Pueden irse a dormir –me hizo un gesto–. ¿Señorita Martínez? Luego intentaré averiguar en la comisaría qué quiere su madre que hagamos esta noche.

Miré a Jamie.

–¿Qué pasa con mi hermano? Quiero quedarme con él.

El sheriff negó con la cabeza.

–Lo siento, tiene que venir con nosotros.

En ese momento Jamie levantó la vista. Tenía los ojos abiertos como platos y parecía asustado. Sentí la aspereza al fondo de la garganta y tenía miedo de echarme a llorar.

–¿Nos podemos quedar todos juntos, por favor? –supliqué.

Pero el sheriff ya se estaba alejando, con la pesada funda de la pistola chocando contra su pierna.

–¿Qué hay de nuestro padre? –le pregunté a Beth–. Nos espera en Phoenix mañana por la noche. Nuestras vacaciones de primavera sólo duran una semana.

Vino hacia nosotros y nos dijo en un tono mucho más dulce que antes:

–No creo que vayáis a ningún sitio en los próximos días.

Kit aspiró.

–¡Venga ya! Fue un accidente. No nos pueden acusar de nada. Bueno, lo de la cerveza, vale, pero no estábamos borrachos, no fue culpa nuestra. Quiero decir, si alguien se pone justo enfrente de tu coche de noche, ¿es tu culpa? No tiene sentido.

Veía cómo Jamie se frotaba el muslo con la mano.

–Deja de decir eso. Yo no atropellé a esa chica, no paro de repetírtelo. Lo que atropellé no era una persona.

–Vale, vale –dijo Kit enseguida–. Tranquilízate. Sólo digo que eso es lo que piensan los polis. Y aunque fuera la chica no hubo tiempo de frenar ni de dar un volantazo ni nada. Ya se lo dije a ellos. No podías hacer nada.

–Era un animal –dijo Jamie–. Era un coyote.

Beth le puso la mano en el brazo. Tenía diminutas salpicaduras de pintura verde en los nudillos.

–No lo pienses más. Fuera lo que fuera lo que ocurrió, ya no lo puedes cambiar.

Jamie se le quedó mirando los dedos. No dijo nada.

Ella quitó la mano bruscamente y nos hizo un gesto a Kit y a mí.

–Siempre y cuando le parezca bien a tu madre, vosotros podéis volver a mi casa.

–Pero Jamie...

–Él tiene que ir con la policía –dijo, volviendo a su furgoneta.

Me giré hacia Jamie. Me estaba mirando con la cara tensa.

–Quiero que estemos todos juntos –repetí.

Jamie negó con la cabeza.

–Todo va a salir bien, Luce. Marchaos.

–Pero...

–Marchaos.

Le toqué la mano, pero ya no me miraba. Ahora los dos polis estaban muy cerca, escuchándonos, esperando. Seguí a Beth hacia la furgoneta.

Un poco más tarde, Kit abrió la puerta del copiloto y se deslizó en el asiento acercándose a mí. Incluyó la cabeza hacia mi oído.

–No te preocupes –susurró–. Esto es lo que suelen hacer. No quiere decir nada.

–¿Cómo lo sabes? –murmuré, mirando fijamente a Jamie por el parabrisas mojado–. ¿Cómo sabes lo que van a hacer? ¿Lo van a arrestar? ¿Va a ir a la cárcel? –sentía cómo las lágrimas me caían por las mejillas. Esperaba que estuviera lo suficientemente oscuro como para que Kit me viera.

–¡No, Luce! ¡Basta ya, joder!

El sheriff se acercó hacia el lado donde Kit estaba sentado y apoyó la mano en la puerta.

–Ya están listos –dijo–. Señorita Martínez, su madre quiere que la llame en cuanto llegue a casa de la señora Osway.

Me froté las mejillas y asentí con la cabeza, sin mirarlo. Cerró de un portazo y sentí como si una puerta se cerrara, con nosotros a un lado y Jamie al otro. Los dos polis le llevaban a uno de sus coches. Mientras se alejaba pude ver sus omóplatos angulosos sobresaliendo por su camiseta mojada, delgados y frágiles como alas.

La furgoneta iba dando tumbos por la calle de Beth y un minuto más tarde llegamos a su casa. Los perros, que estaban dentro, saltaban en las ventanas y estallaban en ladridos frenéticos.

–¡Ay Dios mío! –exclamó–. Sacad vuestros bolsos del coche –nos dijo, y salió gritando–: ¡Tranquilizaos!

Cuando abrió la puerta los perros saltaron encima de nosotros, metiendo su nariz fría entre nuestras piernas. Beth los apartó de un empujón.

–¡No, Oscar! ¡Abajo, Toronto!

Kit y yo nos quedamos en la entrada sin saber muy bien qué hacer.

–Tengo una cama libre –me dijo–. Tú puedes dormir ahí –se giró hacia Kit–: Te daré unas mantas. El estudio tiene una alfombra bastante gruesa.

Kit estaba mirando fijamente el objeto metálico pintado a medias del salón.

–¿Qué es eso? –preguntó.

–Una obra en la que estoy trabajando.

–¿Sí? ¿Una especie de escultura? –se acercó a ella y puso la mano en uno de los tubos.

–No la toques –dijo Beth–. Todavía está húmeda.

–¿De qué está hecha?

–De metal. Piezas de coches. Cosas que encontré por ahí.

Kit sonrió burlonamente.

–Parece chatarra –dijo. Era exactamente lo que yo esperaba que dijera. Volvía a ser el de antes.

–Es chatarra –contestó serenamente Beth.

Kit la rodeó.

–¿Qué vas a hacer con ella?

–Es un encargo. La instalarán en el aeropuerto de Albuquerque este otoño.

–No hablas en serio. ¿Te pagan por hacer esto?

Beth desapareció por el pasillo y gritó por encima del hombro:

–¡Un montón de dinero, de hecho!

Regresó con mantas y almohadas que se le resbalaban por los brazos.

–Sé que es tarde, pero ¿tenéis que llamar a alguien? ¿A vuestros padres?

Kit se lanzó la bolsa de viaje al hombro y sacudió la cabeza enérgicamente.

–Los míos están de viaje. Intentaré llamarlos mañana.

De pronto sentí una necesidad imperiosa de oír la voz de mi madre, su voz

firme y segura recordándome que debía ponerme protector solar en la nuca y ayudar a Jamie a leer el mapa.

–Tengo que llamar a mi madre –dije. Pensé en Jamie.

–Aquí no hay mucha cobertura –me dijo–. Usa el inalámbrico de la habitación.

–Tengo una tarjeta telefónica –me apresuré a decir.

Me lanzó una mirada.

–No te preocupes por eso.

El cuarto de invitados era una habitación enana con una cama de matrimonio que ocupaba prácticamente todo el suelo. Las paredes estaban pintadas de azul marino y una gran ventana desnuda enmarcaba la noche desierta. Sería como dormir en el cielo. Ayer me habría gustado la libertad que eso implicaba. Ahora no estaba tan segura.

–Si tienes frío –me dijo Beth desde la entrada–, hay otra manta debajo de la cama.

Entorné la puerta mientras me cambiaba. La pulsera tintineó cuando la chaqueta se me cayó al suelo. La agarré, balanceándola en la luz. Entonces oí a Kit en el pasillo, así que la deslicé en el bolsillo de mi mochila y saqué en su lugar la tarjeta telefónica.

¿Habría hablado Jamie ya con nuestra madre? ¿La habría llamado desde la comisaría? Me estremecí al imaginármelo en una celda. Solo. Me preguntaba qué le habría contado. En casa, cada vez que se chivaba de mí por algo lo contaba todo, soltaba cada detalle incriminatorio en el momento adecuado para enfurecerla al máximo. Yo normalmente hacía lo mismo. Pero esto era diferente. Fuera lo que fuese, estábamos juntos. Me acordé de cuando éramos pequeños y rompimos el canalón saltando desde el tejado del garaje, o cuando metimos una baraja de cartas en el ventilador para hacer confeti. Yo estaba segura de que le contaría a mi madre una versión reducida, lo suficiente como para que lo entendiera.

Pero ¿quién podría entenderlo? Abrí un poquito la ventana y entró una fría ráfaga de aire. Me metí bajo la colcha tiritando, levanté el teléfono del soporte que había junto a la cama, tecleé números y seguí una retahíla de instrucciones innecesarias.

–¿Diga? –contestó a la primera.

Metí el teléfono bajo la manta y me lo apreté contra la cara.

–¿Mamá?

–¡Lucy! Lucy.

Parecía muy preocupada. En cuanto oí su voz sentí como si un montón de años se le vinieran encima. Intenté hablar pero no me salían las palabras.

–Mamá...

–Oh, cariño.

Podía ver perfectamente su cara descompuesta, una mezcla de amor y miedo que siempre me hacía sentir mucho peor que cualquier cosa que me hubiera hecho a mí misma. No lo podía soportar.

Apreté los ojos y traté de que mi voz sonara normal.

–No pasa nada, mamá. Todo va bien.

–Lucy –dijo–. ¡No me lo puedo creer!

–Ya lo sé, pero no te preocupes. Estamos todos bien.

–¿Cómo está Jamie? Acabo de hablar con él y parecía... No parecía el mismo. ¿Y dónde estáis vosotros? ¿En casa de algún desconocido? Esto no me gusta. No me gusta nada.

Pensé en Beth.

–Estamos en un lugar seguro –dije–, la policía la conoce. Vive cerca de la autopista y fue la casa a la que vinimos al principio, justo después del accidente. Ella... está intentando ayudarnos.

Oí ruido de neumáticos en el jardín y una luz naranja bailó por la pared de la habitación. Los perros empezaron a ladrar otra vez. Beth y otra persona hablaban en voz baja.

–¿Qué es eso? –me preguntó de repente mi madre–. ¿Qué es ese ruido?

–La grúa –contesté–. Se están llevando nuestro coche.

Mi madre suspiró.

–No me puedo creer que estéis ahí vosotros solos. No deberíais estar lidiando con esto solos –se quedó un momento en silencio, luego dijo firmemente–: Llamaré a vuestro padre. Os irá a buscar. Tiene que hacerlo.

No dije nada. Sabía que eso no iba a pasar.

–Lucy, ¿has hablado con él?

–No, pero lo haré, mamá.

–De acuerdo, cariño. Bueno, es muy tarde. Deberías irte a dormir. Debes de estar agotada.

–Sí –no quería colgar–. ¿Mamá?

–¿Qué, cariño?

No podía dejar de pensar en la chica. Quería hablarle de sus ojos abiertos y su mirada fija, del brazo arqueado sobre su cabeza. Pero pensé en que estaba sola en casa, preocupándose por nosotros, y no dije nada.

–Buenas noches, cariño. ¿Lucy?

–¡Sí! –dije esperanzada.

–No me estás llamando desde el teléfono de otra persona, ¿no? ¿Estás usando la tarjeta?

Suspiré.

–Sí, estoy usando la tarjeta.

–Muy bien. ¿Hablamos mañana, vale?

–Vale –apreté el teléfono con los dedos–. ¿Mamá?

–¿Qué, cariño?

Se hizo el silencio en el teléfono y pude sentir cómo luchaba contra él inútilmente, como una mariposa nocturna encerrada un tarro.

–Mamá, ¿te importaría... podrías seguir hablando un rato?

Oí cómo salía de la cama y se iba hacia la cocina. Empezó a hablar más alto y la escuchaba más cerca cuando presionó el teléfono contra su hombro.

–Claro, cariño. De todas formas no puedo dormir. Trata de relajarte. Voy a echar un vistazo a unas facturas.

Me acurruqué y apagué la luz. En la oscuridad escuchaba el leve sonido que hacía al romper sobres y revolver papeles y el chirrido distante de su bolígrafo. Al cabo de un rato dijo:

–¿Lucy?

–¿Sí?

–¿Ya estás mejor? No quiero que gastes toda la tarjeta. ¿Conseguirás dormirte?

–Supongo.

–Te llamo mañana, ¿vale, cariño?

–Vale, adiós.

Saqué la mano de la cálida cueva que formaban las colchas y volví a poner el teléfono en su soporte. Daba la sensación de que la ventana era demasiado grande y estaba demasiado cerca. Era como si todo lo que había fuera estuviera dentro de la habitación. Me quedé mirando la oscuridad, pensando en la chica. Quizá estuviera ahí afuera en alguna parte, flotando en aquel frío silencio planetario.

Me desperté temblando en medio de la noche. Había alguien conmigo en el cuarto.

Me aferré las sábanas al pecho y lo vi. Era el perro negro, Oscar. Había abierto la puerta y estaba ahí de pie, mirándome, con la lengua colgando y jadeando lentamente. Se movió por el suelo emitiendo un ligero sonido y saltó a la cama, dejándose caer de golpe junto a mi cara. Sentí su respiración cálida y maloliente sobre mi cara. Le puse una mano en la cabeza y le acaricié despacio el pelo sedoso entre las orejas hasta que mi corazón dejó de acelerarse.

Había estado soñando con la chica. En el sueño conducíamos bajo la lluvia, aquella lluvia terrible, pero esta vez la vimos. Estaba justo frente a nosotros y Jamie intentó frenar. Ella extendió los brazos. Sus ojos eran enormes y expresaban miedo, y trataba de decirnos algo. En el sueño frenábamos durante un largo rato. Pero aun así la golpeábamos.

Estuve echada acariciando al perro hasta que se quedó dormido. El cielo empezó a aclararse tras la ventana.

Me levanté de la cama sin hacer ruido y bajé la cremallera del bolsillo de mi mochila. Encontré la pulsera de la suerte, la agarré con un dedo y la acerqué a la ventana. Relucía en la tenue luz rosa.

Todavía no había podido mirarla bien. Había cuatro amuletos plateados: un corazón como el que tenía mi pulsera en casa, un reloj de arena, una herradura y un cofre del tesoro. Cuando palpé el cofre con el dedo la tapa se abrió. Dentro había diminutas joyas resplandecientes. Sólo eran cristales de colores, pero muy bonitos: rojos, verdes, morados... Pensé en la chica escogiéndola en el estante de una tienda, entusiasmada al ver la sorpresa que encerraba dentro.

Entre el reloj de arena y la herradura colgaba un eslabón suelto. Tanteé en el bolsillo de la chaqueta y la mochila para ver si el otro amuleto se había caído. Pero no lo encontré. Estaría tirado en alguna parte de la carretera.

Miré el desierto por la ventana. Era abrupto, tenía un color rosa grisáceo al amanecer y estaba repleto de arbustos y rocas. Las laderas rojizas de las montañas, llenas de pliegues, se alzaban a lo lejos. Era demasiado pronto para despertarse. La casa estaba en silencio. Cogí el teléfono del soporte y marqué el código de la tarjeta y luego el teléfono de Ginny. ¿Allí era una hora más tarde? No me acordaba.

—¿Sí? —tenía la voz ronca y apagada. Quizá no era una hora más tarde—. ¿Quién es?

–Yo, soy yo –susurré. El perro movió las orejas, levantó la cabeza y me miró.
–¿Lucy? ¡Dios mío! –la oí moverse bajo las sábanas–. ¿Dónde estás?
–En Nuevo México. Hemos tenido un accidente.
–¿Qué? –parecía más despierta–. ¿Qué ha pasado? ¿Un accidente de *coche*?
–Sí, un accidente de coche –le dije rápidamente, susurrando. Le conté lo de la cerveza y la lluvia y la chica tumbada junto a la carretera. De repente todo parecía real, como si las palabras lo fijaran en el suelo y pudieras verlo con claridad desde lejos.

Cuando dejé de hablar, Ginny estaba en silencio.

–¡Mierda! –dijo finalmente.

Por eso la había llamado. Siempre decía exactamente lo que yo sentía.

–¿Y qué vais a hacer?

–Jamie está en la comisaría. Tienen que revisar el coche y no sé qué más.

–¿Pero qué os va a pasar a vosotros? Quiero decir, a Jamie. Él es el que iba conduciendo.

–No sé –pensé en Jamie y en cómo le sonreía a todo el mundo: a Maddie Dilworth, a Kristi Bendall, a las camareras de los bares de carretera... Parecía que hubiera pasado mucho tiempo.

Ginny suspiró en el teléfono y soltó una bocanada de aire.

–¿Está en la *cárcel*? O sea, ¿lo han arrestado?

Me estremecí.

–¡No! No, no digas eso. No fue su culpa.

–Vale, vale.

–Fue un accidente.

–Ya lo sé, sólo estaba pensando.

–Fue Kit quien compró la cerveza.

Gruñó:

–Kitilla el Espinilla.

Oí pisadas en el pasillo.

–Tengo que colgar –susurré nerviosa, y saqué la pulsera del revoltijo de sábanas.

–Vale, llámame luego.

–Lo haré –le prometí–. Solté la pulsera en mi mochila justo cuando Beth abría la puerta de un empujón.

–Estás despierta –dijo–. Estaba buscando a Oscar –chasqueó los dedos y el perro saltó de la cama moviendo el rabo–. Supuse que estaría contigo. Cree que ésta es su habitación. Debí decirte que cerraras con pestillo.

–No pasa nada –contesté–. Me gustan los perros.

Se dio la vuelta.

–¿Sí? A mí no, pero me he acostumbrado a éstos.

Me puse de prisa los vaqueros y la seguí hacia la cocina. Era un largo rectángulo blanco en la parte de atrás de la casa: armarios blancos, azulejos blancos, mesa de madera blanca en un extremo... En la encimera había un cuenco rojo desconchado con algunos plátanos, el único color de la habitación exceptuando el cuadrado blanco de cielo de la ventana.

Ahora el desierto parecía distinto, salpicado de colores brillantes. Había minúsculos macizos de flores amarillas y brotes de lavanda.

—¡Eh! —exclamé—. Mira.

Beth sonrió.

—El desierto después de una tormenta. Todo sale de golpe. Las flores crecen mucho y se abren en un solo día, y ves insectos y animales que no sabías que vivían aquí. Todo gracias a la lluvia.

—¿Cuánto dura?

—No mucho. Últimamente ha hecho mucho calor, mucho más que de costumbre. Todo se marchitará. Pero el agua hace cosas asombrosas en un sitio tan seco como éste.

Sonó el teléfono, con un largo y penetrante riiiiing. Beth cogió el auricular de la pared.

—¿Sí? Ah, hola, Stan. Empiezas a trabajar temprano. Sí, está aquí mismo. Él está todavía durmiendo. Ah, vale. No hay problema. ¿Sobre las diez? Vale. ¿Qué? No, no creo. ¿Por qué no le preguntas a Lucy? —me pasó el teléfono.

Tragué saliva. De repente me puse nerviosa.

—¿Qué pasa? ¿Hola?

—¿Señorita Martínez? Soy el sheriff Durrell. Sólo quería comprobar una cosa. A ninguno de ustedes se le ocurrió quitarle algo a la víctima anoche, ¿no?

Sabía lo de la pulsera, ¿cómo era posible?

Me enrollé la mano en la camiseta y me aparté para que Beth no me viera la cara.

—Eh... —titubeé, tratando de que mi voz sonara normal—. ¿A qué se refiere?

—Bueno, según su hermano Jamie y el otro chico... —hizo una pausa—, Freder...

—Kit —dije.

—Eso, Kit. Según ellos, ninguno de ustedes movió a la víctima.

—No, no le hicimos nada —contesté rápidamente—. Bueno, yo le bajé la camiseta porque se le había subido, pero...

—Lo pregunto porque no hemos podido encontrar ninguna identificación. Ni cartera, ni carnets, ni monedero, ni ningún otro efecto personal. Es... bueno, es muy extraño y va a complicar mucho nuestro trabajo. Me preguntaba si usted o los chicos habían cogido algo en el lugar de los hechos. Algo que

perteneciera a la víctima –titubeó–. Comprendo que estaba bastante afectada y quizá no se dio cuenta... –estaba esperando a que dijera algo.

Pero no pude. De todas formas no estaba buscando una pulsera. Estaba buscando algo que llevara su nombre. La pulsera no le importaba a nadie más que a mí.

–No –dije–. Estaba así cuando la encontramos.

–Hum... Bueno, de acuerdo entonces. Hemos examinado el coche y tendremos el informe preliminar del forense dentro de unas horas. Ya le he dicho a la señora Osway que voy a dejar libre a su hermano por ahora.

–¿En serio? –apreté el teléfono esperanzada y se me quitó el nudo del estómago–. ¿Se puede marchar?

–No puede abandonar la ciudad. Pero su nivel de alcohol y todo lo demás estaba bien. No hace falta que se quede aquí en la comisaría, siempre y cuando sepamos dónde localizarlo –hizo una pausa–. Nos vemos luego, señorita Martínez.

–Vale, adiós –colgué el teléfono y me giré hacia Beth, que me estaba mirando–. Dice que Jamie puede irse.

Asintió con la cabeza.

–Sí, podemos recogerlo sobre las diez. Me alegro. Supongo que la prueba de alcoholemia salió bien.

–¿Así que saben que no fue su culpa? ¿No lo denunciarán ni nada de eso?

Vertió café en dos tazas.

–No ha dicho eso –dijo cuidadosamente.

–¿Pero no crees...?

–Creo que está bien que lo pongan en libertad –me miró con la misma mirada apreciativa de siempre, una mirada que más que comprensiva o amable era atenta y evaluadora–. Pero yo no daría nada por hecho. No cuando alguien ha muerto.

Deslizó hacia mí una de las tazas que había en la encimera y rodeó la suya con las manos. Estaba callada. El olor del vapor amargo me recordó a mi madre desayunando en casa. Yo normalmente no tomaba café, pero ahora lo probé, como si me diera miedo no hacerlo. Me abrasé la lengua.

Traté de pensar en otra cosa de que hablar.

–¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

–Nueve años. Soy de Detroit.

–¿En serio? ¿Tú sola? ¿No tienes marido ni hijos ni nada?

–No. Estoy divorciada. Él se quedó con la casa y yo con los perros.

–Pero me has dicho que no te gustan los perros.

–Exacto. En eso consiste el divorcio. Cada uno se queda con la mitad, pero

no con la mitad que quiere –sonrió un poco, pasándose la mano por el pelo y metiéndoselo detrás de las orejas–. Ya me he acostumbrado a ellos.

Pensé en aquel sitio de noche, tan vasto e insondable como el océano. No me podía imaginar viviendo ahí sola.

–¿No tienes miedo de estar aquí sola?

Le dio un sorbo a su café.

–No, la verdad es que no. Los perros son demasiado simpáticos para protegerme, pero aun así hacen mucho ruido –miró por la ventana–. Me gusta esto, es tranquilo. Y el desierto es bonito cuando te acostumbras a él.

–Pero está tan vacío... –dije.

Beth asintió.

–Está vacío, pero cambia constantemente. Y no tiene tantas distracciones como muchos otros sitios.

Pensé en mi pueblo de Kansas, a unos kilómetros de Kansas City. No es que tuviera distracciones. Simplemente estaba habitado. Calles, casas, tiendas, granjas, ocupadas por vidas humanas. Echaba de menos la forma en que todo estaba conectado.

Dejé mi taza en el fregadero.

–Voy a ver si Kit se ha despertado.

Jamie y él podían dormir hasta las 12 si nadie los despertaba. Probé todas las puertas cerradas del pasillo –dos armarios, un dormitorio, un baño– antes de encontrar el estudio donde Kit estaba tendido sobre un lío de mantas revueltas en el suelo. Estaba echado boca arriba; el pelo rizado le caía sobre la frente y tenía la boca completamente abierta. Quien no lo conociera pensaría que es mono. Lo que le echaba a perder era su personalidad.

–¡Eh! –dije en medio del silencio–. ¡Eh! ¡Despierta!

Le di un empujoncito con el pie. Se dio la vuelta.

–Kit –dije–. Despierta, en un rato vamos a ir a buscar a Jamie –bueno, no en un rato, más bien en unas dos horas. Pero no hacía falta que él lo supiera. Estaba harta de ser la única que hablara con Beth–. La policía le deja venir aquí.

Abrió los ojos. Se apoyó en un codo, frotándose el pelo con la mano.

–¿Sí? ¿Qué ha pasado? –miró el reloj y se metió debajo de la almohada–. ¡Eh! Aún es muy temprano.

Lo volví a empujar con el pie.

–Tienes que levantarte.

–Deja de darme patadas.

–Vamos. ¿No quieres ir a buscar a Jamie?

–Sí, claro que sí –masculó–. Jo, ¿pero tenemos que irnos ya?

–Dentro de un rato –repetí–. Venga, Beth ha hecho café.

Por alguna razón no hizo más preguntas. Se sentó y se desperezó,

extendiendo los brazos de forma exagerada, como si acabara de salir de un estado de hibernación. Se quitó la camiseta con un movimiento rápido y cuando parpadeé y me di la vuelta, intentando no mirarle, noté que sonreía.

La comisaría de policía estaba a media hora de distancia en dirección a Albuquerque. Me alegraba de que no tuviéramos que pasar por el sitio donde encontramos a la chica, aunque ni siquiera estaba segura de que lo hubiera reconocido. A plena luz del día el paisaje era diferente, no tan amenazante. La tierra era de color salmón y tenía pequeños arbustos y hierbajos diseminados. Beth conducía rápido, muy por encima del límite de velocidad, con una mano apoyada suavemente en el volante. Kit, impresionado, no dejaba de mirar el cuentakilómetros. Intentó dirigirse a ella un par de veces pero ella apenas le respondía.

–Así que tú conoces más o menos a esos polis, ¿eh? –dijo en un momento dado.

–¿A qué te refieres?

–Bueno, daba la impresión de que erais amigos.

–Es una comunidad muy cerrada. Todo el mundo se conoce.

–Pero parecía como si el sheriff...

–Salimos juntos una temporada.

–Ah –Kit la miró con interés–. Ah...

Le di un codazo, pero él sonrió abiertamente, satisfecho. Beth no dijo nada. De pronto estábamos en un pueblo, o algo que podría pasar por uno en un lugar como aquél. Había un pequeño ensamblaje de edificios, un par de gasolineras y una tienda de ultramarinos. La comisaría era un edificio blanco de aspecto aburrido cerca de la carretera.

–Esperad aquí –dijo Beth, y acto seguido dio un portazo y cruzó el aparcamiento con grandes zancadas.

–Mira, has conseguido que se cabree –dije a Kit–. ¿Por qué le has hecho todas esas preguntas?

–Sabía que había algo entre ella y ese poli –contestó–. Siempre percibo ese tipo de cosas.

–Es que eres tan listo... –le dije, suspirando resignada.

–Pues sí –respondió–. Por lo menos en eso.

Cuando Jamie salió por la puerta con Beth se me encogió el corazón. Ahí estaba, con su camiseta arrugada de la noche anterior. Tenía una masa de pelo enredado como cada mañana al despertarse. Pero ya no era el mismo. Estaba encorvado y los ojos le brillaban demasiado.

–Hola –dijo, y se montó en el coche al lado de Beth–. ¿Qué tal, chicos? –la

cabina de la furgoneta era muy ancha, pero no lo suficiente para cuatro personas. Yo iba apretujada entre Jamie y Kit, que me clavaban los hombros.

Le agarré del brazo y no lo solté.

–¿Estás bien, Jamie? ¿Qué ha pasado?

No me miró.

–Estoy bien.

–¿Pero qué te han hecho? ¿Estabas en una celda?

Frunció el ceño, mirando por el parabrisas.

–¿Qué pasa? –intenté que me mirara, pero no pude.

–Nada. Yo... sólo estoy cansado. No he dormido mucho.

–¿Pero te han...?

–No quiero hablar de ello, ¿vale?

Le miré a la cara.

–Vale.

Se quedó un rato en silencio, sin parar de observar a Beth, y de repente su mirada tensa y preocupada se desvaneció. Parecía como si intentara deshacerse de la extrañeza que se había apoderado de él y se forzara a sí mismo a volver a ser el de antes. Arqueó un poco la espalda, estirándose, y le dijo a Beth:

–¿Alguna vez has llevado a tanta gente?

–No –contestó ella–. Estamos muy apretados.

–Así estaremos mejor –levantó un brazo y lo extendió en el asiento detrás de Beth.

Ella lo miró pero no dijo nada.

No me lo podía creer. Por un momento pensé que estaba equivocada. Pero no, podía ver la expresión de su cara y el modo en que su mano colgaba junto al hombro de Beth. ¿Cuántos años tendría ella? ¿Veinte más que él? ¿Y no le acababan de arrestar por asesinato o algo así? Pero ahí estaba, tirándole los tejos a una mujer que tenía casi la edad de nuestra madre. Le di un codazo en el costado.

–¡Au! ¡Eh! ¿Por qué has hecho eso? –gritó.

–Perdón –mascullé–. Sólo intentaba tener más espacio –oí cómo Kit contenía la risa a mi lado.

Cuando llegamos a casa de Beth, se alejó de nosotros absorta en sus pensamientos.

–Tengo que trabajar –dijo–. Coged lo que necesitéis.

Se enrolló el pelo y se lo puso detrás de la cabeza. Luego se metió un boli dentro para que el nudo no se deshiciera.

–¿Cómo haces eso? –le preguntó Jamie mirándola.

–Mucha práctica.

Él sonrió.

–Tienes un pelo estupendo.

Beth arrugó la frente y lo miró con curiosidad.

–Gracias.

–Jamie –dije, tratando de atraer su atención–. Deberíamos llamar a papá.

Vaciló.

–Vale, ¿le podrías llamar tú? Dile que probablemente no lleguemos esta noche.

Volví a mi habitación y, en cuanto abrí la puerta, los perros salieron apresurados, aullando y resoplando. Corrieron hacia el salón y oí cómo Beth les gritaba. Me senté al borde de la cama y marqué el teléfono del trabajo de mi padre. No iba a estar en su oficina, casi nunca estaba. Era representante de ventas en una compañía de seguros y se pasaba la mitad del tiempo conduciendo.

Escuché los cuatro pitidos breves de su contestador y la simpatía impersonal de la voz que usaba para trabajar: «Soy Bob Martínez. En este momento estoy fuera de la oficina, pero déjeme un mensaje y le llamaré lo antes posible».

Respiré hondo.

–¿Papá? Soy yo, Lucy. Te llamo desde Nuevo México, desde un sitio a las afueras de Albuquerque. Tuvimos... –traté de pensar en cómo decirlo–. Tuvimos una especie de accidente con el coche. Nadie está herido –volví a coger aire–. Bueno, nosotros estamos bien, pero creemos que atropellamos a alguien, una chica, y ella está... –estrujé el dobladillo de mi camiseta y me lo presioné contra la tripa–. Realmente no sabemos lo que pasó. Estaba lloviendo tanto que no se veía nada. Pero está muerta. La chica está muerta. Así que ahora estamos aquí y hemos estado hablando con la policía. Y mamá dijo, bueno, mamá se preguntaba si podrías venir...

En cuanto lo dije me arrepentí. No quería pedírselo y que me dijera que no, aunque fuera por una buena razón y aunque cuando me la explicara tuviera mucho más sentido que él se quedara en Phoenix y que nosotros resolviéramos todo solos. Agarré el teléfono más fuerte.

–Pero, eh... probablemente no hace falta que vengas. O sea estamos en casa de esta mujer y todo está más o menos controlado. Pero no llegaremos a Phoenix esta noche. Nos tenemos que quedar hasta... –un pitido largo y seco cortó la comunicación. El contestador hizo clic.

Llevé el teléfono al salón, que estaba impregnado de olor a pintura fresca. Beth estaba de rodillas en la tela manchada de pintura y tenía la cara tensa por la concentración. Con una brocha en una mano aplicaba toques de azul turquesa en la parte inferior de la escultura.

–¡Qué bonito el color! –dije.

No alzó la vista. Jamie y Kit la miraban repanchingados en el sofá.

–¿Lo has localizado? –preguntó Jamie.

Negué con la cabeza.

–Le he dejado un mensaje.

–No pasa nada, lo intentaremos luego.

Le pasé el teléfono a Kit.

–¿Quieres llamar a tus padres?

Kit dio una patada a un montón de periódicos.

–Quizá más tarde.

Pasé por delante de ellos y me senté en el suelo, al lado del salvaje pedazo de metal de la base de la escultura. Era difícil adivinar de qué estaba hecho, pero cuando lo miré de cerca pude ver un tubo de escape, dos matrículas abolladas y algo que parecía una parrilla de barbacoa.

–¿Cuándo crees que nos devolverán el coche? –pregunté.

Jamie frunció el ceño.

–Supongo que cuando les den los resultados del laboratorio.

–¿Están...? –tragué saliva–. ¿Dijeron algo de la cerveza? No te van a... arrestar ni nada, ¿no?

Kit espiró con fuerza.

–Dios, ¡eres tan negativa! –se giró hacia Jamie–. Ya entiendo por qué no te querías ir de viaje solo con ella.

Miré a Jamie, dolida. Pero estaba observando cómo pintaba Beth y nos ignoró.

–¿Por qué usas piezas de coches, tubos y ese tipo de cosas? –le preguntó.

Deslizó la brocha sobre el acero con enérgicas pinceladas.

–Me gusta usar cosas de las que la gente se desprende –contestó.

Kit pisó con el pie una página de periódico y la restregó por el suelo.

–¿Por qué? O sea, ya he visto cosas de metal como ésta. Podrías coger un trozo de acero inoxidable nuevecito y hacer algo realmente guay con él, en vez de toda esta mierda con matrículas viejas.

Jamie le dio un puñetazo en el hombro.

–¡Cállate!

–¡Eh! –exclamó Kit, frotándose donde le había pegado–. Sólo le estaba preguntando.

Beth se puso de pie y sujetó la brocha en equilibrio entre el pulgar y el dedo índice. Los miró.

–No pasa nada. La gente tiene derecho a expresar su opinión. Esto no le tiene que gustar a todo el mundo.

–¿Qué es? –pregunté–. ¿Cómo se llama?

–El árbol de Josué. Creo formas naturales. De eso se trata. La Naturaleza de

las máquinas.

En ese momento lo entendí. El tronco retorcido, la manera en que las piezas de metal lo dotaban de una textura, de raíces, de corteza.

Jamie se echó hacia delante, sonriéndola.

–Me gusta, es diferente.

Beth se encogió de hombros.

–Esto es sólo la base. Lo hago por partes.

Kit ladeó la cabeza.

–No parece un árbol.

–Cuando lo junte todo, lo parecerá.

–Pero sigo sin pillarlo. ¿Por qué usas chatarra?

Beth reflexionó un momento. Yo sabía que estaba tratando de decidir si merecía la pena tener esa conversación. Tenía ganas de advertirle de que no lo hiciera.

Se puso a pintar de nuevo. Era fascinante observarla. Tenía buen pulso, parecía estar muy segura de lo que hacía. Apoyé la cabeza en el sofá.

–Es bastante abstracto –dijo–. Una forma de ver las cosas –titubeó–. Ya sabes, estamos rodeados de tanta fealdad: lo que se ve en las carreteras, en las aceras de la ciudad, metido detrás de los garajes de la gente... Todos esos trastos... En la naturaleza nada es así, nada es tan feo como eso.

Kit miró a Jamie:

–No ha visto a Lisa Becker –dijo.

Le di un puñetazo en la pierna.

–¡Cállate, Kit!

Se giró hacia mí, enfadado.

–¿Qué? No es amiga tuya.

Beth sacudió la cabeza, rendida. Pero Jamie todavía la estaba mirando.

–Sigue –dijo–. Termina lo que estabas diciendo.

Ella suspiró.

–No sé, es difícil de explicar. Desde que empecé a hacer esto mi forma de mirar las cosas ha cambiado. Ahora, cuando veo una lata aplastada al borde de la carretera no veo la basura de alguien sino el potencial de... –hizo una pausa.

–¿Una escultura?

–Pues sí, arte –Beth le sonrió con una amplia sonrisa que le iluminó toda la cara–. Si miras la cosa más normal y corriente el tiempo suficiente, puede parecer bonita.

–¿Eh? –dijo Kit, poco convencido–. ¿Y la gente te paga por esto? ¿Te ganas así la vida?

–Bueno, algo así. Doy clases de arte la mitad del año.

–¿Sí? –Jamie se echó hacia delante–. ¿Enseñas? Seguro que se te da bien.

Beth lo miró.

—¿Por qué?

Lo miré, pensando en lo memo que era. Estaba usando las mismas técnicas de siempre con esta mujer madura a la que le importaba un pimiento.

—Lo que quiero decir es que pintas tan bien que creo que se te daría bien explicárselo a la gente.

Beth se encogió de hombros.

—Son dos habilidades diferentes. No se me da tan bien enseñar como pintar. La verdad es que no me gusta tener que tratar con gente.

Jamie, Kit y yo nos miramos. Eso fue lo que nos hizo callar.

Pasado un rato, Jamie dijo:

–¿Me puedo dar una ducha? Estoy bastante asqueroso desde anoche.

–Claro. Hay toallas limpias en el armario del baño.

Kit y yo nos quedamos allí en silencio, mirando cómo cambiaba la escultura con la pintura. Finalmente el rumor de la ducha cesó y Jamie gritó:

–Chicos, ¿cogisteis anoche mi bolsa del coche?

–Sí, está en el estudio –respondió Kit. Se levantó y se alejó andando por el pasillo. Al cabo de un rato lo seguí.

Jamie salió del estudio secándose el pelo con la toalla.

–¿Beth aún está pintando?

Conocía de sobra esa expresión en su cara, esa especie de entusiasta estado de alerta, exactamente igual que cuando él y Kit hablaban sobre alguna chica que le gustaba.

–Jamie, debe de tener treinta y tantos años –susurré, espantada.

Parecía enfadado.

–¿De qué estás hablando?

–Te estoy hablando de cómo le tiras los tejos, imbécil. ¿Qué haces todo el rato hablando con ella? Hasta intentaste rodearla con el brazo en la furgoneta.

–¡Qué va!

Kit se rió.

–¿Y qué pasa si lo hizo? Está bastante buena. Tiene ese atractivo típico de las mujeres mayores.

No me lo podía creer. Una cosa era ligar en los bares de carretera y en las gasolineras. No íbamos a volver a ver a esa gente. Pero estábamos en casa de aquella mujer.

–Tiene canas –dije jadeando.

Kit pensó en ello durante un rato y luego se encogió de hombros y miró a Jamie.

–Sí –dijo–. Seguro que lo tiene todo caído. Y fue una cabrona con lo de la cerveza.

Jamie hizo una pelota con la toalla húmeda.

–Déjame en paz, Luce. De todas formas, ¿a ti qué te importa? No estoy ligando con ella. Sólo me cae bien, nada más.

Me di la vuelta.

–¿Cuándo te ha caído bien alguien y no has intentado ligártela?

–¡Ay! Dame un respiro.

Kit volvió a reírse. Me agarró del hombro y me empujó por el pasillo.

–Eso, ¡déjale en paz! Eres demasiado pequeña para entenderlo.

Eso me cabreó tanto que dejé de hablarles. Pero no pareció importarles. Fueron hacia la cocina y Jamie llamó a Beth.

–¡Eh! ¿Puedes descansar un rato? ¿Quieres un café?

–¿Te refieres a que queréis que os haga un café? –respondió.

Jamie se rió.

–Sí. ¿Te importa?

Y sorprendentemente, no le importó. Se enjuagó las manos en el lavabo de la cocina y en ese momento Jamie y Kit se aceleraron. Charlaban y sonreían abiertamente, alabando la escultura, la casa, el café. Era una locura. ¿Cómo podían hacer eso cuando estábamos metidos en aquel lío? ¿Cómo podían volver a poner en funcionamiento ese comportamiento, como si fuera un interruptor, cuando una chica había muerto?

Beth parecía pensar lo mismo ya que al poner los cafés les dijo:

–La policía os llamará luego. ¿Os lo ha dicho Lucy? Cuando acaben con el coche.

Jamie se estremeció y asintió con la cabeza. Kit miró la mesa.

–Esa chica –continuó–, no era mucho mayor que vosotros. Pero hay algo realmente extraño en todo esto. Estaba a kilómetros de distancia de cualquier sitio, y nadie camina por la autopista en esta zona. Me pregunto de dónde vendría.

–Tampoco estaba herida –dijo Kit–. Quiero decir, ¿no sería lo más normal después del golpe con el coche?

Jamie lo miró con el ceño fruncido. Iba a decir algo cuando Beth respondió:

–No sé. Si fue golpeada y cayó al suelo la mayoría de las lesiones podrían ser internas.

Estábamos callados, pensando en ella. ¿De dónde había venido? Tal vez cuando alguien se despertó esta mañana la echó de menos y se preocupó por ella, sin darse cuenta de que no volvería.

–Siéntate –le dijo Jamie a Beth, separando una silla de la mesa.

Beth negó con la cabeza.

–Voy a seguir trabajando.

–Vamos, siéntate con nosotros –llamó a Toronto, la perra marrón, para que se le acercara y le acarició las orejas cuando se apoyó contra su pierna.

Beth vaciló, pero Kit le rellenó la taza y le dijo:

–¡Venga! ¿Qué vas a hacer, clavar algún tapacubos en esa cosa?

¿No se debería sentir ofendida por eso? Quiero decir, él estaba hablando de

su trabajo, de su arte. Pero por alguna razón le hizo reír. Y cuando se reía parecía todavía más guapa.

Beth miró a Kit y luego a Jamie y preguntó:

–¿Sois amigos desde hace mucho tiempo?

Jamie la agarró del brazo, sonriéndola, y tiró de ella para que se sentara entre ellos. Entonces empezaron a contar sus historias. Sus historias de no-te-vas-a-creerlo-que-hicimos. Ya las había oído todas: las bromas, las situaciones comprometidas y el momento en que decían una frase divertidísima en el instante adecuado. De repente todo se volvió demasiado intenso, como siempre pero todavía más, parecía una representación.

Sentí cómo desaparecía poco a poco y me desvanecía en la habitación. Así que me fui. Volví al cuarto y cogí mi cuaderno. Me senté en el pasillo cerca de la puerta y desde ahí los oía hablar. No sabía qué dibujar, pero tracé unas líneas rápidas y enseguida me di cuenta de que estaba dibujando la cara de la chica.

En la cocina oí decir a Jamie:

–Digger –el director, el señor DiGennaro– es totalmente duro de pelar. En diciembre del año pasado canceló el viaje del coro del último curso a Chicago porque pillaron bebiendo a tres tíos del grupo del coro...

Kit resopló.

–Sí, *después* de clase y en sus propios coches. Fue realmente patético.

Beth los miró desconcertada.

–Un momento, ¿vosotros dos vais al coro?

Se rieron.

–¡Qué va! –exclamó Kit–. Son todos unos pringados. Pero no podemos soportar a Digger.

–Sí –dijo Jamie, echándose hacia delante–. Bueno, escucha. Digger se acababa de comprar un coche nuevo, un Acura, un buen coche, y estaba totalmente entusiasmado...

Kit le interrumpió.

–Había una reunión de profesores antes de clase, así que llegamos pronto con unas cuatro bolsas de Oreos...

Jamie se empezó a reír.

–Y ahí mismo en el aparcamiento le llenamos todo el coche de galletas. Ya sabes, las separamos y se las pegamos por las ventanas. Fue genial. Toda la parte de arriba de su coche estaba negra.

Oí cómo Beth alzaba la voz atónita.

–¿El coche del director? ¿Y no os pillaron?

–¡Bah! Y eso no es nada –dijo Kit.

Eché un vistazo al pasillo y los vi hacer aquella extraña coreografía, añadiendo detalles al relato del otro y terminando sus frases, actuando ante Beth

como si fuera la única persona en el mundo. Se estaba riendo, pero no sabría decir si era de sus historias o de ellos.

Jamie sonrió a Kit abiertamente.

–¿Te acuerdas de los baños en la sala de profesores?

Kit inclinó la silla hacia atrás y silbó.

–Oh, Dios, ¡fue genial! Simplemente magnífico.

–¿Qué? –preguntó Beth, sin parar de reírse–. ¿Qué hicisteis?

Jamie se inclinó hacia ella.

–Te va a encantar. Entramos de extranjis en la sala de profesores antes de clase y pusimos film transparente debajo de la tapa de los váteres, entre el asiento y la taza. Lo estiramos tanto que era completamente transparente.

–¡No! –exclamó Beth–, poniéndose la mano en la boca.

Jamie se tronchaba de risa.

–No se veía nada, ¿te acuerdas, Kit? ¡La señora Bottner se cabreó tanto!

–Sí, se meó encima.

No me podía creer que le estuvieran contando eso o que a ella le resultara divertido.

Siempre he pensado que flirtear era algo obvio, como esas cosas que dice la gente en las películas, levantando las cejas y lanzando largas miradas sensuales. Pero con Kit y Jamie era diferente, como una manera de prestarle atención a alguien, convirtiendo una conversación normal en una conexión química con otra persona.

Toronto se alzó sobre sus patas con las orejas levantadas. Me puse de pie y miré por la ventana de la cocina.

–Hola –dije.

Pararon de hablar y se giraron hacia mí. Señalé con el dedo. Un coche de policía se acercaba hacia la casa, con el capó brillando bajo la luz del sol.

El silencio repentino en la cocina resultaba extraño después del escandaloso fluir de la conversación. La cara de Jamie era totalmente inexpresiva. Miró al suelo.

Beth se puso de pie.

–Me pregunto qué querrán.

Los perros empezaron a ladrar, nos adelantaron y llegaron saltando a la entrada. Beth les tiró del cuello hacia atrás. Los insultó y se los llevó a la habitación donde había dormido yo.

El sheriff Durrell estaba de pie en la terraza, con los ojos ocultos tras las gafas de sol metálicas. Lo único que vi al mirarlo fue mi propio reflejo distorsionado: una cara ancha y ondulada sobre un diminuto cuerpo cada vez más pequeño.

–Hola amigos –dijo–. ¿Puedo hablar con vosotros un momento?

Jamie asintió con la cabeza y nosotros le seguimos descalzos por el jardín, cerrando los ojos por la luz. El sol estaba alto y la arena roja nos deslumbraba, descarada e implacable.

–Cogimos muestras de vuestro coche –dijo el sheriff–. Tendremos los resultados en un par de horas. La lluvia lo lavó bastante bien, pero encontramos algo en el parachoques.

¿Qué fue lo que encontró? Sentí cómo el viento cambiaba, una tirantez que no existía antes.

Miró a Jamie y le dijo:

–Quiero que me vuelvas a decir lo que viste, dónde fue el impacto.

Lo alejó de nosotros. Lo único que oía eran voces apagadas, pero ni una palabra. Beth se puso a mi lado, jugando con el boli en su pelo.

Cuando volvieron, Jamie tenía mala cara.

–No os iréis a ninguna parte, ¿entendido? –dijo el sheriff. Se giró hacia Beth–. Tienen que buscar otro sitio donde dormir.

Beth miró a Jamie.

–No pasa nada –dijo finalmente–. Se pueden quedar aquí una o dos noches más. No me importa.

–Gracias –dijo Jamie en voz baja.

El sheriff frunció el ceño. Me preguntaba en qué estaría pensando. ¿Creía que intentaríamos largarnos? Aquí no nos conocía nadie.

–De acuerdo –dijo–. Esta tarde me pondré de nuevo en contacto con vosotros.

Kit se protegió los ojos con la mano y miró al sheriff alejarse con el coche. Pensé en las latas de cerveza dispersas en algún lugar entre la maleza. Me preguntaba si se podrían ver desde la carretera.

–Tío, qué calor hace –dijo Kit–. Jamie, ¿quieres ir a comer algo?

Jamie asintió con la cabeza.

–Claro, pero estamos sin coche.

Beth lo miró y se encogió de hombros.

–Supongo que podéis llevaros la furgoneta.

Jamie sonrió de oreja a oreja.

–¿En serio? Gracias. ¿Hay algún restaurante por aquí cerca?

–Sí, a unos dieciséis kilómetros hacia el oeste, a mano izquierda.

Subí las escaleras de la terraza, limpiándome las plantas de los pies.

–Tengo que ponerme las sandalias.

Kit miró a Jamie con una cara que pensó que yo no vería, pero claro que la vi.

–Eh... ¿Por qué no te quedas aquí? –me dijo–. Te traeremos algo.

Tenía la cara acalorada. Me sentía estúpida.

–Vale –dije enseguida–. Traedme un sándwich de pavo.

Jamie pareció no darse cuenta.

–Beth, ¿tú quieres algo?

Negó con la cabeza, tirándole las llaves.

–Conduce con cuidado.

Una vez dentro, Beth se puso a pintar de nuevo y yo apoyé la barbilla en el respaldo del sofá y vi cómo se marchaban. Se estaban riendo dentro de la furgoneta.

–¿Quieres un refresco? –preguntó Beth.

Estaba intentando ser amable, pero me daba vergüenza que hubiera visto cómo me trataban.

–No, estoy bien –contesté.

Cogí mi bloc del pasillo y me lo apoyé en las rodillas. Observé el dibujo de la chica. Ya había terminado el pelo, el cuello y la forma de la cara. Empecé a esbozar los ojos.

–¿Te gusta dibujar? –me preguntó Beth al cabo de un rato.

Asentí con la cabeza.

–¿Qué tipo de cosas?

Me encogí de hombros.

–Animales, gente, lugares a veces.

–¿Qué es lo que más te gusta dibujar?

Me quedé pensando un rato.

–Supongo que las caras.

–¿Sí? –Beth dejó la brocha y se limpió las manos con una toalla–. Enséñame algo que hayas hecho.

Se acercó al sofá y pasó las páginas para atrás rápidamente. No quería que viera a la chica. Encontré un dibujo que había hecho de mi madre leyendo.

–Mira –dije, girando el cuaderno para que la viera.

Lo cogió. De repente me puse nerviosa. Todo el mundo me decía siempre que dibujaba bien: mis padres, mis profesores de dibujo, todo el mundo. Daba igual lo que pensara Beth, aunque en el fondo sí que me importaba. Esperé.

–Está muy bien –me dijo–. Técnicamente muy bueno. Las sombras, las proporciones.

Me relajé.

–Gracias.

–¿Quién es?

–Mi madre.

–Mmmm... –ladeó la cabeza, sin dejar de mirar el boceto.

–¿Qué? –se lo quité de las manos.

–Nada. Es bueno, pero nunca habría adivinado que era tu madre.

–Bueno, ¿cómo ibas a saberlo? –dije, poniéndomelo de nuevo en las rodillas–. No la conoces.

Beth recogió su brocha y se arrodilló al lado de la escultura otra vez.

–No. Pero eso es el siguiente paso: dibujar lo que sientes, no sólo lo que ves.

No dije nada. No sabía lo que quería decir, era como si pensara que después de todo no se me daba tan bien dibujar.

Se puso a pintar.

–Si dibujas lo que sientes –dijo–, cualquier persona que vea ese boceto sabrá que es tu madre, ¿entiendes?

Miré fijamente el papel.

–Supongo.

Volví a pasar las páginas hasta que llegué al dibujo de la chica y empecé a trazar sus labios, ligeramente abiertos, que le brillaban como cuando estaba bajo la lluvia. La habitación se quedó de nuevo en silencio. El sol del atardecer me calentaba los hombros.

Jamie y Kit tardaban mucho.

–¿El restaurante está muy lejos? –pregunté.

Beth frunció los labios y lanzó una mirada rápida por la ventana.

–¿Llevan un buen rato fuera, no?

Me pregunté si estaría preocupada por la furgoneta. Metió la brocha en la lata de pintura y la escurrió hábilmente en el borde.

–Tu hermano y Kit no se parecen mucho. ¿Desde cuándo son amigos?

–Desde hace mucho. Desde tercero.

Demasiado, me habría gustado decir. Me los imaginé comiendo. Sabía exactamente lo que estaban haciendo. Todas aquellas horas en el coche escuchándolos hablar de chicas y luego sentada sola en los restaurantes... Ya estaba enfadada con ellos otra vez. Pensé en cómo Kit se había reído de mí y había conseguido que me quedara allí mientras ellos se iban a comer fuera. Luego me acordé de la cara de Jamie: esa mirada intensa y entusiasta cada vez que captaba la atención de Beth o la hacía sonreír.

De pronto supe exactamente qué decir.

–Sí, son amigos desde hace mucho tiempo, pero sólo son, ya sabes, *novios*, desde el año pasado.

Beth dejó de pintar.

–¿Qué?

No podía mirarla. Seguí con la mirada fija en mi cuaderno.

–Ya sabes –volví a decir–. Están saliendo.

Sentí cómo me miraba.

–¿En serio están saliendo? ¿Quieres decir que son gays?

Le eché un vistazo. Estaba de pie frente a la escultura con la brocha colgando de la mano, desconcertada.

–Guau. No me lo imaginaba para nada.

Pasé un dedo por el alféizar, dejando una fina raya en el polvo.

–Bueno, son bastante reservados con ese tema.

–¿Por eso querían ir a comer solos? –preguntó.

No había pensando en ello, pero en ese momento asentí firmemente.

–Supongo que querían estar a solas un rato.

Me costó muchísimo no reírme.

–¡Vaya! –exclamó Beth. Dio vueltas con la brocha en la lata que había a sus pies–. Es que... estoy realmente sorprendida. Normalmente se me da muy bien captar las indirectas. Jamie, de hecho los dos... bueno, da igual –se puso a pintar de nuevo, pero enseguida volvió a parar–. Debe de ser muy difícil para ellos en el instituto. Y en Kansas.

Sentí que perdía el control de la historia. Nunca se me había dado bien mentir. Y por alguna razón, aunque fueran tan imbéciles, aunque ésta fuese la mejor manera de acabar con lo que fuera que estuviera pasando entre Beth y Jamie, me acometió un sentimiento de culpabilidad.

–Todavía no han salido del armario –dije–. Así que probablemente no les gustaría que lo supieras.

–Ah, vale.

Justo en ese momento sonó el teléfono. Beth tenía la brocha en la mano, así que lo cogí yo.

–¿Sí?

–¿Beth?

–No. ¿Quiere hablar con ella?

–Ah, ¿es la señorita Martínez?

Entonces reconocí su voz.

–Sí –dije con recelo.

–Soy el sheriff Durrell. Tengo buenas noticias para usted y para su hermano, señorita Martínez. Ya tenemos el informe preliminar del departamento forense. Sabemos la hora aproximada en que murió la víctima.

Miré mi boceto, su cara tranquila y su mirada fija. ¿Por qué eran eso buenas noticias?

–Ah –dije.

–Fue a las dos de la tarde.

No lo entendía.

–¡Pero si fue por la noche! –exclamé–. Era de noche cuando la golpeamos.

–Creemos que no la golpearon, señorita Martínez. Creemos que esa chica murió cinco o seis horas antes.

Me incliné hacia delante despacio, agarrando el teléfono tan fuerte que parecía que lo iba a romper con la mano.

–¿Qué?

Beth soltó la brocha.

–¿Qué pasa, Lucy? ¿Qué ocurre?

El sheriff siguió hablando.

–Las muestras que cogimos del coche. Había una especie de pelo animal en la matrícula.

–¿Quiere decir que Jamie tenía razón? ¿Fue un coyote? –no me lo podía creer. Sentía un hormigueo por dentro y a la vez estaba agarrotada, como si algo pesado se deslizara por mi cuerpo y corriera por dentro de mis brazos y piernas.

–Lucy, ¿con quién estás hablando? –Beth se acercó y se puso a mi lado. Estaba apretando el teléfono, esforzándome por oír su respuesta.

–Bueno, eso es lo que creemos. Su hermano dijo que no sabían el punto exacto donde golpearon lo que fuera que golpearan. Quizá cuando retrocedieron fueron demasiado lejos o no lo suficiente. Y la encontraron a ella.

Por fin podía respirar enormes bocanadas de aire. Pero seguía sin tener sentido.

–¡Pero estaba cerca de la carretera! Si hubiera estado allí toda la tarde, a la luz del día, la habría visto alguien, ¿no?

–Bueno, las dos de la tarde fue la hora en que murió. No sabemos a qué hora la dejaron allí.

Cuando dijo «la dejaron allí» me di cuenta de lo que quería decir. Alguien lo había hecho. Alguien la había dejado allí, muerta, en la autopista.

–Les llevaremos el coche en un rato –dijo–. ¿De acuerdo, señorita Martínez? ¿Se puede poner Beth un momento?

Le pasé el teléfono y me tapé la cara con las manos.

–Qué alivio –le oí decir–. Sobre todo para Jamie... Bueno, será un alivio para

todos. ¿Pero cómo murió? Sí, entiendo. Es terrible –separé los dedos para verla. Ella escuchaba en silencio y me miraba–. Han hablado con sus padres. Claro. Creo que sí. Sí, creo que tienes razón. Eres muy amable, Stan. Gracias. Vale. Adiós.

Estiró el brazo y me tocó.

–Lucy, va a pasar por alto lo de la cerveza.

Presioné la frente contra mis rodillas y cerré los ojos. ¿De verdad se había acabado?

–¿Entonces podemos irnos? ¿No importa que nos vayamos?

Pero ni siquiera estaba segura cuando lo dije. Seguía viendo la cara de la chica, sintiendo el bulto frío de su pulsera de la suerte en mi mano. No estaba bien dejarla. Estaba tan mal dejarla ahora como lo había estado anoche, bajo la lluvia, en la carretera.

Beth negó con la cabeza.

–Todavía no. Quiere que os quedéis hasta mañana por lo menos.

Los perros empezaron a ladrar en el jardín y oímos el traqueteo de la furgoneta acercándose a casa. Jamie y Kit habían vuelto.

Nos levantamos y no pude esperar. Nada más entrar por la puerta me olvidé de lo idiotas que habían sido y de lo cabreada que estaba, agarré al primero que entró y lo abracé. Era Kit; sentí su hombro cálido en mi cara. Dio un traspié hacia atrás, con sus manos en mis brazos. Estaba desconcertado.

–¡Eh! ¿Qué pasa?

Pero yo ya estaba abrazando a Jamie.

–La policía llamó. ¡No fuimos nosotros!

–¿Qué? –los dos me miraron fijamente.

–No la atropellamos. Estaba muerta horas antes de que llegáramos allí. ¡Creen que fue un coyote! Creen que golpeamos a un coyote –las palabras me salían de la boca precipitadamente, solapándose. Kit y Jamie no se movían.

Entonces Beth se puso a explicarlo todo y Kit echó la cabeza para atrás y dio un silbido largo y agudo.

–¡Qué fuerte! ¡*No puede ser!* ¡*Era* un coyote! –le dio un puñetazo en el hombro a Jamie–. ¡Jamie, era un coyote, justo lo que decías! ¡Dios! –agarró a Jamie y lo levantó del suelo.

Beth se apartó un poco, sonriendo.

–Y Stan, el sheriff, os va a perdonar lo de la cerveza –añadió–. Dijo que éste ha sido probablemente el susto más grande que os habéis llevado en vuestra vida.

–¡Sí! –Kit daba vueltas, colorado y gritando mientras daba puñetazos en el aire–. En serio, no es coña. Increíble.

Jamie sólo miraba al suelo, con la cara totalmente blanca. Estaba de pie,

temblando.

–No me lo puedo creer –dijo–. No me puedo creer que se haya acabado.
Beth le puso la mano en el hombro.

–Créetelo –dijo–. Se ha acabado.

El resto del día pasó sin que nos diésemos cuenta. No me pude comer el sándwich que me habían traído ni cenar cuando Beth nos lo ofreció esa noche. Era raro pensar en volver a hacer algo normal. La policía nos devolvió el coche al atardecer. Estábamos eufóricos cuando vimos nuestro viejo y polvoriento sedán. Era como un reencuentro. Jamie y Kit abrieron las ventanas, deshaciéndose en disculpas ante los polis. Todavía apestaba a cerveza.

Esa noche hablamos sin parar de cada detalle del accidente: de lo que habíamos estado haciendo en el coche justo antes, de lo que habíamos dicho, de lo que habíamos visto. Era como si estuviéramos intentando compensar el largo silencio que se había instalado entre nosotros desde que ocurrió. Al final pudimos recrear aquella escena en medio de la autopista –cómo había empezado a llover, cómo sentimos la sacudida, cómo seguimos adelante– porque esta vez no la atropellábamos. Esta vez no fue nuestra culpa.

–Pisaste el freno a fondo, ¿te acuerdas? –dijo Kit.

–No –contestó Jamie negando con la cabeza–. No había tiempo. Frené más tarde.

–Sí, y patinamos –les recordé.

Y luego Kit creyó recordar una línea gris delante del coche. Me pregunté si yo también la había visto.

Jamie llamó a nuestra madre y nos tuvimos que poner los dos, uno en el inalámbrico y otro en la cocina, para oírla gritar:

–¡Ay! ¡Gracias a Dios! Jamie, Lucy, no os podéis imaginar lo preocupada que estaba.

Después preguntó por nuestro padre –le había llamado, ¿venía a buscarnos?– y lo único que pudimos decirle es que ya no tendría que venir. No que no fuera a venir, sino que no tenía que hacerlo. Iríamos a Phoenix en un día o dos.

–¡Pero eso es casi la mitad de vuestras vacaciones! –protestó.

–No pasa nada –le dijo Jamie–. Todo irá bien.

Luego llamamos a nuestro padre. Ya era suficientemente tarde para llamarlo a casa y contestó a la primera. En cuanto oyó mi voz dijo:

–¡Lucy! ¿Por qué no dejaste un número? He estado toda la tarde intentando llamarte al móvil pero no lo cogías. ¿Qué demonios pasa?

Y se lo tuve que volver a explicar, pero ahora era mucho más fácil. Además, parecía que sólo le importaba el final, porque no paraba de interrumpirme con

preguntas como: ¿Entonces estáis bien? ¿El coche está averiado? ¿Cuándo vais a llegar?

–Creo que podremos irnos mañana o pasado –le dije–. La policía tiene que revisar el informe del laboratorio o algo así.

–Dame el teléfono de la comisaría. Quiero hablar con ellos directamente.

Beth se lo dio y yo seguí tranquilizándolo hasta que finalmente dijo:

–Bueno, espero que os podáis marchar mañana, porque tengo un montón de reuniones el miércoles y el jueves y hemos perdido el fin de semana. Bueno, nena, pásame a tu hermano.

Por lo que pude oírle decir a Jamie al final de la conversación, se notaba que le estaba echando el típico sermón sobre conducir con lluvia o demasiado rápido, o sobre la forma de frenar cuando se cruza algo en la carretera. Con mi padre daba igual que no fuera tu culpa. Siempre había algo que podrías haber hecho de otra forma. Jamie no paraba de decir:

–Sí, papá. Sí, ya lo sé. Lo recordaré.

Luego Kit llamó a sus padres. Caminaba de un lado a otro del salón hablando muy alto y exagerando los detalles. Mientras hablaba lo veía venir: esa cosa tan terrible, la chica muerta en la carretera, se convertía en una de sus situaciones límite. Un accidente fallido, un desastre que no era tal. Contaría esta historia como prueba de algo. ¿Pero de qué? Pensé en la chica. Nuestra vida había cambiado completamente, pero la suya no.

–Así que no os preocupéis –dijo Kit–. Ya se ha arreglado todo.

–Kit –le dije en voz baja–. Ella todavía está muerta.

Aquella noche me acurruqué bajo las mantas y me puse de cara a la ventana. Era como mirar a través de la portilla de una nave espacial: directamente al universo. No podía dormir. Había dejado la puerta un poquito abierta con la esperanza de que viniera alguno de los perros. Pero la casa estaba en silencio.

De pronto oí algo. Era un sonido extraño, una especie de sollozo ahogado proveniente del pasillo. Pero lo más raro fue que lo reconocí. En alguna zona oculta de mi cerebro, sabía lo que era. Me levanté y escuché. Despacio y tan sigilosamente como pude, me quité la colcha y deslicé los pies hasta tocar el suelo. Caminé hacia la puerta sin hacer ruido y miré por la rendija.

Jamie estaba en el pasillo, agachado contra la pared con las rodillas hacia arriba y la cabeza mirando al suelo, sentado en un largo rectángulo iluminado por la luna. Estaba llorando.

Abrí un poco la puerta y fui hacia él como había hecho él hace mucho tiempo, cuando nuestro padre se fue y yo solía llorar por la noche.

Entonces vi a Beth.

Abrió la puerta de su habitación y salió sigilosamente al pasillo. Llevaba un

fino camisón blanco de flores que se extendió como un prado en torno a su cuerpo cuando se arrodilló detrás de él y le rodeó los hombros con el brazo.

La oí hablar en voz baja y suavemente:

–Jamie, ¿qué te pasa? ¿qué ocurre? –y luego–: Shhh... Sé que te asustaste, cualquiera se habría asustado. Pero ya se ha terminado.

Siguió hablando con él. El pelo le caía hacia delante y le tapaba la cara, así que no pude oír el resto. Entonces vi cómo Jamie levantaba la cabeza. Tenía las mejillas húmedas. Sentí un nudo en el estómago porque sabía lo que estaba a punto de ocurrir. Lo sabía incluso antes que ellos.

Jamie levantó el brazo para tocarle el pelo.

Beth se apartó, y en el hueco de luz vi su cara de agobio.

–No –dijo.

Él le cogió la mano y se la puso lentamente con la palma hacia arriba bajo la luz de la luna. Luego se la llevó a la boca y la besó.

–Jamie –volvió a decir–. No entiendo. Creía que tú y Kit, creía que erais...

Pero era demasiado tarde. La atrajo hacia él, aferrándose a ella como si alguno de los dos se fuera a caer. Entonces empezó a besarla y a tocarle la cara.

Me alejé de la puerta. La cerré sin hacer ruido y me volví a meter en la cama.

No se había acabado.

Cuando me desperté por la mañana pensé que lo había soñado. Lo que ocurrió en el pasillo era demasiado extraño. Parecía un sueño, un sueño raro, después de aquel día raro. Había sido una noche larga y no descansé bien. Había vuelto a soñar con la chica, pero esta vez cuando se levantaba delante del coche llevaba un camisón blanco que se inflaba como la vela de un barco.

Desenredé el nido de sábanas y guiñé los ojos ante el resplandor del cielo que llenaba la habitación. Beth era mucho mayor que nosotros y Jamie todavía era un niño. Lo había visto besar a chicas contra las taquillas del colegio o apoyándose en el coche de alguien. Pero nunca lo había visto besar a alguien así. No podía ser real.

Me puse los vaqueros y caminé de puntillas hasta el pasillo en silencio. Era tarde, pero parecía que nadie se había levantado. La puerta del cuarto de Beth estaba cerrada y la del estudio entreabierta. Fui hacia allá pensando que Jamie y Kit estarían ahí durmiendo, como Kit ayer. Pero creo que lo supe antes de abrirla de golpe: sólo estaba Kit.

Me quedé levantada mirándolo. Estaba tendido boca arriba y respiraba profunda y lentamente. Por un momento deseé con todas mis fuerzas que fuera él el que estuviera en la habitación de Beth y que Jamie estuviera ahí, a salvo.

De pronto sentí la necesidad de salir de casa. Era demasiado: el accidente de coche, la chica muerta, y ahora Jamie durmiendo con una mujer veinte años mayor que él. Era como si hubiéramos dejado Kansas y hubiésemos entrado en un mundo al revés donde no había reglas.

Corrí por el pasillo, rozando el suelo helado con los pies. Los perros me oyeron y salieron a toda prisa del salón. Cuando abrí de golpe la puerta principal los perros se agolparon detrás de mí, aullando y acariciándome las piernas con el hocico. Salimos y nos deslumbró la luz del desierto.

No oí acercarse a Kit. Cuando habló, di un salto. ¿Cuánto tiempo llevaba sentada en las escaleras de la terraza? Me aparté un poco y le dejé espacio para que pasara. Trataba de aparentar que no pasaba nada.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo aquí fuera? —preguntó—. ¿Dónde está todo el mundo? —se sentó a mi lado restregándose los ojos. Su ondulado pelo cobrizo estaba alborotado.

—Sólo estaba aquí sentada —dijo. No quería responder a la otra pregunta. No

se me ocurría qué decir. ¿Que Jamie y Beth se habían ido a algún lado? Su furgoneta seguía en la entrada.

–¿Dónde está Jamie? –preguntó. Echó un vistazo por el jardín–. ¿Dónde está Beth?

Vacilé.

–Supongo que siguen durmiendo –lo miré. Estaba tan cerca de mí que pude ver las motas verdes y doradas en sus ojos. Eran bonitas, extrañamente bonitas, como el cuarzo dentro de una roca.

Kit frunció el ceño y miró hacia atrás a la casa. Vi lo mismo que él: el pasillo vacío y la puerta de Beth cerrada. Abrió los ojos y se giró hacia mí.

–No me lo puedo creer.

Levanté las rodillas y pegué mi barbilla contra ellas. El pelo me cayó hacia delante y me tapó la cara.

–¡No me lo puedo creer! –volvió a decir. Esta vez me agarró del brazo para que lo mirara–. ¿Está ahí dentro con ella?

No dije nada. No tenía que hacerlo. Kit emitió un agudo silbido de asombro que atravesó el aire.

–Increíble. Jodidamente increíble. O sea, estamos aquí atrapados en medio de la nada, pensando en que quizá hayamos *matado* a una chica y va Jamie... –sacudió la cabeza– y echa un polvo.

–Para –dije.

–No, lo digo en serio –torció la boca en un amago de sonrisa–. Tiene mogollón de suerte.

–No es lo que piensas –dije. ¿Pero por qué estaba tan segura? Puede que sí lo fuera.

–Ay, ¡venga ya! Estaba totalmente colado por ella, tú lo viste –se echó el pelo hacia atrás–. Pero me sorprende que a ella le molara él. Pensé que le agobiaría el tema de la edad. ¿Qué crees que pasó? Él se fue a dormir a la vez que yo.

Agarré el borde del escalón con los dedos de los pies sin parar de mirarlos. La madera estaba astillada.

Kit me cogió del hombro firmemente.

–¡Eh! Tú sabes algo.

–No, no sé nada –no podía mirarle.

–Desde luego que sí. Viste algo, ¿qué?

Bajé el mentón y negué con la cabeza.

–Nada. No vi nada.

Pero Kit se inclinó hacia mí y me quitó el pelo de la cara.

–Venga, Luce. Dímelo.

Y entonces quise contárselo. Era demasiado fuerte para comerme la cabeza yo sola. Lo miré.

–Jamie estaba en el pasillo –dije–. Anoche de madrugada. Estaba desolado. Ya sabes, triste por la chica, y aliviado, pero... –no quería decir que estaba llorando, Kit no lo entendería–. Beth salió de su cuarto. Oí algo, así que me levanté y empecé a abrir la puerta... y los vi.

–¿Sí? –dijo Kit–. ¿Qué hacía?

¿Qué había hecho? ¿Cómo empezó?

–Ella lo abrazó...

–¿En serio? –Kit parecía incrédulo–. ¿Ella dio el primer paso?

No, aquello no estaba bien. Negué con la cabeza.

–Bueno, ella intentaba consolarlo. Y luego él empezó a besarla.

Kit soltó un hondo suspiro de asombro.

–Guau. ¿De verdad? ¿Y después qué pasó?

–No sé, volví a la cama.

–¡Estás de coña! ¿Te perdiste lo bueno?

Lo empujé. Sabía que no debería habérselo dicho.

–¡Es mi hermano! No hay nada bueno. Beth le dobla la edad. Es ridículo.

–Vale, vale. Tranquilízate –negó con la cabeza–. Me sigue pareciendo raro, ¿sabes? No por Jamie, sino por Beth. Es demasiado... bueno, debía de saber que le molaba, así que me sorprende que hiciera algo...

No podía soportarlo más.

–Mira, es mi culpa. Le dije que tú y Jamie erais gays. Por eso le abrazó. No creyó que fuera a dar lugar a nada –ya está, ya lo había dicho. Me quedé mirando el escalón.

–¿Qué? –gritó Kit.

–Shhh... –dije–. Todavía están durmiendo. Ya me has oído. Le dije que tú y Jamie erais gays.

–¿Por qué coño hiciste eso? –estaba acalorado y muy cerca de mí–. ¿Qué te pasa? ¿Estás loca? ¿Crees que somos gays? –de pronto se echó hacia delante y me besó. Tal cual. Apretó su cálida boca enloquecida contra la mía.

No me lo podía creer. Le puse la mano en el pecho y lo empujé en cuanto empezó, pero ya era demasiado tarde. Nos quedamos ahí sentados a centímetros de distancia, respirando con fuerza. Tragué saliva y me sequé la boca con el dorso de la mano.

–Ya sé que no sois gays. De todas formas no me importaría. No tienes que... probar nada –y eso fue todo.

Me dio la espalda, pero yo ya me estaba deslizado por los escalones y me alejaba de él. No me podía creer que me hubiera besado. Aún podía sentir el ardor de su boca.

–¿Entonces por qué lo dijiste? ¿Por qué ibas a decir una cosa así si no? –no me miraba.

Llamé a los perros, que salieron trotando del cobertizo agitando las orejas con cara de dormidos. ¡Eran tan monos! Les hice un hueco entre nosotros. Oscar subió las escaleras y se apoyó con fuerza contra mi muslo.

–No sé. No quería decir nada. Estaba enfadada con vosotros por haberos ido a comer sin mí. Nunca pensé...

–Ése es el problema. Que no piensas.

Fruncí el ceño. Me hizo gracia que lo dijera precisamente él.

–Vale, fue una tontería. Lo siento –rodeé a Oscar por el cuello y apreté mi cara contra su pelo–. En serio. No lo habría dicho si pensara que podría pasar algo así.

Nos giramos y miramos hacia el pasillo. La casa estaba en silencio. La puerta de Beth seguía cerrada y parecía que el aire se hacía más denso a su alrededor ahora que todo había cambiado.

–Estás loca –dijo Kit.

Seguía sin mirarme. No me podía creer que me hubiera besado. ¿Por qué lo había hecho? Sabía que no era gay. Le había visto con chicas durante años, casi desde que lo conocí. Siempre tenía novia.

Sólo me habían besado una vez, en el baile de segundo de ESO, el viernes antes de obtener el graduado escolar. Fue Scott Lampere, un chico bastante mono: alto y flacucho, del equipo de baloncesto, con ojos bonitos. Coincidíamos en tres clases y a Ginny y a mí nos gustaba. Pero pasábamos un poco, no se nos ocurría hacer nada. Además, tenía braquets y una especie de aparato metálico que tuvo que llevar durante seis meses. Ginny decía que besarlo sería como besar la anilla de una lata de refresco.

Pero esa primavera le quitaron el aparato. En el baile de segundo de ESO fuimos al pasillo para coger algo de beber y él me agarró del brazo y empezó a besarme. Estaba tan sorprendida que no sabía qué hacer. Sus labios húmedos se deslizaban por los míos. Intenté colaborar, pero durante todo el tiempo que estuvo besándome yo no paraba de pensar en algo que había visto en la tele. Un documental sobre el programa espacial, sobre cómo, cuando un transbordador vuelve a la Tierra, si no entra en la atmósfera en el ángulo exacto, rebota en el espacio exterior. Y eso es lo que sentí cuando Scott me besó: algo tan resbaladizo e incierto que en cualquier momento mi boca podría despegarse de la suya y salir volando hasta desaparecer.

Cuando Kit me besó fue diferente. La sensación era suave y agradable, como si el ángulo fuera exactamente el adecuado.

–Vámonos a algún lado –dijo Kit bruscamente, y se levantó–. No tiene sentido que nos quedemos aquí. Vamos a desayunar.

Asentí con la cabeza. En realidad no quería estar en la casa cuando Beth y Jamie abrieran por fin la puerta de la habitación.

–Pero el coche... –dije–. ¿Dónde puso Jamie las llaves?

–No lo sé. Cogemos la furgoneta. Las llaves están en ese gancho de la cocina. No pasa nada. Nos la dejó ayer. O sea, joder, es lo menos que puede hacer, teniendo en cuenta...

–¿Teniendo en cuenta qué? ¿Que está ahí dentro con Jamie en lugar de estar contigo? –me sorprendió lo mal que sonó–. Olvídalo –dije rápidamente, antes de que se volviera a enfadar–. Supongo que no le importará.

Doblamos la esquina y fuimos a la cocina. Kit se iba chocando contra mí y casi me tira al suelo. Me paré en seco. Beth estaba de pie junto al lavabo, pelando una mandarina con delicadeza. Hacía minuciosos cortes en la cáscara con las uñas y extraía los gajos como si fueran pétalos. Alzó la mirada cuando entramos. Se esmeraba para que su cara pareciera inexpresiva, pero el resto de su cuerpo rebosaba de emoción.

–Hola –dijo.

Apenas podía mirarla. ¿Nos habría oído hablar? La puerta de la habitación estaba cerrada. Jamie aún debía de estar dormido. Sentí cómo me acaloraba. ¿Pero por qué me tenía que dar vergüenza? Ella era la que había hecho algo malo.

–Hola –dijo Kit, dando un paso adelante–. ¿Nos puedes dejar la furgoneta para ir a desayunar?

En ese momento alcé la vista. Parecía tan sosegada –miré sus arqueadas cejas inmóviles– como si el mínimo signo de expresión fuera a revelar demasiado.

–Claro –respondió–. Pero no hace falta. Hay mucha comida aquí.

–Bueno, es que nos apetece salir –Kit sonaba despreocupado. Le sonrió.

Beth se dio la vuelta. Con delicadeza, puso la mandarina medio pelada en el borde de la encimera, donde se agitó como una flor exótica.

–Vale –dijo–, limpiándose las manos con el paño de cocina. Cogió las llaves del gancho de la pared y se las lanzó.

–Gracias.

Yo seguía sin decir nada. No podía. Beth se puso de cara a la ventana, se

recogió el pelo con las dos manos y lo enroscó en un moño. De repente se ruborizó.

Kit estuvo callado hasta que llegamos a la autopista; entonces dijo desconsolado:

–Probablemente estuvieron follando toda la noche.

–¡Para ya! –extendí el brazo en el asiento y le di un puñetazo en el hombro–. Deja de hablar de eso. Da mucho asco.

Pero realmente no había ninguna otra cosa de que hablar. Me coloqué el bloc en las rodillas y entornando los ojos contemplé por la ventana la extensión del desierto. Las briznas de hierba pajiza dispersas sin ningún orden parecían efímeras, un vano remedio contra la tierra seca. Las quería dibujar, pero Kit conducía demasiado rápido y la carretera estaba llena de baches en algunos tramos.

–Fue un simple error, ¿no crees? –dije al cabo de un minuto.

–Creí que no querías hablar de ello.

–Y no quiero –suspíré, moviéndome en el asiento y jugando con la correa desgastada del cinturón de seguridad–. Pero no volverá a pasar, ¿verdad?

Kit resopló.

–No estés tan segura.

Me estremecí.

–¿Cuántos años crees que tiene? Debe de estar rondando los cuarenta. ¿No es ilegal o algo parecido?

Kit torció ligeramente la boca.

–Todo lo divertido es ilegal.

–¡Venga, en serio! –estaba intentando pensar. Hace unos años había pasado algo en el Instituto. Había habido un escándalo–. ¿No hubo un problema hace un par de años con un profesor de gimnasia en Westview? Y la chica estaba en primero de bachillerato o algo así. ¿No lo arrestaron? –Ginny y yo estábamos en sexto, pero me acuerdo de que a mi madre le afectó mucho. Me acuerdo de cuando habló con Jamie en la cocina, inquieta y bajando la voz para que no les oyera.

–Bueno, sí, el señor Brimley. Pero eso fue completamente diferente.

–¿Por qué? Él era mayor que ella. Estaba casado.

–Pero fue una de esas cosas entre profesor y estudiante. Y la chica tenía 15 años, creo. Sus padres lo denunciaron.

–¿Y por qué esto es diferente? –insistí–. Beth es demasiado mayor para Jamie.

–Simplemente es diferente –Kit se encogió de hombros–. Jamie quería hacerlo.

–Igual esa chica también quería. No deja de estar mal.

Kit negó con la cabeza.

–Es diferente. Con un tío mayor como ése, la chica no querría... –dejó de hablar y me miró–. No sé. Cuando el tío es mayor, como el señor Brimley, y encima es profesor, parece que la chica es una víctima o algo así. Como si no lo hubiera elegido ella –hizo una pausa–. Nadie forzó a Jamie y encima tiene dieciocho años.

Me recosté en el asiento de vinilo. Era cierto. Pensé en la cara de Jamie bajo la luz de la luna y en cómo le había cogido la mano a Beth.

–Es demasiado raro –dije finalmente–. Debería ser ilegal.

Kit sonrió.

–No seas tan mojigata.

No tenía sentido hablar de eso con él. Miré por la ventana y sentí que el arcén de gravilla se desdibujaba.

–¡Oye! ¿En qué dirección vamos? –pregunté de repente.

Él sabía a lo que me refería.

–Ya lo hemos pasado –dijo.

–¿Sí? ¿Estaba aún la cinta de la policía? No la he visto.

–Sí, todavía estaba ahí.

–Parece que fue hace más de dos días, ¿verdad? Da la impresión de que ha pasado tanto tiempo...

No dijo nada.

Abrí de golpe el bloc y pasé las páginas hasta que llegué a la de la chica. Ya casi había terminado el dibujo, pero no me convencía. No tenía ninguna expresión en los ojos ni en la boca y sin eso su cara no parecía real. Me quité las chanclas y puse los pies en el salpicadero, posando el bloc sobre mis muslos. Empecé a dibujar de nuevo: hondonadas y arrecifes, la geografía de los pómulos y las cejas. Las caras eran como paisajes.

–No paras de dibujar –dijo Kit–. ¿Qué es eso?

Vacilé.

–La chica.

Entonces le echó un vistazo, lanzando miradas rápidas mientras sujetaba el volante con una mano.

–¡Eh! Está bastante bien –dijo. Era la primera vez que me decía algo bueno.

–Gracias.

–Los labios no están bien.

–¿Qué tienen de malo? –mascullé.

Se encogió de hombros.

–Algo. Su boca era diferente.

Cuando dijo eso le miré la boca y empecé a sentir mariposas en el estómago. Sólo era Kit, pero no podía dejar de pensar en cómo me había besado. Una

parte de mí todavía no se lo creía. Kit me había besado. Me había besado a mí. Lo volví a mirar de reojo; miré la curva de sus labios. No podía mirarlos sin pensar en cómo los había sentido contra los míos.

Volví al dibujo y borré el labio superior de la chica, cambiando la línea para suavizarla. Él tenía razón. Ya se parecía más a ella.

—¿A qué distancia está el sitio? —pregunté—. Llevamos horas conduciendo —el desierto estaba cambiando, veíamos cada vez más colinas con oscuras matas de arbustos a medida que nos acercábamos a las montañas.

—No sé. El restaurante al que fuimos Jamie y yo ayer estaba mucho más cerca, pero en la otra dirección.

—¿Entonces por qué has ido por aquí? —me giré impaciente hacia él—. No recuerdo haber visto ningún sitio para comer por aquí.

—Ya... —parecía avergonzado—. No sé. Quería volver a pasar por allí de día.

—Ah —asentí con la cabeza, y deseé haber mirado cuando pasamos por delante—. ¿Qué crees que le pasó?

Kit estaba en silencio y movía ligeramente la mano en el volante.

—Alguien la mató.

Al oírle a él decirlo en voz alta me estremecí. Pensé en cómo me había sentido cuando encontré su cuerpo; cómo me sentí cuando pensé que había muerto por nuestra culpa.

—¿Pero cómo? Quiero decir, no había sangre, ¿no? —no recordaba haber visto nada igual. Miré fijamente la cara del folio, aquel óvalo sin vida—. No sé, parecía estar tan en calma...

—Sí, ¿pero qué tenía, veintitantos años? La gente no se muere a los veintitantos años.

—No, supongo que no —tenía razón. Alguien debió de dejarla ahí. Haberla encontrado era como encontrar una foto rasgada por la mitad. ¿Qué había en la otra mitad?

Kit se pasó la mano por el pelo. Era cobrizo y ondulado y se le rizaba en la nuca. Agarré el lápiz y me puse de nuevo con el boceto, sombreando las líneas del cuello.

Kit seguía hablando.

—¿Y dices que la policía no le encontró nada, ni una cartera, ni una identificación ni nada? Eso significa que alguien lo ha debido de coger.

Me entraron escalofríos al pensar en la pulsera. Pero no había ningún nombre escrito, ni siquiera unas iniciales. No les habría ayudado en nada. De todos modos, ¿por qué lo había hecho? Era lo mismo que robar. Sabía que mi madre pensaría eso, y Jamie también.

—¿Qué pasa si...? —me detuve. La idea se estaba formando en mi cabeza y

parecía demasiado débil para decirla en voz alta, especialmente a Kit—. Escucha, estamos volviendo por el mismo camino que vinimos esa noche. Ella estaba a la derecha de la carretera. Así que quienquiera que la dejara ahí iría probablemente en la misma dirección, ¿no? Cuando paremos, podemos preguntar si alguien la vio. Podríamos intentar averiguar...

Kit negó con la cabeza.

—Ni de coña. No vamos a hacer eso.

—¿Por qué? Tenemos que parar de todas formas para desayunar. Hay tan pocos sitios por aquí, quizá ella también fuera a alguno. Ya sabes, para echar gasolina o para comer. ¿Por qué no podemos preguntar? Puede que alguien la viera. Tengo mi boceto —hablaba más rápido, suplicándole—. No es lo mismo que una foto, pero tú mismo dijiste que era bueno; se parece a ella. Podemos intentar averiguar qué le pasó.

Kit negó con la cabeza.

—¡Qué bobada! ¿Qué vas a hacer, viajar por todo el estado enseñándole a la gente un dibujo que has hecho? Deja que lo resuelva la policía. No tiene nada que ver con nosotros.

—¡Claro que sí! Nosotros la encontramos.

—¡Y ya estaba muerta! Se acabó. Mañana por la noche estaremos en Phoenix.

—¡No! Yo no voy a Phoenix. No hasta que sepamos lo que le pasó —las palabras que salieron de mi boca sonaban ridículas, pero me di cuenta de que no sólo lo decía para discutir con él. Lo decía en serio. Me sentía conectada a ella de alguna manera, como si nuestras vidas se hubieran cruzado y entrelazado, por más que se tratara de una extraña. Porque había llegado de la nada y podría desaparecer en la nada a menos que intentáramos averiguar lo que ocurrió—. No voy a dejar esto así —dije en voz baja.

Kit me miró indignado.

—Estás loca. ¿Sabes qué? No depende de ti.

Giró bruscamente el volante, salió de la autopista y entró en un aparcamiento sin pavimentar. Llegamos casi sin darme cuenta a un área de servicio, un edificio beige con surtidores de gasolina enfrente y un tosco letrero de madera colgando del techo que decía: Café Blue Mountain. Kit dio un volantazo para aparcar en un hueco libre y frenó con fuerza. Una polvareda marrón rosada nos envolvió.

Kit paró el motor.

–Kit –dije–. ¿No podemos...? –cerré el bloc de golpe y lo apreté contra mi pecho.

–¿Qué? –Kit frunció el ceño, impaciente, pero me miró directamente a los ojos por primera vez desde que me besó. Extendí la mano y le toqué el brazo. Se estremeció y me miró de reojo la mano. De pronto me di cuenta de que él también estaba nervioso.

–Por favor –le dije.

–¿Por qué te importa tanto? ¿Por qué estás tan obsesionada con esa chica?

–No lo sé –lo único que sabía es que no podía dejar de pensar en ella–. ¿Tú no sientes nada? Quiero decir, la dejaron muerta en la carretera y fuimos los que la encontramos. ¿No te sientes... responsable de ella de algún modo?

–¡No! No, para nada –hizo un gesto brusco con el brazo y salió de la furgoneta–. Mira, haz lo que quieras. No te voy a ayudar –dio un portazo tan fuerte que la furgoneta se tambaleó. Lo vi alejarse con grandes zancadas por el aparcamiento hasta que llegó al restaurante. Levantaba el polvo a cada paso. Al rato lo seguí.

En cierto modo esperaba que se sentara solo, pero cuando entré vi que me miraba desde una mesa que había en una esquina y empujaba una silla con el pie.

–Gracias –farfullé, mirando a mi alrededor.

Era una sala pequeña con una docena de mesas muy juntas y una barra larga con taburetes al fondo. Las paredes eran de color rosa pálido y la que había detrás de Kit estaba cubierta de calendarios antiguos y fotografías de diferentes lugares, todos ellos muy exóticos y tropicales. Una mujer mayor freía hamburguesas en la cocina y había dos hombres sentados en la barra; sin ellos el restaurante estaría vacío.

La camarera atravesó una puerta batiente con dos vasos de agua. Tenía el pelo rubio rizado y unas patas de gallo tan marcadas que su piel estaba arrugada como el cartón. Dos rayas anchas de sombra plateada le brillaban sobre los ojos. Puso suavemente los vasos sobre la mesa y sacó un cuaderno.

–¿Qué tal, chicos? ¿Qué os traigo?

Sonrió a Kit y vi cómo él se olvidaba un momento de lo enfadado que estaba conmigo y le devolvía la sonrisa, una sonrisa fugaz pero amplia.

–Tú dirás. ¿Qué hay de desayunar?

–¿Desayunar? –se rió–. No mucho. Dejamos de servir desayunos a las once.

–Ah –repliqué–. ¿Tan tarde es? –nadie me estaba escuchando.

Kit cogió la carta.

–¿No hay crepes? –dijo sin parar de sonreírle.

–Bueno, supongo que te podremos preparar unas crepes. Pero porque ahora no estamos ocupados –me miró–. ¿Qué le traigo a tu novia?

–No soy su...

–No es mi...

Ambos lo dijimos tan rápido y horrorizados que se volvió a reír.

–Vale, vale. Perdonad. ¿Qué quieres tomar, cielo? –se giró hacia mí con el bolígrafo en la mano.

–¿Huevos revueltos con tostadas?

–Claro. ¿Zumos?

Los dos asentimos con la cabeza. Se dio la vuelta.

–Espere –dije. Miré a Kit–. Nos preguntábamos... –Kit rezongó y movió la cabeza, pero yo abrí de golpe mi bloc y lo deslicé por la mesa antes de que me mandara callar–. ¿Reconoce a esta chica? Puede que estuviera por aquí hace un par de días.

La camarera miró el dibujo y luego me miró a mí con viveza.

–Se parece mucho a la foto que la policía hizo circular ayer –dijo–. Una pobre chica a la que mataron en la autopista. ¿Vosotros sabéis algo?

–No –dijo Kit rápidamente–. Bueno, en realidad fuimos los que la encontramos, pero no sabemos nada. A Lucy, esta chica, que es la hermana de mi amigo –dijo con cara de resignación–, se le ocurrió la idea de que podíamos ayudar a la policía a averiguar lo que ocurrió. Pero yo le dije que ellos sabrían lo que hacían, y como ya han estado hablando contigo –me fulminó con la mirada– sería estupendo poder desayunar algo.

La camarera pareció relajarse de nuevo, cerró el boli con un clic y lo guardó en las anillas de su bloc.

–Claro, ahora mismo lo traigo.

–Espera –insistí–. Perdona, pero ¿la reconoces? –no miré a Kit–. ¿Ha estado aquí?

La camarera negó con la cabeza.

–No, cariño. No la he visto nunca.

–Pero... –dije. Kit me dio una patada en la espinilla por debajo de la mesa–. ¡Ay! –le lancé una mirada–. Pero no hay muchos restaurantes por aquí, ¿verdad?

La camarera metió el cuaderno en el bolsillo de su blusa.

–No, no hay nada cerca de aquí. Junie y yo hablamos sobre eso con la

policía. Hay una cafetería como a una hora de aquí hacia el este, en Kilmore, en dirección a la frontera.

Kit me miró con el ceño fruncido.

–¿Algo más? ¿Quieres empolvar todo en busca de huellas dactilares?

La camarera se rió y guiñó un ojo a Kit.

–Ahora te traigo las crepes, cariño.

–Dios mío –dijo Kit cuando se marchó–. ¿Vas a parar de una vez? Ya te he dicho que la policía lo investigaría. Deja de molestar a la gente.

–No la estaba molestando. Sólo estaba preguntando. No le ha importado.

Pasé un dedo por el vaso y tracé unas líneas onduladas sobre el agua condensada. Quería ir a Kilmore. Pero sabía que no debía decírselo a Kit.

El trayecto hacia casa de Beth lo hicimos prácticamente en silencio. Yo tenía el bloc abierto en mis rodillas e iba dibujando la silueta de las montañas, una línea irregular elevada sobre la meseta.

–¿A cuánta distancia crees que están? –le pregunté.

Se encogió de hombros.

–A una hora o dos.

Titubeé y luego dije con mucho cuidado:

–¿Podemos parar cuando lleguemos al sitio donde la encontramos?

Me echó un vistazo.

–Lo puedes ver desde el coche.

–Ya lo sé, pero quiero salir.

–¿Se puede saber qué problema tienes?

–Por favor...

Suspiró.

–Eres un coñazo total.

El paisaje era tan llano que vimos la cinta amarilla de la policía desde muy lejos. En la distancia llamaba la atención cómo cercaba un lado de la carretera. Kit redujo la marcha y se metió en el arcén.

Todo parecía normal a la luz del día. Aun así, el pecho me oprimía y mi corazón empezó a latir más rápido. De nuevo el mismo sentimiento, el terror creciente de aquella noche. Permanecí sentada en la furgoneta, incapaz de moverme.

–¿Y? ¿No quieres salir? –me preguntó Kit impaciente.

Tragué saliva.

–No lo sé.

–¡Venga ya, Luce! –golpeó el volante con la palma de la mano–. Me has dicho que pare. Ve a echar un vistazo –como no me movía, alargó la mano sobre mis rodillas y abrió la puerta–. Vamos, termina con esto de una vez.

Bajé de la furgoneta y caminé despacio hacia la cinta, que ya había cedido. La palabra *policía* estaba escrita a lo largo de ella con letras negras remarcadas. De pronto, y pese a encontrarme bajo un sol ardiente y en medio de la vacuidad del día, me asusté. Sabía que era una estupidez. Seguí moviendo los pies, uno detrás de otro, aproximándome al sitio. Algo dentro de mí me decía que ella seguía ahí tendida, muerta, esperando a que la encontraran.

La cinta amarilla se extendía por encima de los pequeños arbustos hasta llegar

a dos conos de plástico junto al borde de la autopista. Bloqueaba el arcén. Cuando llegué me detuve. No podía mirar. Sentí el calor del sol en la cara y cerré los ojos, tratando de borrar el pánico de aquella noche.

Entonces oí el crujido de la gravilla detrás de mí, igual que la otra vez, y supe que era Kit. Estaba de pie a mi lado. Sentí cómo me miraba. Abrí los ojos y vi la silueta blanca del cuerpo de la chica en el suelo, el contorno exacto de su vida.

–¡Eh! –dijo Kit suavemente, con un tono de voz tan impropio de él que temí ponerme a llorar–. Luce.

–No seas amable conmigo –contesté desesperada–. No lo soporto.

–Vale –me volví hacia él, lejos de la cinta amarilla brillante y la silueta de su cuerpo–. Venga, vámonos.

Su mano en mi hombro me estremeció. Y de repente quise borrarlo todo de mi mente. Pensé en aquella noche en la carretera, en cómo me sujetó el pelo cuando empecé a vomitar. Quería pensar en algo que no fuera la chica.

Así que levanté el brazo y empecé a besarle.

Fue diferente de la primera vez, no tan acalorado y repentino. Esta vez fue más suave, menos preciso. Pero casi inmediatamente me empezó a besar, y cuando lo hizo sentí mariposas en el estómago. Le toqué el pelo, enredando los dedos en los rizos de su nuca. Puso sus manos en mis hombros y luego agarró mi cara y la inclinó hacia él. Lo besé una y otra vez. No quería parar. Probé el dulce sabor a sal de sus labios y sentí su pecho apretándose contra mí. No podía pensar en nada más. Cuando se apartó finalmente de mí sentí que tenía la boca hinchada y era como si mi piel se hubiera desprendido como un pétalo y hubiera olvidado momentáneamente aquel durísimo momento.

Kit estaba de pie mirándome.

–No podemos hacer esto –le dije. No podía mirarlo.

–Vale –respondió.

–Es demasiado...

–Sí –dijo–. Ya lo sé.

Volví a la furgoneta.

–Luce.

–Olvidémoslo, ¿vale? –traté de hacer como si no me importara–. Ahora estamos empatados.

Ni siquiera me gustaba Kit. Y lo acababa de besar dos veces. Bueno, más de dos.

Movió nerviosamente la boca.

–Vale, olvidémoslo.

–Perfecto.

–Genial.

Abrimos las dos puertas de la furgoneta a la vez. Sería imposible olvidarlo.

Cuando por fin llegamos a casa de Beth, ella estaba arrodillada en el suelo del salón pintando y Jamie estaba tumbado en el sofá mirándola. No sólo la miraba: estaba fascinado. Como si no pudiera ver nada más en la habitación. Kit y yo hicimos mucho ruido al entrar. No fue exactamente deliberado, pero ambos debimos de pensar lo mismo: que no los queríamos sorprender. Abrimos la puerta empujándola bruscamente, hicimos tintinear las llaves y gritamos muy alto «¡Eh, ya hemos vuelto!», en plan falso como en las comedias de situación. Los perros se nos abalanzaron arrastrando sus patas sobre la tarima. Pero Jamie no nos miró.

–Habéis estado fuera mucho tiempo –dijo Beth.

–Sí, fuimos hacia el este –contestó Kit–. El sitio de ayer estaba más cerca.

–Ha llamado la policía –dijo al cabo de un minuto.

–¿Ah, sí? –Kit me lanzó una mirada–. ¿Qué querían?

–Tienen el informe preliminar del forense. Ya saben la causa de su muerte.

Beth se sentó en cuclillas y nos miró a los dos, y Jamie se levantó de repente, saltando del sofá.

–Sí, escuchad –dijo.

–¿Qué? –pregunté

–Simplemente murió.

–¿Eh? –dijo Kit–. ¿A qué te refieres?

–Cardiopatía congénita –dijo Beth–. Tuvo un ataque al corazón. Algo rarísimo para alguien de su edad, pero puede pasar. Dice la policía que murió al instante.

–¿Quieres decir que no la mataron? –preguntó Kit–. ¿Nadie le hizo nada?

Me volví hacia él.

–Alguien la dejó allí.

Beth asintió con la cabeza.

–Sí, alguien hizo eso y la policía aún no sabe quién fue. No han sido capaces de averiguar nada sobre ella –titubeó–. Pero la muerte en sí parece que fue por causas naturales. Así que... –levantó su brocha y la sostuvo distraídamente en el aire mirando a Jamie.

–Os podéis ir cuando queráis.

–¿En serio? –dijo Kit con entusiasmo–. ¡Es genial! –miró su reloj–. Si nos vamos ya, podremos estar en Phoenix a medianoche.

Parecía imposible que nos pudiéramos ir. Podíamos alejarnos y dejarlo todo

atrás. Pensé en la pulsera, escondida en el bolsillo de mi mochila. Pensé en Beth y Jamie juntos la noche anterior y en Kit besándome.

Por un lado tenía muchísimas ganas de marcharme. Sólo habían sido dos días. Podíamos regresar a la carretera y que todo volviera a la normalidad. Sería un gran alivio pasar calor sentada en el asiento de atrás y oír hablar a Kit y a Jamie.

Pero por otro lado no. Tenía un agujero en el estómago. No se había terminado. Nadie sabía quién era, nadie sabía lo que le había pasado. Nosotros fuimos los que la encontramos. No nos podíamos marchar sin más.

–No nos podemos marchar sin más –dijo Jamie.

–¿Qué? –Kit lo miró–. Por supuesto que sí.

–No –dije–. Yo no quiero.

Entonces Jamie me miró extrañado pero agradecido. Beth no dijo nada. Lo estaba mirando, con su brocha goteando en la tela sin hacer ruido.

–Estáis locos –dijo Kit–. ¿Qué pasa con vuestro padre? ¿Qué pasa con nuestras vacaciones de primavera?

–Yo no me voy –dijo Jamie.

–Jamie –Kit negó con la cabeza, mirando a Jamie y después a Beth–. ¿Qué coñ...? –se volvió hacia mí.

–Yo tampoco –dije en voz baja.

Kit iba a decir algo pero cambió de opinión. Se desplomó con fuerza en el sofá y resopló fuerte.

–Esto es de locos –dijo mirándonos a los tres–. Espero que sepáis lo que hacéis.

Nadie le contestó. No había nada que decir.

Esa misma tarde me tumbé en la cama del cuarto azul, pegándome el teléfono a la boca para hablar con Ginny. Tenía demasiado que contarle, y esta vez decirlo en voz alta hacía que pareciera más absurdo, como si me lo estuviera inventando. Empecé con lo de la chica.

–Guau –exclamó Ginny–. ¡Pero eso es genial! Quiero decir, pensé que iban a encerrar a Jamie. Creía que iríamos a visitarlo a una cárcel de Nuevo México o algo así. ¿Te imaginas? Y ahora resulta que no pasa nada.

–No es que no pase nada –dije–. Ella sigue estando muerta.

–Ya, ya –dijo Ginny rápidamente–. Y es tan extraño... ¿Quién ha oído hablar de la muerte con veinte años? Es raro. No me refería a que no pasara nada de nada. Simplemente quería decir que ya os podéis ir a casa de tu padre, ¿no?

–No podemos –dije–. Aún no.

–¿Por qué no?

Pensé en todas las posibles respuestas a esa pregunta y finalmente solté:

–Jamie se acostó con Beth.
 Noté cómo se despertaba su interés al otro lado.
 –¿Qué?
 –Que Jamie se acostó con Beth.
 –¿Quién es ésa?
 –La mujer que vive aquí, en la casa donde nos estamos quedando. Ya te hablé de ella. La artista.
 –Pero creía que dijiste...
 –Sí, es mayor. Tan mayor como... –no quería decir mi madre.
 Ginny respiró hondo llena de asombro.
 –Guau. ¿Se *acostó* con ella? ¿Estás segura? A lo mejor sólo se liaron.
 Suspiré.
 –No, creo que no –le conté lo que había ocurrido en el pasillo.
 –Guau –volvió a decir.
 –Y Kit me besó –añadí rápidamente, y sentí que estaba poniendo toda la carne en el asador. Ya que estaba, podía contárselo todo.
 –¡¿Qué?! –chilló en el teléfono, y pude oír cómo crujían los muelles de su colchón cuando pegó un bote en la cama.
 –Ya lo sé.
 –¿Kitilla el Espinilla? Me estás vacilando.
 –No, es verdad. Y no le vuelvas a llamar así.
 –¡Lucy! ¡Qué fuerte!
 Suspiré.
 –Es verdad.
 –¡Joder! ¿Qué está pasando allí? Creo que tenéis que volver a Kansas *pronto*.
 –Sí –dije con fervor–. La verdad es que sí. Pero todavía no podemos.
 –Espera, para. Cuéntame lo de besar a Kit. ¿Cómo fue? ¿Cómo pudo ocurrir?
 –No sé. Sólo fue... –de repente sentí vergüenza–. Fue bonito –dije por fin.
 –¿Mejor que Scott Lampere?
 –Anda, claro, obviamente.
 –Vale, vale. Pero aun así. Es que no me lo imagino. Kit siempre nos trata tan mal. Puede llegar a ser horrible. Y ni siquiera nos mira nunca. Creía que no nos aguantaba.
 –Yo también –dije.
 Ginny esperó un rato. Suspiró cuando me quedé callada.
 –Bueno, supongo que cambió de opinión, lo cual está bien –notaba que estaba pensando en lo que le decía. Era como si Kit hubiera vuelto a nacer en su mente–. O sea, hay que admitir que es mono.
 –Ajá.

–De hecho es muy mono.

–Lo sé.

–Y ese pelo... Siempre tiene novias guapas.

–Sí.

–¿Entonces crees que tú y Kit...?

–No, no, no es eso. Sólo fue un beso –sentí cómo me ponía colorada al mentir, pero no pude hablarle de la segunda vez. Había sido algo totalmente distinto.

–Pero todavía no entiendo cómo empezó lo vuestro.

–Fue una tontería –dije. Le conté que le había dicho a Beth que Jamie y Kit eran gays–. Así que creo que sólo lo hizo para probar algo.

–Ah –dijo decepcionada–. ¿Así que no crees que volverá a besarte?

–No –contesté firmemente–. Eso ha sido todo.

–Pero... –hizo una suave pausa–. ¿Quieres que te vuelva a besar?

–No sé –contesté, y oí su respiración mientras esperaba al otro lado del teléfono a que dijera algo. Titubeé–. Tal vez...

Volvió a chillar y luego le entró la risa floja.

–¡Besaste a Kit! ¡A Kit! No me lo puedo creer. Es genial –suspiró–. Me habría gustado estar allí.

–A mí también –dije, y era verdad.

Estuve toda la tarde mirando a Jamie y a Beth, o viendo cómo Jamie la miraba. No había nada obvio entre ellos –no se besaban ni abrazaban, ni siquiera se tocaban–, pero al mismo tiempo no cabía duda de lo que había pasado. Nunca había visto a Jamie así. Seguía con los ojos cada movimiento de Beth, como si fuera algo que quisiera estudiar y aprenderse de memoria. Y Beth parecía igual de cambiada que él. Era como si la fuerza de su mirada la estuviera puliendo justo enfrente de nosotros, volviéndola suave y elegante, haciendo que su piel brillara. Estaba guapísima.

Kit también lo notó. Cuando fui a la cocina a por un refresco me siguió taciturno.

–Dios, está realmente buena –dijo–. ¿Qué más da la edad que tenga?

Me estremecí.

–Tienes que hablar con él.

–¿Y qué le digo? ¿Felicidades? ¿Mojaste?

–¡No! Tienes que hacer que pare.

Refunfuñó.

–Ni hablar. Eso es cosa tuya. Tú eres la mojigata.

–Deja de decir eso –me estaba mirando, sonriendo un poco, y sentí que me ponía colorada–. No soy ninguna mojigata –dije, frustrada.

–Vale, a lo mejor no –dijo–. Pero con este tema sí.

–¡Venga ya! ¡Es mi hermano! No quiero que se meta en un lío.

Kit sonrió satisfecho.

–A mí no me parece que sea ningún lío. Pero si te preocupa tanto, habla tú con él.

Suspiré, armándome de valor.

–Dile que venga. Tenemos que llamar a nuestro padre –era verdad. Nos esperaba en Phoenix al día siguiente. Pero sabía que Jamie tenía tan pocas ganas como yo de hablar con él. Ninguno de los dos podía contarle la verdadera razón por la que nos quedábamos.

Jamie vino por el pasillo, sonrojado e impaciente.

–¿Qué pasa?

Durante un segundo traté de verlo como Beth lo había visto, con su pelo moreno cayéndole sobre la frente y el brillo entusiasta de sus ojos. Los ojos de Jamie siempre rebosaban de lo que estuviera sintiendo en ese momento, no como los ojos del resto de la gente.

Pero me costaba demasiado verlo como un extraño. Todo en él me resultaba familiar. Tampoco podía parecerme guapo. Sabía que las chicas del colegio lo pensaban, pero era algo que yo nunca me había planteado. Era imposible imaginármelo como alguien de quien enamorarse.

–Tenemos que llamar a papá –dije–. Todavía cree que estamos de camino a Phoenix, ¿recuerdas? Se va a cabrear.

Jamie se frotó la cara y frunció ligeramente el ceño.

–La última vez hablé yo con él.

–Sí, pero yo fui quien le llamó.

–Sólo dejaste un mensaje.

–Me da igual. Te toca a ti.

Jamie suspiró.

–Siempre me hace un montón de preguntas. Si le llamas tú no te dará el coñazo queriendo saber por qué no nos vamos.

Probablemente tenía razón, pero no quería hacerlo.

–Llámale tú. Eres el mayor.

Jamie se mordió el labio y miró por la ventana.

–Le llamaré a la oficina –decidió–. Lo más probable es que no esté allí.

Y finalmente llamó, caminando de un lado a otro de la cocina mientras el teléfono de nuestro padre sonaba tan alto que yo lo podía oír desde el extremo opuesto de la habitación. Por la rapidez al hablar de Jamie noté que le había saltado el contestador.

–Hola papá. Todavía estamos en Nuevo México y... y creo que nos vamos a quedar un poco más. No hay ningún problema con la policía ni nada de eso, y el coche está bien. Pero es que... está llevando más tiempo del que pensábamos. Así que te volveremos a llamar cuando sepamos algo más. Perdona. Espero que esto no... estropee tus planes. Adiós.

Jamie colgó de golpe el teléfono.

–¿Le has dado el teléfono de aquí?

–No –me miró–. ¿En serio quieres que vuelva a llamar?

–No, supongo que no.

Se fue de nuevo hacia el salón, pero le cogí del brazo.

–Jamie.

–¿Qué?

–Este tema con Beth...

–¿Qué pasa?

–Tienes que parar.

Se quedó de piedra.

–Es demasiado mayor para ti –me miró sin inmutarse–. Ha sido un error –

volví a la carga—. Ya sé que no querías que pasara. Pero no puedes seguir con esto.

—Sí que quería que pasara —me contestó—. Y no es asunto tuyo.

—Pero Jamie —protesté—. Dios mío, piénsalo. O sea, mamá y papá se pondrían hechos una furia.

—Tampoco es asunto suyo —replicó—. No es asunto de nadie.

—Pero es...

—Luce —dijo en voz baja pero tan definitiva como una puerta cerrada de un portazo—. No voy a hablar de ello, ¿vale?

Se fue de la cocina y yo me quedé de pie al lado de la mesa, clavando las uñas en la madera blanca.

–No ha funcionado –le dije a Kit esa noche mientras fregábamos los platos. Nos habíamos ofrecido voluntarios porque Beth había cocinado para nosotros (pollo a la barbacoa, mazorcas de maíz), y ella y Jamie habían pelado las mazorcas y preparado la salsa y se habían encargado de la parrilla mientras Kit y yo nos quitábamos del medio porque nos sentíamos un poco fuera de lugar y no sabíamos muy bien qué hacer. Era como si llevaran años juntos. Yo seguía esperando a ver algo por parte de Jamie, algún signo de sentirse incómodo o avergonzado. Pero ni siquiera parecía darse cuenta de que estábamos ahí.

En un momento dado, cuando estaba poniendo la mesa en la cocina, miré por la ventana y vi que la agarraba de la cintura y la besaba en la nuca, con tanta seguridad que me quedé de piedra. Ella cerró los ojos, inclinó la cabeza hacia atrás y le acarició la cara con la mano.

Después de cenar, mientras apilábamos los platos sucios junto al lavabo, Jamie dijo:

–Vamos a dar una vuelta.

Al principio pensé que se refería a todos nosotros, pero cuando me di la vuelta para contestar vi que sólo estaba mirando a Beth.

Así que eran las siete y Kit y yo estábamos en la cocina con un lavabo lleno de agua sucia y jabonosa, mirando cómo Jamie y Beth cruzaban el jardín al atardecer y sus siluetas borrosas se acercaban a medida que se iban alejando de la casa.

–¿Qué es lo que no ha funcionado? –preguntó Kit.

–Hablar con Jamie. No me hace caso.

–Ya debes de estar acostumbrada.

–Sí –me sequé las manos en el trapo–. Pero esto es importante. Sabe que tengo razón.

–¿Cómo narices sabes que tienes razón?

Lo fulminé con la mirada.

–¿Sobre esto? Porque sí.

–Porque siempre la tienes.

–Yo no he dicho eso.

–Pero es lo que piensas.

–No, no es eso, no pienso eso en absoluto –tiré las mazorcas a la basura y cerré la tapa de golpe–. Deja de meterte conmigo –le pasé los platos llenos de sobras.

Tensó la mandíbula. No parecía que estuviera bromeando.

–Como cuando tuviste razón aquella noche en el coche cuando golpeamos algo. Dijiste que teníamos que dar la vuelta y averiguar qué era. Mira qué bien ha salido.

Tragué saliva.

–¿Qué quieres decir? –metió los últimos dos platos en el lavavajillas y vi que tenía los antebrazos húmedos y brillantes.

Me miró.

–Esa chica no tiene nada que ver con nosotros. Si hubiéramos seguido conduciendo, si hubiéramos ido a Albuquerque, no nos habríamos metido en este lío con la policía. Nunca habríamos conocido a Beth. Jamie no se habría acostado con ella. Habríamos llegado a Phoenix al día siguiente y ahora mismo, en vez de estar aquí atrapados, estaríamos pasando las vacaciones de primavera con tu padre –cerró el lavavajillas de golpe, me quitó el trapo y se secó las manos bruscamente–, lo que habría sido muchísimo más divertido que esto.

Le miré fijamente.

–¿Así que ahora me culpas a mí de todo?

–¿Y?

–No tengo la culpa de que la chica muriera.

–No. Pero sí de que la encontráramos.

Me giré antes de que me viera la cara, volví corriendo a la habitación y cerré la puerta de una patada.

Me tumbé boca abajo con la cara contra la almohada, respirando el olor a limpio de las sábanas e intentando no llorar. No sabía por qué me sorprendía. Era claramente lo que Kit pensaba: le había arruinado las vacaciones. Se las había arruinado a todo el mundo y ahora Jamie estaba metido en un lío por mi culpa.

Kit y yo nos habíamos besado varias veces –sólo de pensarlo me ponía a temblar– pero eso no cambiaba quién era él en realidad. Seguía siendo Kit. Y yo seguía siendo yo.

Quería hablar con mi madre. No para contarle nada, no podía hacer eso. Sólo para oír su voz. Esa noche trabajaba, tenía el turno de noche en la clínica. Cogí el teléfono y marqué su número.

–Organización de atención sanitaria de la mujer.

Suspiré y me dejé llevar por la calma de su voz.

–Mamá, soy yo.

–¡Oh, cariño! ¿Cómo estás? ¿Dónde estáis? ¿Vais de camino a casa de vuestro padre?

–No, todavía no.

–¿Pero por qué no? ¿Aún no se han aclarado las cosas por ahí? Vuestro padre habló con el sheriff esta tarde. Dijo que os podíais marchar.

–Sí, estamos... –titubeé.

–¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

–Nada, mamá. No ha pasado nada, es sólo que...

Sonó el pitido de la otra línea.

–Ay, un momento, Lucy.

Esperé.

–¿Qué decías, cariño? ¿Por qué no estáis de camino a Arizona?

–Es que la policía todavía no sabe nada de la chica. No encontraron ninguna identificación ni nada. Y parece que murió de un ataque al corazón.

–Sí, ya lo sé. Me lo dijo vuestro padre. Es tan raro... Es terrible. Pobrecita. Y su familia ni siquiera debe de saber que está muerta. No me lo puedo ni imaginar –noté cómo se movía de un lado a otro–. Ay, espera un momento.

Esperé, escuchando los pitidos constantes.

–¿Lucy?

–Estás ocupada. Te llamo luego.

–No llegaré a casa hasta medianoche, cielo, es demasiado tarde. Pero sigo sin entender por qué no os habéis ido. ¿Va todo bien? –el pitido volvió a sonar, pero esta vez lo ignoró, esperando a que le contestara.

Vacilé. Nada iba bien.

–Sí, mamá. Cuando tuvimos noticias de la policía era demasiado tarde, ¿sabes? –respiré hondo–. No queríamos conducir de noche.

–Ah. Bueno, es normal, especialmente después de lo que pasó. ¿Así que salís mañana por la mañana temprano? ¿Cómo está Jamie? ¿Lo ves mejor?

Tragué saliva.

–Creo que todavía está un poco afectado.

–Bueno, pásamelo un momento. Y luego tengo que colgar, los teléfonos no paran de sonar aquí.

–Eh... –vacilé–. Está fuera. Ha salido a dar una vuelta.

–¿Sí? –noté un atisbo de duda en su voz–. ¿Estás segura de que todo va bien, Lucy?

–Sí, estamos bien. Sólo quería hablar contigo, eso es todo. Siento haberte llamado al trabajo.

–No, no. Me alegro de que llamas. Llámame mañana, ¿vale? Te quiero, cariño.

Dejé el teléfono y escuché el silencio de la habitación. Me preguntaba qué diría mi madre si le contara todo. Qué *haría*. Era lo que pasaba si uno contaba a sus padres algo importante. Nunca se limitaban a escuchar, siempre tenían que hacer algo al respecto, lo que muchas veces sólo empeoraba las cosas.

Estiré el brazo, arrastré mi mochila por el suelo y la atraje hacia la cama. Bajé la cremallera al bolsillo interior y saqué la pulsera con cuidado. La plata relució. Los pequeños amuletos se movieron y tintinearón al entrechocar. Di un golpecito a la herradura con un dedo y vi cómo giraba. Dejé caer la pulsera en la manta junto a mí. Pensé en la delgada muñeca de la chica y en lo fácil que había sido desabrocharla y metérmela en el bolsillo.

Quizá todo fuera culpa mía. Pero ¿cómo podía uno saber lo que había que hacer? Si se pudiera ver de alguna manera lo que iba a pasar, sería diferente. Entonces uno no cometería este tipo de errores. Nunca le habría dicho a Beth que Jamie era gay porque habría sabido exactamente lo que podría provocar. Pero en ese momento me pareció algo nimio e insignificante. Como lo de coger la pulsera. Como mirar a través de la ventana del coche salpicada de lluvia aquella noche y decir «tenemos que volver».

Toqué la superficie delicada de cada amuleto. No había demasiadas opciones, ¿no? Una vez que la encontramos teníamos que hacer algo. No la podíamos dejar allí sola en una autopista bajo la lluvia. Era la hija de alguien. Puede que la hermana de alguien. Que estuviera muerta no quería decir que no importara.

Oí los pasos de Kit por el pasillo; me escondí la pulsera en la mano y me la puse bajo la tripa.

—¿Luce? —parecía impaciente, no arrepentido.

No dije nada.

—¿Qué estás haciendo ahí dentro?

Metí la cabeza en la almohada y mascullé:

—Nada. Vete.

La puerta se abrió.

—No te oigo —dijo, y se acercó a la cama. Cuando abrí un ojo y le miré, sí que me pareció un poco arrepentido. Pero aparté la vista y agarré la pulsera firmemente bajo mi cuerpo. Se sentó a mi lado haciendo crujir los muelles y mi corazón empezó a latir más rápido.

—¿Por qué estás cabreada? —me puso la mano en la espalda y empezó a acariciarme. Sentí cómo se me erizaba la piel y sentí un hormigueo. Me estremecí.

—Estás nerviosa —era la misma voz que usó con la camarera—. ¿Qué? ¿Te estoy poniendo nerviosa?

—No —dije sin mirarlo—. No me pones nerviosa.

—¿Estás segura? —me apartó el pelo de la cara y se inclinó hacia mí. Sentí su aliento en la mejilla. Su mano se movía lentamente y hacía círculos en mi espalda. Me puse tensa.

—Creía que no íbamos a hacer esto —dije.

—¿Hacer qué? —dijo en voz baja. Empezó a besarme y me giró hacia él,

buscando mi cara y mis labios con su boca, y de repente estaba pegada a él y levantaba las dos manos para agarrarle, para agarrarme a mí misma y evitar que la habitación se pusiera a dar vueltas.

Me acordé demasiado tarde de la pulsera. Se me cayó de la mano e hizo ruido al caer al suelo.

Me eché para atrás y contuve el aliento.

Ése fue mi error. Si hubiera seguido besándolo nunca se habría dado cuenta, pero en ese momento levantó la cabeza y miró desde el borde de la cama.

—¿Qué ha sido eso? —dijo.

Me mordí el labio. No la reconocería.

La cogió y la puso en la cama, colocándola encima de la colcha entre nosotros. Arrugó la frente.

—¿Es tuya? —preguntó extrañado.

Podía haber mentido, decirle cualquier cosa para que me creyera. Nunca lo habría sabido.

Pero quería que lo supiera. Era lo que pasaba si mentías. Te acababas sintiendo tan solo...

Negué con la cabeza.

Él seguía mirando la pulsera. Le dio forma de círculo con el dedo índice.

—¿De Beth? —preguntó. Luego frunció el ceño y dijo—: No, espera —alzó los ojos llenos de asombro—. Es suya.

Asentí.

—Le cogiste la pulsera.

Volví a asentir.

—Vaya cagada.

Apreté la cara contra su hombro.

—Ya lo sé —dijo para su camiseta.

Tenía tantas ganas de quedarme así, con la mejilla apoyada en su camiseta, que no tuve fuerzas para moverme. Pero no tenía elección. Kit me apartó y me cogió la cara para mirarme bien.

–¿Le robaste la pulsera? ¿La cogiste del *cadáver*?

Sonaba muchísimo peor al decirlo así. No pude contestarle.

–¿Pero por qué? ¿Por qué hiciste eso?

Me di la vuelta en la cama y me tapé la cara con las manos.

–¡No lo sé! ¡No lo sé!

No dijo nada. Cuando separé los dedos para ver qué hacía vi que miraba fijamente la pulsera, levantando cada amuleto y haciéndolo girar en su mano.

–Fue sin querer –dije desesperanzada. Kit me miró–. Vale, no fue sin querer, pero mi intención no era robarla. Yo... –paré de hablar. No lo entendería. Nadie lo entendería–. Quería guardarla en un lugar seguro, ¿vale? La policía venía de camino y sabía que se la llevarían y sólo quería... –¿cómo podía explicarlo? Ni siquiera yo lo entendía.

–¿Cuándo la cogiste? No te vi.

–No. Tú y Jamie estabais hablando con Beth. Fue justo antes de que llegara la ambulancia.

–Ahora sí que la hemos cagado –volvió a decir–. La policía dijo que no llevaba ninguna identificación encima. Algo así podría ser importante.

–Ya. Ya lo sé –le toqué la mano y al momento me la cogió con la suya y la pulsera se quedó metida entre las dos. El calor de su piel me produjo escalofríos–. Pero si se lo digo ahora, si la intento devolver... ¿no significaría que la robé? ¿No me metería en líos?

Me dio la vuelta a la mano y me estiró los dedos. Levantó la pulsera y la hizo oscilar entre nosotros a escasos centímetros de mi cara. La habitación estaba muy oscura. Casi no podía ver la pulsera ni la cara de Kit. No podía saber lo que estaba pensando.

Tragué saliva.

–¿Debería decírselo?

Sacudió la cabeza.

–No lo sé.

Me volví a tumbar en la cama y me alejé de él.

–¿Qué pasa si les da alguna pista? ¿Ayudaría a que la policía averiguase quién era?

El colchón se movió y sentí cómo Kit se hundía a mi lado y por poco rozaba su hombro con el mío. El ambiente estaba sutilmente electrizado y cargado de tensión a mi alrededor. Al cabo de un rato, su voz surgió de la oscuridad.

—¿Tiene algo? Aparte de los amuletos, quiero decir.

—No. Ningún nombre ni nada por el estilo. Ya lo comprobé. Sólo amuletos. Como los que encuentras en las joyerías de los centros comerciales —señalé el corazón plateado—. La que tengo en casa tiene uno igual que ése.

—Entonces seguro que no importa —sabía que estaba intentando que me sintiera mejor.

Contemplé desde la ventana la noche azul oscura.

—Es lo peor que he hecho en mi vida —dije con voz cavernosa.

Kit resopló como de costumbre.

—No puede ser.

—Pues sí. ¡Le he robado algo a un muerto!

—Ay, ¡venga ya! Debes de haber hecho cosas peores que ésa.

—No, en serio —me di la vuelta ligeramente y vi su perfil borroso en la oscuridad. Sentí el calor de su cuerpo junto al mío—. ¿Qué es lo peor que has hecho tú en tu vida? —se empezó a reír y de pronto quise saberlo. Parecía importante—. Dímelo —le rogué.

—¿Hablas en serio? Tardaría toda la noche.

—No todo —contesté, frustrada—. Sólo lo peor. Por favor —estaba casi susurrando—. Yo te lo he contado.

Kit se volvió hacia mí. Su cara estaba a unos centímetros de la mía en la almohada. Sus labios se movían en la oscuridad y cambiaban suavemente de forma.

—¿Lo peor? Jo...

—Y no me refiero a una de esas fechorías que hacéis Jamie y tú en el colegio.

Se quedó callado un momento. Luego entrelazó las manos detrás de su cabeza y miró el techo fijamente.

—Vale. Lo peor que he hecho... —le vi morderse el labio en el último resquicio de luz que entraba por la ventana—. El año pasado Jamie y yo estábamos en un bar a las tantas de la noche...

En cuanto empezó a hablar deseé no haberle preguntado. Estaba claro que Jamie formaba parte de la historia y no iba a ser nada que yo quisiera escuchar.

—¿Bebiendo, quieres decir?

—Eh..., sí, es lo que normalmente hace la gente en un bar. Pero no cerca de casa, ¿entiendes? No en un sitio donde alguien pudiera reconocernos. Estábamos en Winston —Winston estaba casi a una hora de distancia. Era un pueblo con un colegio universitario, hijos de campesinos y una diminuta calle principal mal pavimentada—. Y llevábamos ahí un rato, unas dos o tres horas,

cuando entró un tío con una pelirroja guapísima. Estaban un poco borrachos y se besaban. Todo el mundo los estaba mirando y... –se detuvo.

–¿Qué?

–Era mi padre.

Lo miré fijamente. Los padres de Kit eran muy atractivos y sofisticados, como los que aparecen en un anuncio de un club de campo.

–Pero...

–Sí. Mi padre. Con esa mujer. El caso es que no nos vio, así que salimos de extranjis cagando leches. No queríamos que nos pillaran.

–¡Ay! –dije–. Claro.

–Pero la verdad es que después de aquello sabía lo que había hecho mi padre. Y me puse furioso, ¿entiendes? O sea, no fue un shock enorme. Ya me imaginaba que se acostaba con cualquiera. ¿Pero en qué estaría pensando cuando se fue a Winston, que está sólo a una hora de distancia, con otra mujer? Cualquiera podría haberlo visto. ¿Qué demonios se le pasó por la cabeza? –estiró un brazo sobre su cabeza y dio golpecitos en la pared con los nudillos–. Así que pensé que debía decírselo a mi madre –torció la boca bruscamente–. Estaba dejándola en ridículo, ¿sabes? O sea, ¿por qué tenía que pasarse el día planchando sus camisas y organizando sus cenas cuando él estaba siempre por ahí...?

Me incliné hacia él y le miré la cara. Quería arreglar aquella expresión enfadada, hacerla desaparecer.

–No me lo tienes que contar –le dije.

–No, escucha. Así que me pongo nervioso, ¿vale? Bueno, ¿quién le quiere contar eso a su madre? Pero un día lo suelto. Se lo cuento todo: que estábamos en el bar, lo que vimos...

Vaciló.

–¿Y qué pasó? –susurré.

–Me dio una bofetada. En toda la cara. Y dijo: «¿Quién coño te crees que eres contándome algo así?».

Me quedé mirándole.

–Y eso fue todo. Nunca volvimos a hablar del tema.

De repente parecía como si no costara nada atravesar aquella tensión entre nosotros y deslizar mi mano en la suya, agarrándola fuertemente. Lo conocía desde hace años, pero quizá no lo conociera bien. Uno podía pasarse meses y meses con una persona sin aprender nada de ella comparado con lo que averigua en unos minutos con una sola historia. Puede que todo el mundo tuviera una historia que explica quiénes son en realidad.

–Kit –dije mientras me acurrucaba cerca de él y apoyaba mi frente contra su hombro–. Eso no es lo peor que has hecho. Eso es lo peor que han hecho ellos.

–No –dijo seriamente–. No debí habérselo dicho. No era asunto mío. Y pudo haber arruinado su relación. Tal vez lo hiciera.

–¿Por qué se enfadó tanto contigo? ¿Pensó que no era verdad?

Negó con la cabeza.

–Eso pensé yo al principio, que no me creía. Pero luego pensé: no, sí que me cree. Ya lo sabe. Y no debería haberle dicho que lo sabía, porque entonces iba a ser demasiado difícil mantener la farsa. Creyó que era, no sé, irrespetuoso o algo así, que yo le dijera algo de mi padre.

Le apreté la mano en la penumbra.

–Lo siento –dije.

–Sí. Bueno, son cosas que pasan.

Desde el jardín llegaron los fuertes ladridos de los perros y luego voces acercándose.

–Ya han vuelto –susurré, y me incorporé–. Será mejor que te vayas de aquí.

Me miró en silencio durante un rato, luego se puso en pie de golpe y salió de la habitación.

Me desnudé en la oscuridad y metí la pulsera en la mochila. Oía a Jamie y a Beth en el pasillo. No podía oír lo que decían, sólo el rumor sigiloso de sus palabras al mezclarse y separarse, interrumpido por la suave risa de Beth y la rapidez de Jamie al responder.

«Se está enamorando de ella», pensé.

¿Cómo podía ocurrir? Era demasiado pronto. Pero lo sentía. Me metí bajo las sábanas frías, esforzándome para oír sus voces en medio del silencio. Al cabo de un rato los oí abrir la puerta del cuarto de Beth y entrar. El sonido al cerrarse fue firme y definitivo, como una tapa que se cierra de golpe. Aisló a Jamie, separándolo de Kit y de mí.

Soñé otra vez con la chica. Vi la carretera y oí la lluvia caer con fuerza, igual que las dos noches anteriores. Empezaba a pensar que nunca volvería a dormir bien. A veces ni siquiera sabía si estaba dormida hasta que empezaba a soñar, y era tan real que me despertaba temblando.

Esta vez la chica se levantaba e, iluminada por los faros, extendía los brazos y movía los labios. Yo intentaba con todas mis fuerzas oír lo que decía pero su voz apagada me lo impedía. Sabía que estaba pidiendo ayuda de algún tipo. Y antes de que pudiera averiguar lo que quería, el coche se chocaba contra ella.

Me incorporé de golpe, respirando con dificultad. En mi reloj daban las 2 en punto.

Me volví a acostar y subí las sábanas hasta la barbilla, escuchando el silencio de la casa. Oí ruidos en la cocina. «A lo mejor es Jamie», pensé. Quizá podía intentar hablar con él otra vez.

Pero cuando llegué a la entrada de la cocina a quien vi fue a Beth.

En la oscuridad parecía salida de otro mundo, con su camisón resbalándole por el hombro moreno y desnudo. No era el tipo de camisón que más le pegaba. Era muy delicado y ella no tenía nada de delicada, entre las manos manchadas de pintura y su destreza pintando. Estaba de pie en el fregadero mirando por la ventana.

Me apoyé en el marco de la puerta y dije:

–Tienes que parar.

–¡Ay! –se giró y cruzó los brazos–. ¡Lucy, no te había oído! ¿Qué haces levantada?

–Tuve una pesadilla.

–¿Sobre qué?

Me encogí de hombros.

–Por favor –dije–. Tienes que parar. Jamie es demasiado joven.

Me observó durante un buen rato con cautela.

–Ya lo sé.

–Por favor –insistí–. Ya sé que es... ya sé que es muy mono y probablemente no conozcas a mucha gente por aquí, pero...

–No es lo que piensas.

Tragué saliva.

–Sé lo que es. Tengo ojos en la cara, ¿vale? Sé lo que siente por ti. Y... –me detuve y luego dije rápidamente–: ¡Y tú eres demasiado mayor!

Retrocedió y enarcó las cejas.

Pero yo ya no podía parar. Si no conseguía que Jamie lo entendiera, al menos convencería a Beth.

–Tienes que dejarlo. O sea, tú eres la adulta. Él acaba de cumplir dieciocho años. Lo sabes, ¿no? Se va a graduar en dos meses. Va a ir a la Universidad de Illinois en otoño. Toda su vida está en Kansas: novias, deportes y hasta un trabajo.

No dijo nada. Había dejado de mirarme.

Agarré el marco de madera de la puerta.

–Quiero decir, ¿qué hay de lo de ser responsable? ¿Y de lo de pensar en las consecuencias? –sonaba como la profesora de educación para la salud en el colegio, con su desalentadora moralina sobre el sexo seguro.

–Consecuencias –dijo Beth. Negó con la cabeza–. Sé lo que te parece a ti. Pero Lucy, lo que pasa es que... –se detuvo–. ¿Sabes qué? Todo el mundo dice que uno se vuelve más prudente a medida que va haciéndose mayor y le da cada vez más miedo cambiar. Pero no es cierto. La verdad es que uno se vuelve más atrevido, deja de pensar si algo es peligroso porque puede que no tenga otra oportunidad –cerró los ojos y presionó sus dedos contra la frente, masajeándose la piel–. Todo tiene consecuencias. No sólo las cosas que haces, sino también las que no haces.

La miré fijamente.

–¿Pero por qué Jamie? ¿Por qué no otra persona? Alguien que viva aquí, el sheriff, alguien de tu misma edad –incluso a mí me sonaba desesperado.

Siguió mirando por la ventana.

–No lo planeé –dijo–. Creía que era gay, ¿recuerdas? –me echó un vistazo, pero no era una mirada acusatoria, sino más bien comprensiva–. ¿Sabes qué? Nunca estuve sola aquí –continuó–. Ni una sola vez. Hasta que llegó Jamie. Entonces, no sé por qué, me sentí tan sola que no pude soportarlo.

Una sensación de pánico me oprimió el pecho.

–Pero eso es lo que significa para ti –dije–. No para Jamie. Él no está solo. Es sólo un niño –agachó ligeramente la nuca. Vacilé–. Creo que se está enamorando de ti.

Beth no me miró.

–Lo sé –dijo en voz baja.

No podía aguantarlo.

–Te estás aprovechando de él. No es justo. Le vas a hacer daño.

Se estremeció como si la hubiera golpeado, y finalmente se dio la vuelta y se puso frente a mí totalmente enardecida.

–No puedo hablar de esto contigo –dijo. Pasó por delante de mí y recorrió el pasillo hasta llegar a su habitación.

Me quedé temblando en la cocina. Me di cuenta enseguida, tras aquella bofetada de realidad, de que no podía permanecer allí más tiempo. No me podía quedar en esa casa y ver lo que pasaba entre ellos. Era demasiado duro. Y la única forma de irme era pedirle a Kit que viniera conmigo.

El pasillo estaba envuelto en oscuridad. Salí a tientas de la cocina y fui hacia el estudio. Me detuve afuera, sintiendo cómo el corazón me golpeaba el pecho. Luego abrí la puerta de un empujón.

Kit estaba tumbado de espaldas con el pecho desnudo y una manta medio doblada extendida sobre él de cualquier manera. Su respiración era regular. La luna era un ojo imperturbable que brillaba en la ventana y proyectaba una luz tenue en su cara.

–Kit –susurré.

No se movió.

Me arrodillé a su lado y, vacilante, le puse una mano en el hombro. Tenía la piel cálida y fibrosa.

–Kit –repetí más alto.

No obtuve respuesta. Su respiración no cambió en absoluto.

Pensé en la chica y sentí frío y miedo. Me tumbé en el suelo cerca de él.

–Kit, ¿qué nos va a pasar? –susurré con la boca pegada a su hombro.

No se movió. Seguí mirándole el perfil para ver si me había oído. Respiré su olor dulce y espeso, el olor de su pelo, de su cuello y de su cuerpo al dormir, todo mezclado. Le puse la mano en el pecho para sentir el ruido sordo de su corazón.

Y entonces se despertó, moviéndose un poco y volviéndose hacia mí. Medio dormido, intentó cogerme y me pasó la mano por el cuerpo, tocándome por encima de la camiseta. Me acurruqué contra él. Me estaba tocando con sus

manos calientes y pensé –de esa forma en que tu cuerpo sabe cosas que tu mente sólo podría imaginar«ha hecho esto un montón de veces».

–Kit –repetí.

–¿Qué? –dijo en voz baja–. ¿Qué haces aquí?

–Quiero irme –le toqué la cara–. Quiero ir a Kilmore.

Seguía con los ojos cerrados pero deslizó la mano por mi brazo con una caricia y me rodeó la muñeca.

–¿De qué estás hablando? –masculló.

–No me puedo quedar aquí más tiempo. Por favor, Kit. ¿Podemos irnos? ¿Podemos ir a Kilmore?

Moví los labios contra su piel y me mareé, incapaz de pensar. Pero tenía que oírle decir que sí.

–Vale, vale. Pero no hables de eso ahora –susurró, atrayéndome hacia él–. Mañana por la mañana.

Le pasé los dedos por el pelo.

–No, ahora. Quiero irme ahora.

Entonces abrió los ojos. Se apartó de mí sin soltarme la muñeca.

–¿Qué?

–Tenemos que marcharnos ya –dije.

Frunció el ceño.

–¿Por qué?

Me puse de rodillas y me bajé la camiseta, temblando.

–No me puedo quedar aquí más tiempo. Si no me llevas, me iré sola con el coche –le miré a la cara para asegurarme de que me había creído.

Se incorporó despacio, frotándose la cara con la mano.

–¿Qué dices? ¡No sabes conducir!

Traté de no mirarle el pecho.

–¡Sí que sé! Lo suficiente. Sé lo suficiente para ir a Kilmore –no era verdad. Sólo había practicado un par de veces con mi madre en aparcamientos y calles sin salida. No me podría sacar el carnet hasta dentro de un año.

Sacudió la cabeza y me miró más de cerca. No pude devolverle la mirada.

–¿Pero qué pasa? Joder, ¿se puede saber a qué viene este simulacro de incendio?

No le pude contestar. Así que hice algo que luego deseé no haber hecho. Me incliné hacia él, le rodeé el cuello con los brazos y atraje su cara hacia la mía. Lo besé sin parar hasta que sentí que su indecisión se había esfumado en la oscuridad y no sabía dónde acababa mi cara y empezaba la suya. Y esta vez lo que pasó entre nosotros no fue un accidente ni una sorpresa. Fue una elección.

Cuando finalmente paramos, todo lo que dijo fue «vale».

No sé si fueron los besos lo que hizo que dijera que sí, o si de algún modo lo

entendió, o si sabía que no iba a hacerme cambiar de opinión. Pero fuera cual fuera la razón, se quitó la manta de encima y empezó a recoger sus cosas y a meterlas en su bolsa de lona. Y yo casi no me lo podía creer: ahí estábamos los dos, tropezando en la oscuridad, pasando de puntillas por delante de la habitación donde dormían Beth y Jamie y dejando una nota garabateada para Jamie en la mesa de la cocina.

Tiré sobras de pollo en los platos donde comían los perros para evitar que ladraran cuando nos fuéramos. Kit encontró las llaves de Jamie en el estudio y se metió el móvil en el bolsillo de los vaqueros. Cruzamos el jardín en la calma previa al amanecer y nos montamos en el coche helado por primera vez desde el accidente.

Nos íbamos a Kilmore.

Había que recorrer una gran distancia por la oscura carretera que se extendía hacia el horizonte. Enseguida llegamos al sitio donde habíamos encontrado a la chica, pero pasamos por delante a toda velocidad.

Yo iba sentada al lado de Kit. No pegada a la ventana en el asiento del copiloto sino junto a él, porque era lo que nos había resultado más natural cuando nos montamos en el coche. Conducía con una mano en el volante y la otra sobre mi pierna, justo encima de mi rodilla, y con el dedo pulgar me trazaba círculos en el muslo.

Me miró por el rabillo del ojo.

—¿Entonces cuál es el súper plan cuando lleguemos a Kilmore?

Era evidente que me estaba tomando el pelo, pero no me importaba.

—Iremos a los restaurantes, a las tiendas, a lo que haya allí. Y les enseñaremos el boceto y les preguntaremos si alguien la ha visto, ya sabes. Vamos a ver lo que podemos averiguar.

Siguió acariciándome la pierna con el pulgar.

—¿Por qué crees que funcionará? ¿Qué te hace pensar que averiguaremos algo que la policía no sepa ya?

—Porque... bueno, quizá pensemos en algo que ellos no hayan pensado —suspiré—. Es mejor que perder el tiempo en casa de Beth viendo cómo Jamie arruina su vida, ¿no?

—¿Quién ha dicho que esté arruinando su vida?

No quería discutir sobre ese tema. Entrelacé mis dedos con los suyos y le puse la mano en mis rodillas.

—Ya sé que crees que estoy... —me detuve— exagerando. Pero es mi hermano, ¿vale? ¡Y venga ya! No puedes pensar que es normal acostarse con alguien que tiene veinte años más que tú. ¿Me estás diciendo que no estás flipando en absoluto? ¿Ni siquiera un poco?

Kit se encogió de hombros.

—La verdad es que no. A ver, me fliparía si fuera fea, créeme. Pero no lo es. Como que lo veo claro. Ella está muy segura de sí misma. Sabe lo que está haciendo.

Esperé, pero no dijo nada más.

—¿Entonces ya está? ¿Es suficiente para hacer que Jamie se acueste con ella?

—Pues sí. Lo tiene todo, ¿no? Dice lo que piensa. Te mira a los ojos —se rió de la expresión de mi cara—. ¿Qué? No es sólo cuestión de tetas, joder.

–Pero eso es de lo que habláis tú y Jamie constantemente –protesté.

–Sí, claro. Pero no es sólo eso.

Suspiré.

–Vale, puede que eso explique lo de Jamie. ¿Pero qué pasa con ella? ¿Qué ve en él?

Kit resopló.

–Que tiene dieciocho años y a ella se le ha pasado el arroz. Creo que está bastante claro.

Sacudí la cabeza.

–No, ella no parece ese tipo de chica –pensé en la forma que tenía Jamie de mirarla y en cómo eso le haría sentir. Me preguntaba si uno podría enamorarse de la imagen que otros tienen de él; de una especie de reflejo de sí mismo.

–No te preocupes por eso –dijo Kit–. No es que se vaya a mudar a Nuevo México y a tener un montón de hijos con ella. Ya me entiendes, sólo está pasándoselo bien. No le puedes culpar por eso. Y a ella tampoco.

Me quedé callada. Hablar no serviría de nada.

La oscuridad cambiaba alrededor de nosotros: se iba volviendo azul, luego gris, luego de un tono rosa violáceo en el horizonte. El desierto estaba veteado de colores. Las montañas imprecisas se aproximaban cada vez más a nosotros.

Me incliné hacia el asiento de atrás y cogí mi cuaderno. Luego me acerqué lo más posible a la ventana para dibujar.

–¡Eh! ¿Adónde vas? –Kit se agachó y me cogió del tobillo.

Me reí y dejé que me rodeara el pie con los dedos.

–Iba a dibujar las montañas. Pero a lo mejor te dibujo a ti.

–¿Cómo? ¿De perfil?

–Sí, de perfil. Es más fácil, de hecho.

Me apoyé contra la puerta del coche y puse los pies sobre su pierna, haciendo bocetos rápidos con el lápiz que crujía en el papel. Me costaba creer que fuera realmente Kit Kitson.

Observé su sonrisa, su pelo despeinado. Me gustaba la amplia constelación de pecas que le cubría las mejillas y le hacía parecer más joven. El lápiz no dejaba de moverse, llenando la página de líneas difusas, como las sombras debajo de sus ojos y la textura de sus rizos.

Pensé en lo que me había dicho Beth: que debía dibujar lo que sintiera. Traté de pensar en lo que sentía por Kit. Ya no podía verlo como el día anterior. La cara del papel sonreía y su boca era suave. Podía sentir su piel mientras dibujaba, la hendidura de su labio superior, el ángulo marcado de su mandíbula.

–Venga, déjame verlo –dijo Kit.

–No, no he acabado.

- Déjame ver lo que has hecho hasta ahora.
- No -cerré de golpe el cuaderno y lo tiré al asiento.
- ¿Por qué? ¿Ya te has equivocado?
- ¡No! Lo que pasa es que aún no quiero que lo veas.
- Eso es porque te has equivocado.
- ¡Para!

Le di una patada pero él me agarró del pie y me lo sujetó para que no lo moviera. Noté cómo las yemas de sus dedos se hundían en mis huesos. De pronto me sentí feliz. A pesar de todo (la chica, Jamie y Beth y lo que pudiera pasar después) aquí en el coche era feliz, con Kit agarrándome el pie y a nuestro alrededor el desierto en calma, desolado y extraño, llenándose de luz.

- ¿Cuándo llegaremos? -pregunté.

Kit negó con la cabeza.

- No lo sé. Esto es muy grande. Todo está lejos.

Cuando el sol brillaba en el cielo y habíamos atravesado las colinas muertos de hambre, vimos por fin la señal de Kilmore. No era realmente un pueblo, más bien unas cuantas calles que iban a parar a la autopista, con algunos edificios a los lados, un par de gasolineras, una cafetería y un motel de hormigón con el techo bajo y un cactus gigante de neón acechándolo desde arriba.

- Oye -dije-, ¿no paramos antes aquí?

Kit asintió con la cabeza y miró alrededor.

- Sí, fue donde comimos al venir.

- Aquí compraste las cervezas.

Torció el gesto.

- Sí.

La cafetería estaba a nuestro lado de la carretera. En el aparcamiento había tres camiones plateados enormes y un tanto amenazantes. Kit salió de la autopista y aparcó.

- Bueno -dijo, y me soltó el pie-. Haz eso.

Le miré.

- Gracias por traerme.

Sonrió.

- No tengo nada mejor que hacer.

- Ya lo sé, pero aun así. Ni siquiera te has quejado mucho.

Cogí mi bloc y me dispuse a salir del coche, pero me agarró del hombro y me atrajo hacia él, rodeándome con los brazos y pegando su boca a la mía. Mientras me besaba no pude pensar en nada.

Me cogió la cara entre sus manos. La sujetaba con tanta delicadeza que me hizo sentir frágil y pequeña, como un nido de pájaro o un trozo de cristal.

–Me gusta besarte –dijo.

Le miré a los ojos.

–A mí también me gusta besarte.

Más tarde es cuando pensé en las palabras: «Me gusta besarte», y no «Me gustas».

Eran casi las siete y la cafetería estaba abarrotada. Las camareras pasaban por las mesas cuadradas entrecruzándose y se quedaban paradas de vez en cuando para reírse de algo que hubiera dicho un camionero. Daba la impresión de que la mayoría eran camioneros, o al menos hombres con gorras y camisetas de camionero y los brazos morenos por el sol. Cuando entramos levantaron la mirada con curiosidad y al cabo de un rato retomaron el ruidoso barullo de sus desayunos, haciendo chirriar los tenedores contra los platos y sorbiendo largos tragos de café.

–¡Eh! –dijo Kit–. Ésa es la chica que nos atendió la otra vez.

La chica, aquella guapa mexicana con la que Jamie y él habían practicado español, llevaba una bandeja de platos sucios a la cocina.

Nos sentamos cerca de una ventana entreabierta que daba al polvoriento aparcamiento. Ahí el paisaje era diferente. Había más arbustos y grupitos de árboles y a lo lejos se alzaban surcados peñascos rojizos. Habíamos pasado por largos tramos de alambradas de púas con reses pastando tras ellos.

Llegaba el olor a gasolina de los surtidores. Entre un dispensador de servilletas y un gran bote de ketchup había dos cartas amarillas de papel manchadas y arrugadas.

La chica mexicana se acercó con un bolígrafo y dijo con voz entrecortada:

–¿Sí? ¿Qué les traigo?

–*Hola guapa* –dijo Kit afablemente, dirigiéndole una gran sonrisa–. ¿Te acuerdas de mí?

Ella asintió y le devolvió la sonrisa mirando hacia la puerta.

–¿*Dónde está el otro*? El otro chico –su timbre de voz era suave y exótico.

Así que se acordaba. Sólo habían pasado tres días.

–No –dije–. No está con nosotros.

Kit seguía sonriéndole.

–Sí, esta vez sólo me tienes a mí. ¿Crees que podrás aguantarlo?

No me podía creer que estuviera haciéndolo delante de mí. Le fulminé con la mirada, pero la camarera se empezó a reír y su cara se destensó.

–Bueno, ¿qué os traigo?

–De hecho, ¿te importa que te hagamos una pregunta? –dije rápidamente–. El día que estuvimos aquí, el sábado, ¿viste por casualidad a esta chica? –rebusqué por el cuaderno mientras Kit suspiraba–. ¿Vino aquí a desayunar o a comer?

La camarera estaba desconcertada.

–¿Otra vez? –dijo dirigiéndose a Kit–. No lo entiendo.

Le enseñé el dibujo y le cambió la cara. Me miró a mí y luego a Kit y de repente desapareció.

–Hala, mira lo que has conseguido –dijo Kit–. Buen trabajo. Ni siquiera nos ha tomado nota.

–Nos habría tomado nota hace diez minutos si no hubieras estado tan ocupado intentando ligar con ella –solté.

–Venga, dame un respiro. No estaba ligando con ella.

–Claro que no. Habrías hecho exactamente lo mismo si hubiera sido un chico.

–Pues claro.

Le miré incrédula.

–Quizá efectivamente seas gay.

Estuvo a punto de reaccionar pero al final sólo se rió de mí. Me cogió la mano de la mesa y me pasó los dedos suavemente por el antebrazo. Me entraron escalofríos.

–Para –dije, y me solté–. Mira, viene alguien.

Una mujer mayor con el pelo corto y canoso venía muy decidida hacia nuestra mesa dando grandes zancadas.

–Elena dice que queréis preguntarnos algo.

Asentí con la cabeza y le tendí el boceto.

–Nos preguntábamos si esta chica había estado aquí, si la habían visto últimamente.

–¿Por qué lo preguntas? –dijo con frialdad.

Kit no me iba a ayudar. Se cruzó de brazos y miró cómo me esforzaba por explicarlo.

Miré la cara de la chica en el papel, la oscura mata de pelo, los ojos enormes y la mirada fija. Respiré hondo y dije:

–Hubo un accidente de coche y el caso es que esta chica está muerta. No por el accidente, porque murió antes, pero nosotros la encontramos. Sólo estamos intentando ayudar a la policía –me senté un poco más erguida– a identificarla y a averiguar lo que ocurrió.

La mujer respondió impasible:

–La policía ya ha estado aquí. Les dijimos todo lo que sabíamos.

Tragué saliva.

–Bueno... ¿le importa decírnoslo a nosotros? ¿La han visto?

La mujer hizo una pausa.

–No hay nada más que decir –añadió finalmente–. La chica estuvo aquí el sábado, pero vino sola y se marchó sola.

–¿En serio? –agarré el cuaderno con fuerza. Era la primera vez que conseguía imaginármela viva. Me pareció verla entrar por la puerta con su pelo largo agitándose.

–¿Hablasteis con ella? ¿Dijo de dónde era o adónde iba?

La mujer apretó los labios.

–Ya te lo he dicho, eso es todo lo que sabemos. Y no molestéis más a Elena con esta historia, ¿entendido? Ella no tiene nada que ver.

Lancé una mirada rápida a Kit. ¿Qué había querido decir con eso? Él aplastó la carta y luego la dobló y dijo sin pensárselo dos veces:

–Venga, vale, no molestaremos a nadie. ¿Pero no creen que es un poco raro? Eso de llegar sola e irse sola. No es que este sitio sea precisamente una... –vaciló– atracción turística.

La mujer le quitó la carta y la encajó en el hueco que había junto al dispensador de servilletas.

–No creo que sea tan raro. Aquí viene todo tipo de gente. No sabemos nada de ellos.

–Pero si no tenía coche... –empecé a decir.

La mujer se volvió hacia mí y de pronto parecía muy impaciente.

–Haría autoestop, supongo. Los camioneros las recogen continuamente. La trajeron y se la llevaron. ¿Ya habéis pedido?

–No –dijo Kit tímidamente, y volvió a sacar la carta. Elena estaba rondando cerca de la puerta de la cocina y nos clavaba sus ojos oscuros.

En cuanto se fue la mujer, me incliné sobre la mesa y susurré a Kit:

–¡O sea que estuvo aquí! Sabía que averiguaríamos algo.

–Sí, justo lo mismo que averiguó la policía. Qué bien.

–¡Pero estuvo en este restaurante! A lo mejor se sentó en esta misma mesa. Alguien debe de haber visto algo, ¿no crees? Me pregunto qué camarera le tomó nota.

Kit miró a Elena. Estaba limpiando una mesa afanosamente, haciendo movimientos circulares con el brazo.

–Creo que es bastante obvio –dijo.

Negué con la cabeza.

–¿Elena? ¿Pero entonces por qué no nos lo dijo? ¿Por qué tanto secretismo?

Él seguía mirándola.

–Probablemente no tenga papeles –respondió.

Me quedé mirándolo y se encogió de hombros.

–Piénsalo. No habla bien inglés. Es joven. Y la dueña, si es que ésa era la dueña, no quiere que hable con nadie de la chica muerta, especialmente con la policía.

–Pero entonces... –me incliné sobre la mesa–. ¡Tenemos que hablar con ella!

Puede que sepa algo y no se lo haya dicho a la policía.

Kit sacudió la cabeza.

–¿Te importa que pidamos el desayuno antes?

–Bueno, vale. Pero yo ya no tengo hambre.

–Pues yo sí.

Entonces, frustrada, me quedé callada y pedimos el desayuno, y yo me limité a empujar los huevos por todo el plato y mirar a Elena. Nos sirvió y limpió la mesa, lanzándole pequeñas sonrisas a Kit pero sin responder a sus comentarios.

–Tenemos que conseguir que hable con nosotros de algún modo –dije cuando nos trajo la cuenta.

Kit sacó unos cuantos billetes de su bolsillo.

–Espera un momento –dijo.

La cogió del brazo cuando estaba a punto de meterse en la cocina y desaparecer. Se apoyó contra la pared y le sonrió. Ella se puso colorada y dejó la bandeja en la barra para poder soltar una mano y darle el cambio. Pero cuando hurgó en el bolsillo de su falda Kit sacudió la cabeza y le frenó la mano con la suya.

Se me hizo un nudo en la garganta. Pero vi que estaba funcionando. Le estaba escuchando, tímida pero con interés, mientras echaba un vistazo a su alrededor con cierto nerviosismo. Kit bajó la cabeza y siguió hablando. Ella se mordió el labio y miró el reloj pensando en algo. Entonces la mujer de pelo canoso salió de la cocina justo detrás de donde ellos estaban y pegaron un salto. Elena cogió la bandeja de la barra, miró a Kit de refilón, asintió con la cabeza y pasó delante de él a toda prisa.

Kit volvió despacio a la mesa. Parecía satisfecho consigo mismo.

–¿Qué ha pasado? –pregunté.

–Quedará con nosotros fuera en su descanso, a las diez.

–¿En serio? ¡Genial! Así podremos hablar con ella.

–Escucha, deja que me encargue yo de esto, ¿vale? Tú te lo tomas... demasiado en serio. Contigo no va a hablar.

–¿Qué quieres decir?

–La has espantado. Tienes que tomártelo con calma.

–Pero puedo hacerlo –respondí.

Me sonrió.

–No, no puedes –me cogió los dedos, se los acercó a la cara y los frotó contra su mejilla.

–Tienes que afeitarte –le dije.

–Sí, bueno, no me dio tiempo esta mañana por culpa de alguien que yo me sé.

Justo entonces le sonó el móvil, un sonido largo y agudo que llevaba días sin

oír. Al principio nos costó reconocerlo. Luego Kit me soltó la mano como el que suelta calderilla encima de la mesa y buscó el teléfono en sus bolsillos.

–¿Sí? Hola, Jamie, ¿qué pasa?

Me puse tensa.

–Sí, perdona. Estamos en Kilmore.

Kit se movió en la silla y me miró con los ojos bien abiertos.

–Bueno, fue idea de Luce. Habla con ella.

Cogí el teléfono y me lo pegué a la oreja.

–¿Jamie?

–Luce –dijo acelerado–, ¿qué coño estás haciendo? ¿Por qué os habéis ido? Mamá se va a poner furiosa cuando sepa que no estás aquí. ¿Y qué va a pensar papá? Tenéis que volver ahora mismo.

–No –contesté con tranquilidad.

–¿Qué quieres decir con que no? ¡Os habéis llevado el puto coche! ¿Qué coño pasa?

Tragué saliva.

–Estamos tratando de averiguar qué le pasó a la chica. ¿Y sabes qué, Jamie? Estamos en el mismo sitio donde paramos al venir, ¿te acuerdas? Donde tú y Kit hablasteis en español con la camarera. ¡Y resulta que la chica estuvo aquí también! El sábado.

Se le notaba en la voz que estaba impaciente.

–Entonces deberíais llamar a la policía y decírselo. Pero tenéis que volver. ¿Qué diablos está haciendo Kit llevándote en coche por todo el estado? ¿Cómo se te ocurre pedirle que haga eso? –estaba desconcertado. Me acordé de la noche anterior en el suelo del estudio.

–Volveremos pronto –le prometí–. No se lo digas a mamá. Sólo serán un par de días. Puedes encubrirme.

–¿Encubrirte? ¿Estás hablando en serio? ¿Qué se supone que tengo que decir?

Sentí una súbita punzada de ira.

–Dile lo que fueras a decirle. Cuéntale la verdadera razón por la que nos quedamos.

–Luce –sonó sorprendido. Herido.

–Escucha, sólo déjanos ver lo que podemos averiguar, ¿vale?

–Pásame con Kit.

–Nos tenemos que ir –contesté–. Adiós –colgué rápidamente el teléfono y se lo di a Kit–. Deberíamos dejarlo apagado, estamos en un restaurante.

Asintió con la cabeza e hizo una mueca nerviosa.

–Sí, claro, el restaurante. Está bastante cabreado.

–Vale, ¿y qué? Yo también estoy enfadada con él.

–Por lo menos tenemos cobertura otra vez –dijo Kit–. Es como si hubiéramos vuelto a la civilización.

Miramos por la ventana al aparcamiento de arena, el triste grupito de edificios y la carretera estrecha abriéndose paso entre la tierra seca.

–¿Qué hacemos ahora? –pregunté.

–Esperar a que sean las diez –dijo Kit.

A las diez en punto vimos que Elena cogía su bolso de detrás de la barra y buscaba a tientas un paquete de cigarrillos. Se lo colgó en el hombro, nos echó un vistazo y después salió por la puerta de atrás de la cafetería.

Al cabo de un minuto Kit y yo la seguimos. Dio una vuelta hasta llegar a la parte lateral del edificio, una larga pared desnuda con un aparato de aire acondicionado oxidado que sobresalía en el centro. Elena colocó su bolso sobre él y se subió encima. Observó cómo nos acercábamos.

–¿Fumas? –le preguntó a Kit, y sacó un cigarrillo fuera del paquete. Él lo cogió y luego agitó el mechero de la chica con habilidad, haciendo que la llama azul brillara entre ellos. Bajaron la cabeza a la vez. Yo me quedé a un lado, esperando.

Elena se quitó un pasador de flores y se soltó el pelo sobre los hombros. Le echó una sonrisa a Kit.

–Bueno, ¿*qué pasa*? ¿Qué queréis saber? –dijo en voz baja.

Kit se apoyó en el aire acondicionado.

–Cualquier cosa que recuerdes de la chica –dijo sonriéndole–. Has dicho que estuvo aquí el sábado. ¿Iba con alguien?

Elena sacudió la cabeza.

–No. *Sola*. Hablé un poco con ella.

–¿Sí? –no pude evitar acercarme–. ¿Qué dijo?

Kit me miró con el ceño fruncido, pero Elena se dio la vuelta.

–Quería que alguien la trajera en coche.

–¿Adónde?

Elena sacudió su cigarrillo en el borde metálico del aparato y una lluvia de ceniza cayó al suelo.

–A Albuquerque.

Kit soltó al aire una nube de humo.

–¿Lo consiguió?

Elena miró a Kit, luego me miró a mí y asintió lentamente con la cabeza.

–Sí.

Kit se acercó más hasta casi tocarla.

–Cualquier cosa que recuerdes puede ser de gran ayuda, ¿vale? No se lo diremos a nadie.

–El hombre del camión azul –dijo–. Él la trajo.

–¿Qué hombre? –pregunté–. ¿Alguien que conoces?

Asintió levemente. Los músculos de su mejilla estaban tensos. Dio la vuelta al pasador de madera que tenía en las manos y lo miró.

–Elena –dijo Kit–. ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

–No sé –respondió–. No sé su nombre.

Di unos saltitos, impaciente.

–¿Pero ha estado aquí antes? ¿Vive por aquí?

Echó un vistazo a su reloj, se escurrió del aparato de aire acondicionado y tiró su cigarrillo al suelo. Lo pisó con el pie y se giró hacia Kit.

–Él viene aquí continuamente. Todos los días. Tiene un camión azul –repitió.

–Gracias –dijo Kit, y le puso la mano en el hombro–. Gracias por contárnoslo.

Ella le miró indecisa y luego se dirigió hacia la puerta de la cafetería.

–Qué raro, ¿no? –le dije a Kit.

Se encogió de hombros.

–No sé. No habla muy bien inglés. A lo mejor por eso ha sonado raro.

–Pero parecía que conocía al tipo.

Asintió con la cabeza.

–O al menos lo reconoció.

Volvimos hacia el coche. Kit sacó su teléfono y lo encendió de nuevo.

–Vamos a ver qué opina Jamie, ¿eh? –dijo. Escuchó sonriendo los mensajes que le había dejado en el contestador y pude oír el sonido casi imperceptible de su voz, duro e insistente.

–¡Venga ya! –dije tirándole de la manga–. No tenemos tiempo para eso. Tenemos que pensar qué hacemos.

–¿A qué te refieres? Ya hemos terminado. Llamaremos a la policía y les diremos que fue un tío que tenía un camión azul. Deja que ellos averigüen quién fue.

Kit me abrió la puerta del coche, me metí dentro y grité al quemarme con el asiento de vinilo.

–No podemos hacer eso –dije–. Nos preguntarán por qué lo sabemos y tú mismo has dicho que Elena no hablará con ellos. No si está aquí ilegalmente.

Kit me miró.

–Venga, Luce, no podemos hacer nada. ¿Cómo vamos a encontrar a un tío con un camión azul? Debe de haber un millón de tíos con camiones azules. Y luego está el tema de qué hacemos cuando lo encontremos. No lo entiendo. No entiendo qué quieres.

–Quiero saber lo que le pasó a la chica –dije en voz baja.

–Ya sabemos lo que le pasó: murió.

–Pero... –¿cómo se lo podía explicar?–. Escucha, Kit. Hay algo más. Lo sé. Si este tío vive por aquí, si viene a este sitio todos los días, entonces podemos...

Kit golpeó la parte de arriba del coche.

–¿Podemos qué? O sea, joder, Luce, ¿qué estás pensando que podemos hacer? ¿Encontrar a este tipo y darle una paliza? ¿Sonsacarle información? Es un tipo cualquiera. No hizo nada.

Lo miré.

–La dejó allí.

–Pero ya has oído lo que dijo la policía: ya estaba muerta. Estás actuando como si se tratara de un asesinato.

Contuve el aliento y me apreté el bloc de dibujo contra el pecho.

–No –dije–. No un asesinato. Pero es algo. La dejó allí.

–Ya estaba muerta –repitió.

Lo miré fijamente y pese al calor, sentí un hormigueo frío bajo la piel.

Justo en ese momento sonó el teléfono.

–Jo, ya estamos otra vez. Jamie está rabioso –dijo Kit, acercándose el teléfono al oído–. Hola tío –le cambió la cara y se apartó tapando el móvil con una mano–. ¡Eh, hola! Hola, Lara.

Lara Fitzpatrick. Me quedé mirándole. ¿Qué hacía Lara Fitzpatrick llamándole al móvil?

Lara era la delegada de la Asociación de Estudiantes de Westview. Guapa, lista y simpática. Simpática incluso para los de tercero de ESO. Ginny y yo la habíamos entrevistado el mes pasado para el periódico del colegio y le habíamos preguntado sobre los planes para el baile de Sadie Hawkins, a lo que respondió: «¡Deberíais venir, en serio! Pedídselo a uno de cuarto o de primero de bachillerato. Los chicos de tercero no son lo suficientemente buenos para vosotras».

Lo vi alejarse del coche. ¿Para qué le estaría llamando? ¿Y por qué la voz de Kit sonaba así? Entusiasta, completamente distinto. Me estaba dando la espalda.

–Creí que estabas en Chicago. Ah, ¿en serio? Ah, vale. Sí, lo siento. No teníamos cobertura así que no he oído los mensajes. ¿Cómo estás? –siguió andando y ya casi no le oía. Se pegó el teléfono a la cara–. He estado pensando en ti.

Yo veía su espalda cada vez más lejos de mí. Mientras hablaba se pasaba los dedos por el pelo.

–Ya lo sé, yo también. Yo también.

Cada vez hablaba más bajo. No podía oír lo que decía. Salí del coche.

–Sí, se supone que tendríamos que estar allí. Pero tuvimos una especie de accidente. No, estoy bien, no me pasó nada. Fue un animal o algo así. Pero pensamos... Bueno, es una larga historia –atravesó el aparcamiento contándole lo que había pasado. Lo seguí–. En fin, por eso seguimos aquí. De hecho,

ahora estamos en un sitio llamado Kilmore. He tenido que traer aquí a Luce, ya sabes, la hermana de Jamie. Sí –se rió–. Sí que lo es.

¿Qué es lo que era? Se me encogió el estómago. Me quedé de pie en silencio detrás de él, mirando sus hombros caídos y su cabeza ladeada.

Hablaba cariñosamente, de una forma que me resultaba familiar.

–Bueno, sin ti no tiene gracia. Te echo de menos.

Así que era eso. Kit y Lara Fitzpatrick. ¿Cómo podía haber sido tan tonta? ¿Cómo podía haber pensado que yo le gustaba?

Sujetó el teléfono con las dos manos.

–Te echo mucho de menos. No paro de pensar en ti.

Pensé en los besos que me había dado, la primera vez en el jardín, la segunda en la carretera. Y luego las otras veces: la de casa de Beth, esta mañana en el coche... No me podía quedar ahí y seguir escuchando. Fui derecha hacia él, me puse delante y le arrebaté el teléfono. Se apartó de mí con los ojos como platos y vi cómo le cambiaba la expresión: de la sorpresa pasó a la protesta y luego a una especie de arrepentimiento.

–Luce –dijo.

Oía la voz de Lara:

–¿Kit? ¿Kit?

Me puse al teléfono.

–Se llama Frederick –dije.

Lo colgué y se lo lancé al pecho. Lo cogió con las manos y yo me alejé antes de que pudiera decir nada.

No me di la vuelta para ver si me seguía. Caminé lo más rápido que pude y pasé al lado de los grandes camiones brillantes, de la cafetería y del coche. Desanduve el camino que habíamos hecho por el arcén. Era una estupidez, por supuesto. No había nada en esa dirección. Debería haber ido hacia el pueblo, pero en ese momento no pensé y cuando me quise dar cuenta ya no podía volver atrás. Tenía que alejarme lo más posible de Kit.

Lo nuestro no había significado nada para él. Absolutamente nada. ¿Por qué había pensado que sí? Era la misma persona de siempre y lo único sorprendente de la llamada era que la chica era Lara Fitzpatrick, que era demasiado simpática para salir con Kit.

Pero si era su novia, ¿por qué nunca la había mencionado? En el viaje de ida, Jamie y él habían hablado de una chica detrás de otra, pero no recordaba que hubiera dicho su nombre ni una sola vez. Aunque realmente no había estado escuchándoles. El sábado no me importaba. Parecía que hubieran pasado años. Simplemente deduje que no salía con nadie. Pero un tío como Kit siempre estaba con alguien.

La carretera abrasaba. Pequeñas olas de calor se alzaban en la distancia y hacían que el asfalto reluciera como un río. Sentía cómo el sol me quemaba el cuero cabelludo y me rebanaba el pelo como una hoja candente.

Oí un coche detrás de mí. Me giré para mirar quién era justo cuando Kit dio un volantazo en la carretera y redujo la velocidad a mi lado, dispersando la gravilla con las ruedas del coche.

Tenía el brazo colgando fuera de la ventanilla y rozaba la puerta con los dedos.

–Eso ha estado muy bien –dijo–. Decirle mi verdadero nombre.

Seguí andando sin mirarle.

–Venga, Luce. No te enfades –iba conduciendo a mi lado–. O sea, ¿qué esperabas? No pensabas que fuéramos a... –«no lo digas», pensé, «no lo estropees más»–. No pensabas que fuéramos a salir juntos, ¿verdad? –estaba totalmente asombrado–. ¡Estás en tercero! Eres la hermana de Jamie, ¡por Dios!

Estiró el brazo para tocarme, pero yo me solté, bajé del arcén y seguí caminando por la tierra dura y rojiza.

–¡Eh! ¿Adónde vas? –gritó–. Aquí no hay nada. Deberías haber ido en la otra dirección, ¿no? –noté cómo se sonreía cuando lo estaba diciendo y me enfadé aún más. Empecé a correr. El coche vino detrás de mí dando tumbos.

—¿Qué pasa? ¿No vas a volver a hablar conmigo? ¡Venga! ¿Te quieres meter en el coche?

En la distancia vi venir un coche hacia nosotros. El sonido del claxon era atronador.

Kit suspiró.

—¿Te vas a meter en el coche o no?

No respondí. El otro coche se estaba acercando y pitaba sin parar.

—¿Sabes qué? No pienso insistir. Te quedas aquí sola —aceleró para salir del arcén y volvió al carril de la derecha. Las ruedas levantaron piedras que me dieron en las espinillas justo en el momento en el que el otro coche pasó rugiendo. Vi cómo Kit me dejaba atrás, daba la vuelta y se dirigía de nuevo al pueblo.

Seguí caminando. Me quité el pelo del cuello con una mano y me aparté la camisa de la piel. El cielo era azul y estaba despejado. De vez en cuando pasaba un tráiler con gran estruendo y una vez un camionero me pitó, sacando la mano por la ventanilla al pasar a mi lado. Pero luego volvió la tranquilidad. Ni un coche, ni una casa, nadie. Sólo algunas vacas moviéndose a lo lejos en el campo.

De cerca me di cuenta de que aquel sitio no estaba vacío en absoluto. Estaba atestado de rocas, arbustos de un tono gris verdoso y algún tronco de árbol retorcido y quebradizo. Las lagartijas se movían a gran velocidad por la arena y se precipitaban bajo las rocas. Los pájaros revoloteaban de un arbusto a otro piando escandalosamente. Algo crujió detrás de una roca y vi cómo una cola delgada daba coletazos contra el suelo.

Seguí andando. Aquel sinsentido me tranquilizaba. Tenía tanto calor y estaba tan cansada que ni siquiera podía pensar en Kit. Me corrían gotas de sudor por la cara hasta el cuello de la camisa. Me puse el pelo detrás de las orejas. Tenía la garganta seca y me dolían los ojos por el resplandor ardiente de la carretera.

Finalmente me detuve. Me encorvé y me apoyé en las rodillas para descansar un momento. Yo también debería dar media vuelta. Tenía que caminar un largo trecho hasta llegar a Kilmore.

Oí el sonido distante de un motor y alcé la vista. A lo lejos, viniendo hacia mí, vi un coche, o mejor dicho un camión. Pero no muy grande, una especie de camioneta. Entorné los ojos. Era azul.

Un camión azul.

Me quedé sin aliento. «Vale», pensé. «Debe de haber miles de camiones azules.»

Pero ella nos dijo que él vivía cerca de allí. Dijo que iba todos los días a la cafetería.

Miré hacia atrás. La carretera estaba desierta. Alrededor de mí sólo se oía el murmullo continuo de la hierba seca. Estaba sola.

El camión se estaba acercando. No había tiempo de hacer nada. Me bajé de la carretera y me puse a andar por la arena. «Esto es una estupidez», pensé. Sólo es alguien que va a Kilmore.

Pero la camioneta estaba reduciendo la velocidad.

Frenó ruidosamente, se metió en el arcén y se quedó a unos veinte metros delante de mí. Su rejilla metálica brillaba bajo el sol. El corazón me latía con fuerza. Vi la oscura silueta del conductor pero no su cara. Me quedé quieta, observando. No sabía qué hacer. Era demasiado tarde para escapar o esconderme. Apreté los puños y esperé.

La puerta del conductor se abrió:

—¿Quieres que te lleve?

Su voz era monótona y aguda a la vez, como si perteneciera a alguien más joven que el hombre que había salido de la camioneta. Era alto y fuerte, con el pelo corto y canoso y una gorra negra que le hacía sombra en la cara. No podía verle los ojos.

—¿Pa' dónde vas? —estaba de pie junto a la camioneta, con una mano apoyada en la puerta.

Tragué saliva.

—Sólo andaba.

Entonces vi cómo su mano se deslizaba sobre la puerta, casual pero intencionadamente. Dio un paso hacia mí.

—Hace demasiado calor para andar.

—No es para tanto —me apresuré a decir. Lo único que podía oír eran los latidos de mi corazón golpeando con fuerza. Retrocedí.

Miró si venía alguien a su espalda y luego echó un vistazo detrás de mí.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Sólo andaba —insistí—. Estaba... La verdad es que ya estaba volviendo.

—¿A Kilmore?

Asentí con la cabeza.

—Es justo a donde voy yo. Te llevo —señaló con un gesto la camioneta y di un paso atrás sin saber qué hacer.

—No, no importa. Prefiero caminar.

Estaba cerca de mí, a tan sólo unos centímetros de distancia. Le miré a la cara. Tenía los ojos pequeños y claros, de un color azul lechoso. Desde donde estábamos oía el rumor grave y constante del motor del camión. Sonrió, pero su sonrisa no le llegaba a los ojos.

—¡Venga! —dijo—. ¿No quieres que te lleve?

De pronto vi la cara de la chica, mojada por la lluvia. «Ayúdame», pensé.

Y de pronto la expresión del hombre cambió. Miró la carretera y frunció el ceño. Me giré y en la distancia vi venir un coche pequeño que se iba haciendo cada vez más grande. Tenía un color bronce que me resultaba familiar y que pegaba con la arena.

Era Kit.

–Es mi novio –dije rápidamente, y me alejé de él. Empecé a correr torpemente por la gravilla, en parte esperando que él viniera detrás de mí, aunque en realidad sabía que no lo haría, no mientras estuviera Kit ahí.

–¡Kit! –grité, haciéndole señas con los brazos–. ¡Kit!

Kit redujo la velocidad en el carril opuesto y bajó la ventanilla.

–¿Ya hablas conmigo?

Atravesé corriendo la carretera, me abalancé sobre la puerta del copiloto y agarré con fuerza la manilla.

Kit observaba al hombre.

–Hola –dijo.

–¿Qué hay? –contestó él con su voz monótona–. Hace demasiado calor para ir caminando. Eso no se puede hacer por aquí con este tiempo. Ya sabes, a uno le puede dar una insolación y morir.

–¿En serio? –Kit me echó un vistazo, me observó la cara de cerca y me lanzó una mirada inquisidora.

–Le diré que tenga más cuidado –se encogió de hombros–, pero la verdad es que no suele hacerme caso.

–Nunca lo hacen –contestó el hombre, torciendo la boca. Y se dio media vuelta hacia la camioneta.

Kit se giró hacia mí.

–¿Estás bien?

Asentí, conteniendo las lágrimas. Me temblaban tanto los brazos que tuve que apretarlos contra mi estómago para que estuvieran quietos.

–¿Qué ha pasado? –sonaba preocupado–. ¿Te ha hecho algo ese tío?

Negué con la cabeza.

La camioneta echó marcha atrás en la carretera y el hombre me miró de frente al pasar. No había ni rastro de expresividad en sus ojos claros.

–Ajá –dijo Kit–. Camión azul.

–Fue él, fue él, fue él –me sacudí de un lado a otro del asiento, abrazándome a mí misma.

Kit me puso la mano en el hombro. Me estremecí. No quería que me tocara pero al mismo tiempo lo deseaba con todas mis fuerzas. El contacto de su mano me tranquilizó. Intenté dejar de temblar.

–Eh –dijo–. Ya está, tranquila. ¿Qué ha pasado?

Tragué saliva.

–Me ha preguntado si quería que me llevara.

–Bueno, hace calor ahí afuera.

Lo miré.

–No era eso. Quería que me metiera en la camioneta –me entraron escalofríos y Kit me pasó la mano por el brazo y me apretó el codo con los dedos.

–Luce –dijo dulcemente–, a lo mejor sólo estaba ofreciendo llevarte. Ya lo has oído: a la gente le dan insolaciones.

–No. No era eso.

–¿Cómo lo sabes?

Le quité la mano de mi brazo, me enderecé y procuré estar tranquila.

–Lo sentí.

Kit se quedó callado un momento.

–Aquí todo el mundo tiene una camioneta. Debe de haber un montón de color azul.

Me giré en el asiento y le miré.

–Kit, era él. *Lo sé*.

Kit siguió observando la carretera. Resopló y luego asintió lentamente con la cabeza.

–Vale –dijo–. Vale –volvió a ponerme la mano en el hombro y me frotó la nuca con los dedos.

–No hagas eso –dije, y me aparté para que quitara el brazo–. En serio.

Quitó la mano pero su contacto me dejó un hormigueo en la piel.

–¿Entonces qué quieres hacer? –dijo–. ¿Llamar a la policía?

Me mordí el labio.

–¿Y qué les decimos?

Nos estábamos acercando de nuevo a Kilmore y pasamos por delante de la cafetería. Me eché hacia delante, sobresaltada. La camioneta azul estaba aparcada enfrente.

–¡Mira! ¡Ahí está! –me volví hacia él–. ¡Rápido, para!

Kit se metió en el aparcamiento y redujo la velocidad.

–Vale, Luce, ¿y ahora qué? –me miró y sacudió la cabeza–. Supongamos que es el tipo. ¿Cómo lo vas a probar? ¿Crees que puedes acercarte y preguntarle?

Puse los pies en el asiento y apoyé la cabeza en las rodillas. Tenía razón. ¿Cómo íbamos a probarlo? Y, después de todo, ¿qué había hecho el tipo? Había dejado a la chica en la carretera, pero ella ya estaba muerta. ¿A eso se le podía llamar crimen? Tenía que serlo.

Recordé su voz: «¿*No quieres que te lleve?*». ¿Se lo habría dicho a ella también?

Me froté la frente.

–Escucha, sé que fue él. Sólo necesitamos alguna razón para que la policía... ya sabes... le interrogue –me quedé mirando la camioneta azul. Si la chica se había montado quizá se le había caído algo–. Vamos a buscar dentro de la camioneta.

Kit levantó las cejas.

–¿Buscar qué?

–No sé.

–¿Quieres ir allí y registrar su camión?

–Sí.

–¡Vaya bobada! Y encima probablemente sea ilegal.

Le miré con el ceño fruncido.

–Entonces deberías estar contento. ¿No decías que todo lo divertido es ilegal?

–Bueno, vale, no tenía razón. Porque eso no tiene gracia, seguramente sea ilegal y no tiene ningún sentido.

Seguí mirando la camioneta. Ella había estado allí dentro, estaba segura. Quizá fuera el último sitio donde había estado viva.

–Yo voy a ir.

–Adelante.

–¿Vienes?

–No.

Salí del coche dando un portazo. Las ventanas de la cafetería estaban enfrente de algunos de los surtidores de gasolina. Se podía ver esa parte del aparcamiento desde las mesas de la esquina, pero no era fácil. Me puse la mano en la frente para protegerme del sol y traté de ver quién estaba sentado. Pero había demasiada luz. Las ventanas reflejaban la imagen de la carretera: el motel al otro lado, el cactus gigante...

Fui hacia la camioneta azul. No me podía creer que estuviera haciendo aquello. ¿Qué pasaría si estaba cerrada? Pero no fue así; cuando intenté abrir la

puerta del conductor se abrió con facilidad, así que miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie me estaba mirando y me metí dentro.

La cabina olía a comida rancia. La alfombrilla del coche estaba negra y llena de manchas y había basura tirada por todas partes: dos botellas de cerveza, una lata de coca-cola abollada, una bolsa de patatas fritas medio vacía. No le quitaba ojo a la puerta de la cafetería. Nadie entraba ni salía. El aparcamiento estaba en calma y se abrasaba bajo el sol.

Me puse de rodillas y miré detenidamente entre los asientos: un bolígrafo, monedas sueltas, un periódico doblado... Tiré hacia debajo de los dos parasoles. Unas gafas de sol.

¿Qué estaba buscando? Ni siquiera lo sabía. Algún signo de que la chica había estado ahí, sentada en ese mismo sitio el día que murió. Pero era todo tan normal... Eran las típicas cosas que había en cualquier coche.

Abrí la guantera y saqué el fajo de papeles que había dentro. La mayoría eran cosas del coche: el manual del camión, el seguro... El seguro. Tenía su nombre puesto. Y una dirección: *Westley Wicker, R. R. # 7, 4420 Brick Road, Castle, NM*.

–Hola –oí la voz de Kit en el aparcamiento y me pareció demasiado alta. Me incorporé, me giré bruscamente y entonces vi al hombre (¡el hombre!) saliendo de la cafetería. Me agaché e intenté volver a meter los papeles en la guantera, pero estaba muy torpe y casi se me caen de las manos.

–¿Has visto a mi amiga ahí dentro? –dijo Kit–. La he vuelto a perder.

Contuve la respiración y abrí la puerta empujándola poco a poco. Me deslicé por el hueco y me puse en cuclillas junto a la camioneta.

–No, no la he visto –soltó una risita gangosa–. Más te vale no perder a ésa de vista –cerré la puerta lo más silenciosamente que pude.

–Sí, bueno, gracias de todas formas.

Agachada, fui corriendo hacia el resto de coches y rodeé la esquina del edificio. «*Wicker, 7, 4420, Brick, Castle*», me susurraba a mí misma sin parar.

Me quedé de pie con la espalda pegada a la pared y respirando con dificultad. Un minuto más tarde, Kit dobló la esquina diciendo palabrotas.

–Perdón –dije desconsolada.

–¿Ya hemos acabado? Porque, ¿sabes qué? Ese tío da muy mal rollo y preferiría no volver a encontrarme con él.

–Tengo su dirección –dije.

–Genial. Mándale una postal. ¿Podemos irnos?

–Quiero ir a su casa.

Kit me agarró de los hombros y me apartó de la pared.

–¡Ni de coña! ¡No! Luce, escúchame. No vamos a ir a su casa. No sé qué le

pasa. Quizá es el tío que se libró de la chica, o quizá no. Pero hay algo raro en él. No vamos a ir.

Me escurrí por debajo de sus brazos y volví hacia el coche.

–Escucha, tienes razón, tengo que tener más cuidado –dije–. No debí meterme en su camión así, cuando él podía salir y verme.

Me detuve a esperarle, pero él seguía con mala cara detrás de mí.

–Kit, por favor. Escucha un momento. La policía no encontró ninguna identificación en el cuerpo de la chica, ¿te acuerdas? Ni un bolso, ni una cartera. Así que lo más probable es que alguien lo cogiera. Alguien lo *robó*. Y si ese tío fue la última persona que estuvo con ella, la última persona que la vio con vida, quizá sea él.

–Quizá. ¿Y sabes qué? Que puede que nunca lo sepamos.

Sacudí la cabeza lentamente.

–Pero tenemos que intentar averiguarlo. Yo al menos voy a intentarlo.

–¿Por qué?

Me di la vuelta y me puse frente a él, mirándole a los ojos.

–No lo sé, simplemente voy a hacerlo.

Estaba frustrado. Se me quedó mirando y arrugó la frente. Luego le cambió la cara y con sumo cuidado me cogió un mechón de pelo y me lo metió detrás de la oreja.

–No entiendo por qué esto es tan importante para ti.

Me di la vuelta.

–Bueno, yo no entiendo por qué era tan importante para ti besarme si estabas saliendo con Lara Fitzpatrick.

–Yo no fui el único que dio besos, no sé si te acuerdas.

–Trato de no acordarme.

Caminé hacia el coche y cuando fui a abrir la puerta vacilé.

–¿Entonces me vas a llevar? A su casa, me refiero.

Kit abrió la puerta y entró en el coche. Se sentó y puso las manos en el volante mientras miraba el sucio aparcamiento.

–¿Qué pasa si está cerrada con llave?

–No lo estará –contesté–. La camioneta estaba abierta.

–Pero no has encontrado nada.

–No.

–¿Qué te hace pensar que encontrarás algo en su casa?

No respondí. Le observé el perfil. Su mandíbula se tensaba y destensaba continuamente.

–Si vamos a su casa no me pidas nada más –dijo–. Pase lo que pase. Si encontramos algo se lo decimos a la policía. Si no, dejamos ya esta historia, ¿vale? Y volvemos a casa de Beth.

–Vale –dije.

–Lo digo en serio.

–He dicho que vale.

Cogí mi cuaderno del asiento de atrás y arranqué una página. En la parte de arriba escribí: *Wicker, R. R. # 7, 4420 Brick Road, Castle, NM.*

–¿Entonces adónde vamos? –preguntó Kit.

–El pueblo se llama Castle –dije–. Saqué el mapa del portaobjetos de la puerta del coche y lo desplegué en mis rodillas. Esta parte del estado era un cuadrado amarillo vacío por el que cruzaban media docena de líneas estrechas, las únicas carreteras. Castle debía de estar cerca de alguna de ellas. Eché un vistazo a los nombres de los pueblos: Tucumcari, Conchas, Mosquero... Podrían ser de un país extranjero.

–Aquí está –dije a Kit–. Hacia el este. A unos treinta kilómetros.

Nos desviamos hacia otra autopista y Kilmore desapareció tras nosotros. La colorida señal del cactus parecía chabacana y endeble en la distancia. Adelantamos a una roulotte que tenía ropa limpia colgada en un tendedero. Pasamos delante de una casa con un gallinero desvencijado y cuatro gallinas grises escarbando en la tierra seca.

–¿Crees que aún estamos en Kilmore? –pregunté.

–Sí –respondió Kit–. En las afueras.

De repente no había nada a nuestro alrededor.

No tardamos mucho en hacer los treinta kilómetros, sobre todo si lo comparamos con el largo trayecto que habíamos hecho por la mañana. Pronto llegamos a una gasolinera. El cartel decía: «Estación de servicio Castle».

–¿Cómo se llama la calle? –preguntó Kit, y frenó donde los surtidores. Un viejo encorvado vestido con un mono azul salió del diminuto edificio y se acercó a la ventanilla de Kit.

–¿Puede llenar el depósito de gasolina sin plomo? –dijo Kit–. Estamos buscando una calle –se volvió hacia mí.

–Brick Road –dije–. Y también dice R. R. ⁷. ¿Sabe qué significa?

El hombre fue hacia el surtidor arrastrando los pies. Cuando volvió a la ventana se tiró del labio de abajo y nos mostró un amasijo de dientes amarillos torcidos.

–Ruta Rural ⁷. Brick Road. Es lo mismo. Es la siguiente a la derecha.

–Gracias –dijo Kit, y le pagó.

–No está pavimentada –gritó mientras nos alejábamos.

La siguiente salida a la derecha estaba unos kilómetros más adelante y resultó ser un camino de tierra lleno de baches que descendía por una ladera.

Kit sacudió la cabeza.

–¡Menudo sitio! Castle. ¿Dónde está el castillo? ¿Dónde está la puta chabola

destartalada? Aquí no hay nada.

–El número de la casa es el ⁴⁴²⁰.

–Algo me dice que no tiene pérdida –dijo Kit.

Fuimos dando tumbos por la carretera levantando nubes de polvo.

–¿Qué pasa si iba camino de casa? –preguntó Kit–. Se fue de la cafetería. Podría estar aquí ahora mismo.

–Sí –dije, mirándome fijamente las rodillas.

Más adelante había una casa en lo alto, una caravana. Me eché hacia delante.

–Ahí, mira, es ésa.

Pero no era; era el número ⁴⁴⁶⁰.

–Entonces estamos cerca –eché un vistazo a Kit. Frunció el ceño, molesto.

Pasamos tres casas que había en un pequeño recodo y luego llegó otro aburrido tramo de carretera. A lo lejos, en una colina, alcancé a ver una casa blanca flanqueada por algunas edificaciones: un cobertizo, una especie de garaje...

–Ésa es –dije. La camioneta azul no estaba. Había un buzón metálico inclinado y torcido en un poste donde estaba escrito el número ⁴⁴²⁰. Kit condujo hacia la entrada de tierra.

Paró el motor y nos quedamos sentados un momento mirando a nuestro alrededor.

–Mira, no hay ni rastro de él –dije.

–¿Ah no? ¿Estás segura? ¿Y qué pasa si está en el garaje?

Negué con la cabeza.

–Ahí sólo hay maquinaria y cosas así. Él no está.

–Vale, pero no nos vamos a quedar mucho, ¿entendido?

–Deja de tratarme como si tuviera seis años –le espeté furiosa.

–Lo haré cuando empieces a tener un poco más de sentido común.

Subimos las escaleras que daban a la puerta principal. Agarré el pomo, pero Kit me detuvo.

–Deberías llamar –dijo–. ¿Y si hay otra persona?

Ni lo había pensado. ¿Qué pasaba si no vivía solo? ¿Qué diríamos en ese caso?

–Preguntaremos una dirección –dijo Kit antes de que yo abriera la boca.

–Parece como si hubieras hecho esto antes –dije. Llamé a la puerta. Esperamos en silencio.

–Vale –dijo Kit–. Aparcaré detrás de ese cobertizo por si vuelve. Oye, y no te entretengas. Nos vamos pitando de aquí. Eso si conseguimos entrar –caminó hacia el coche y mirando hacia atrás gritó–: ¿Está abierta?

Intenté girar el pomo. Estaba cerrada con llave.

–Sí –mentí–. Espera un segundo –eché un vistazo a la entrada de la casa. Todas las ventanas estaban cerradas. ¿Y ahora qué? Oí cómo Kit arrancaba el coche mientras yo saltaba del porche y correteaba hacia un lado de la casa. Suspiré aliviada cuando vi una pequeña ventana ligeramente abierta. Estaba sobre un depósito de propano, así que pude trepar. Me puse de pie encima de él y levanté la mosquitera hasta que conseguí abrir del todo la ventana. Dentro había un baño de baldosas azules sucísimas y llenas de jabón.

Me escurrí por el hueco y al bajar me arañé las costillas con el marco de la ventana. Estuve a punto de caerme en el asiento del váter. Luego corrí a abrir la puerta principal.

–Así que estaba cerrada –dijo Kit con engreimiento.

No contesté.

Miró el reloj.

–Tienes quince minutos, ni uno más. Y luego nos vamos.

–A lo mejor no es suficiente.

–Apáñatelas. Puede que esté volviendo. Así que muévete.

Inspeccioné la casa. Era pequeña y estaba muy desordenada, aunque curiosamente era muy impersonal. No había cuadros en las paredes ni nada en la mesa salvo unos periódicos viejos y un vaso con un poco de café. El salón estaba atestado de muebles feos y grandes, entre ellos un sofá y un sillón de velvetón rojizo. Había una camiseta arrugada tirada en el suelo y un par de calcetines doblados al revés debajo de un escabel.

–No toques nada –dijo Kit.

–No soy idiota, ¿sabes?

–Trece minutos –dijo Kit.

–Ayúdame entonces –dije–. Busca tú también.

–¿Qué estamos buscando?

Me encogí de hombros con un gesto de impotencia.

–No lo sé. Un monedero o una cartera, tarjetas de crédito... Algo de la chica. Mira en la cocina. Yo miraré si hay algo en la parte de atrás.

Caminé por el pasillo oscuro. Oía a Kit abrir ruidosamente los cajones de la cocina, que chirriaban al abrirse y cerrarse. Era una casa enana, no mucho más grande que un apartamento. Había dos habitaciones pero una de ellas estaba llena de trastos: un ventilador viejo, maletas, cajas de cartón y ese tipo de cosas que uno mete en el sótano. La otra era la suya. La cama estaba sin hacer, las sábanas revueltas y la bajera se había soltado del colchón. Había un montón de ropa sucia en el suelo y una bolsa vacía de patatas fritas en la mesilla de noche. Caminé de puntillas entre aquel desorden mientras miraba a mi alrededor. Me puse de rodillas en el suelo y miré debajo de la cama. Un zapato, una revista...

Abrí los cajones de la gran cómoda y, muerta del asco, palpé dentro tratando de no desordenar nada.

Kit apareció en la entrada y echó un vistazo rápido por la ventana del cuarto.

–Seis minutos –dijo–. ¿Has visto algo?

Sacudí la cabeza.

–¿Tú has encontrado algo en la cocina?

–No. Todas sus cosas, pero nada que tuviera un nombre de chica. Es mecánico –me tendió una tarjetita blanca–. Tiene su propio negocio.

–Ponla donde estaba –dije, y me alejé–. ¿Puedes mirar en el trastero? A lo mejor escondió algo ahí –cerré el último cajón de la cómoda. Sólo me quedaba el armario.

Volví a mirar por la ventana; aún no había rastro de nada. La carretera estaba vacía. Abrí de golpe la puerta del armario e inspeccioné entre las perchas. Vaqueros, camisas de franela, una sudadera. ¿Quién era este tío? Era imposible saberlo. Me resultaba tan raro estar en su casa, invadir de esa manera su vida privada, aunque aquella vida, en lugar de privada, pareciera más bien vacía e impersonal.

El estante era demasiado alto y no podía ver lo que había encima. Levanté el brazo y tanteé por el borde. Me daba bastante asco revolver así sus cosas. Me imaginé sus ojos claros mirándome y me entraron escalofríos. Más ropa, un jersey. Y de pronto algo duro.

Me detuve. Me estiré todo lo que pude y metí los dedos al fondo del estante.

Ahí estaba. Una esquina dura, como si fuera una caja.

–¡Kit! –grité–. ¡Ven aquí! Hay una caja, pero no puedo cogerla.

Vino a la entrada, nervioso.

–¿Sí? ¿Qué es? Se acabó el tiempo. Tenemos que irnos.

–Ayúdame a bajarla.

Kit levantó el brazo sin esfuerzo y la agarró. Una caja de zapatos marrón. La puso en el colchón. Nos miramos.

–Probablemente sólo sean unos zapatos –dijo.

–Sí –me senté y levanté la tapa.

No eran zapatos.

Era un revoltijo de cosas brillantes. Al principio no tenía ningún sentido: un botón dorado, un pendiente largo tachonado de turquesa, un broche morado... Cosas pequeñas, cosas de chicas, de esas que una pierde u olvida en algún lado. Me sentía extraña hurgando entre ellas. De hecho, me sentía cada vez más extraña, como si no fueran cosas olvidadas en absoluto. Eran cosas robadas.

Robadas a propósito.

Me quedé paralizada y miré a Kit.

–¿Qué coño...? –dijo.

Dos pendientes más, sin sus pares correspondientes, que toqué y luego aparté con el dorso de la mano; un peine de madera con flores pintadas...

–Éste se parece a lo que aquella camarera, Elena, llevaba en el pelo, ¿verdad? – pregunté muy bajito.

Kit frunció el ceño y me lo quitó.

–La verdad es que sí –dijo.

Sentí como si hubiéramos encontrado la cueva de un animal, un nido secreto con huesos y pelaje esparcidos por el suelo; vestigios de otras vidas.

Entonces lo vi. Un diminuto zapato de plata cubierto de destellos rojizos.

Lo cogí y lo miré fijamente. Colgaba de un eslabón roto.

–Mierda –dijo Kit.

Lo solté como si estuviera ardiendo. El amuleto tintineó al caer y chocó contra un pendiente.

–Es suyo –susurré.

–Puede que no –dijo Kit.

–¡Kit, es suyo! Es de su pulsera. ¿Te acuerdas de los otros amuletos? Sus eslabones eran igualitos a éste.

Asintió con la cabeza despacio y revolvió con la mano en el batiburrillo de la caja. Cogió un frasquito de plástico.

–¿Qué es esto?

Era un frasco de medicinas sin nombre lleno hasta la mitad de pastillas de color blanco rosáceo. Se lo quité y desenrosqué la tapa.

–¿Aspirina? –pregunté.

Asintió con la cabeza.

–Tenemos que salir de aquí.

Me cogió la mano.

–Luce, no deberíamos estar tocando sus cosas. Si este tío es un perverso, quiero decir, si les hizo algo a esas chicas y fue así como consiguió sus cosas... bueno, esto debe de ser una prueba o algo. Y ahora nuestras huellas están por todas partes.

Me solté, volqué una pastilla en la palma de mi mano y me la metí en el bolsillo de los vaqueros.

–Ya lo sé. Tienes razón. Pero podemos llevar esto a la policía. Puede que sea cocaína.

Kit se me quedó mirando.

–¿Crees que eso es cocaína? ¿Una pastilla?

–Bueno, entonces será otra cosa. Algo ilegal –volví a mirar la caja–. Es él, Kit, lo sé. Le hizo algo a esa chica. Tenemos que llamar a la policía. Cuando vean el amuleto sabrán...

Y entonces me callé. La policía no sabía nada de la pulsera de la suerte. No lo sabían porque yo se la había quitado a la chica antes de que pudieran verla.

El amuleto no significaría nada para la policía.

Me volví hacia Kit.

–La pulsera –dije–. No saben nada de la pulsera.

Me miró fijamente y me quitó el frasco y la tapa de las manos.

–Oh, Dios mío –dije.

–Luce –cuando levanté la cabeza me estaba mirando con una expresión en los ojos que no reconocí.

–Todo saldrá bien –dijo–. Pero ahora nos tenemos que ir.

Me puse de pie al lado de la cama, aturdida, incapaz de asentir.

Kit enroscó de nuevo la tapa, limpió el frasco con su camiseta y lo metió en la caja. Luego tapó la caja y la volvió a dejar en el estante, colocando el montón de ropa por encima para cubrirla.

–¿Está bien? ¿Estaba así antes?

Sabía que necesitaba que le contestara. Respiré hondo.

–Sí.

–Vamos, Luce. Tenemos que irnos de aquí.

Me apartó de la cama. No había tiempo que perder. Estaba bien tener cosas que hacer. Nos movimos con rapidez por la casa, asegurándonos de que todo estuviera igual que cuando entramos. Dejé que Kit saliera por la puerta principal y le eché el cerrojo, luego volví al baño y trepé por la ventana. Cuando conseguí salir a duras penas, jadeando y dolorida por la presión en las costillas, me puse en cuclillas sobre el depósito de propano. Dejé la ventana como estaba antes y volví a colocar la mosquitera. Kit dobló la esquina de la casa.

–¿Por qué tardas tanto? ¡Venga!

–Vale, voy –respondí.

Corrimos por el jardín, entramos atropelladamente en el coche y salimos a toda prisa del allí. La nube de polvo que levantamos nos impedía ver la casa.

Aceleramos en el camino de tierra hasta llegar a la carretera principal.

–Más vale que no nos topemos con él aquí –dijo Kit–. O sea, ese tío es un freak. Y conoce nuestro coche.

Me giré para mirarle de frente.

–Kit, ¿qué vamos a hacer? El amuleto es lo único que demuestra que estuvo con ella. Demuestra que la dejó allí.

Kit sacudió la cabeza.

–No sin la pulsera.

–Pero ¿qué podemos...? ¿Cómo podemos explicárselo a la policía?

–No sé.

Entramos de sopetón en la autopista y volvimos por donde habíamos venido. Miré por la ventana. Pensé en cómo la habría dejado él ahí tirada, en medio de aquella inmensidad, sabiendo que nadie le vería.

–No puede salirse con la suya –dije.

Kit miraba fijamente por la ventana.

–Ni siquiera sabemos lo que hizo.

–Sí que lo sabemos –repliqué–. Claro que lo sabemos. Tú viste lo que había en esa caja. Esas cosas no le pertenecen. Kit, le robó aquel amuleto a la chica, como si se tratara de una especie de souvenir morboso.

–Lo mismo que tú con su pulsera.

–¡No! –grité, profundamente herida–. No tiene nada que ver con eso.

Me lanzó una mirada.

–Escucha, no puedo pensar en eso ahora. Salgamos de aquí.

–Vale. Volveremos a Kilmore. Podemos pasar allí la noche. Sabemos que suele ir a esa cafetería.

Kit sacudió la cabeza.

–Deberíamos volver a casa de Beth y llamar a la policía.

–¿Para decirles qué? ¿Que entramos en la casa de un tío y encontramos una caja llena de bisutería que demuestra que estuvo con la chica? No lo entenderán. Kit, por favor. ¿No podemos quedarnos en Kilmore?

–¿En ese motel? ¿Para qué?

Guardé silencio.

–Eso cuesta dinero.

Me encogí de hombros.

–Nos íbamos a haber quedado en ese hotel de Albuquerque. No veo cuál es

la diferencia.

–¡Eso era de camino a Phoenix! Era parte del plan.

–Bueno, pues el plan ha cambiado. Kit, por favor. Sólo dame una oportunidad de pensar en qué deberíamos hacer.

–Sí, eso se te da genial. Siempre se te ocurren unas ideas brillantes.

Le miré fijamente la línea marcada de la mandíbula.

–Para.

Me observó en silencio.

Entonces me acordé de la pastilla. Me la saqué del bolsillo y le di la vuelta en la mano. Era grande y redonda y tenía las letras PAX en un lado.

–Aquí pone P-A-X –le dije a Kit, tendiéndosela para que la viera–. ¿Lo has oído alguna vez?

Le echó un vistazo a la pastilla pero no dijo nada.

–¿Eh? ¿Sí o no?

–Es E –dijo finalmente, sin apartar los ojos de la carretera.

–¿E?

–Éxtasis.

–Ah –sabía algo del éxtasis por la charla de concienciación sobre drogas en el curso de orientación de tercero–. Pero eso es como una droga para irse de fiesta, ¿no?

–Sí.

–¿Por qué querría un frasco de eso? –no lo entendía.

Kit se quedó callado un momento.

–¿La señora Corell no os habló de eso?

La señora Corell era la profesora de Educación para la salud. Todo el mundo se reía de ella cuando nos daba aquellas charlas monótonas sobre sexo, alcohol y drogas que, aunque parezca mentira, estaban llenas de instrucciones precisas para que los alumnos de Westview arruinaran su vida de mil formas diferentes.

–Supongo que sí –dije–. Pero se me ha olvidado. ¿Qué es lo que provoca?

–Es una droga para follar –dijo Kit rotundamente.

Me quedé mirándole.

–¿Estás diciendo que es una especie de violación?

Se encogió de hombros y dijo muy serio:

–Quizá.

–Así que toda esa bisutería de la caja... Wicker debe de haber... –me detuve y pensé en la chica. Y en las otras chicas–. ¿Puede matarte?

Negó con la cabeza.

–No creo.

–Pero Kit, le pasó algo en el corazón, ¿te acuerdas? Beth dijo que tenía

cardiopatía congénita. ¿Crees que le dio la pastilla y eso le provocó el ataque al corazón?

–No lo sé.

Me estremecí y me froté los brazos.

–Kit, si le dio esa pastilla y la mató... es un asesinato.

Kit no dijo nada; se quedó mirando la larga franja gris de la carretera.

Llegamos a Kilmore a media tarde. Kit aparcó en el motel del cactus de neón, la Posada del Desierto. El aparcamiento estaba prácticamente vacío, sólo había una furgoneta y un monovolumen. Cuando entramos en el pequeño vestíbulo, un chico con pinta de aburrido no mucho mayor que nosotros dijo:

–¿Sí? ¿Puedo ayudaros en algo?

–Necesitamos una habitación –dijo Kit–, sólo para una noche.

–Dos camas –añadí rápidamente.

El chico se rascó el cuello, cogió una llave del estante que había a su espalda y la deslizó por el mostrador.

–Aquí tenéis. Da a la piscina. ¿Tenéis una tarjeta de crédito?

La piscina resultó ser un pequeño rectángulo azul turquesa cercado por una valla metálica, con un trampolín estrecho en un extremo y tumbonas de plástico rayadas desperdigadas por el bordillo. Kit le echó el ojo cuando pasamos por delante.

–Podríamos nadar –dijo.

–¿Ahora? –lo miré asombrada.

–¿Por qué no? Hace bastante calor –se detuvo enfrente de una puerta azul metálica y metió la llave en la cerradura.

Cuando vi la habitación estrecha y fea me entraron escalofríos. Tenía dos camas de matrimonio, una moqueta color canela salpicada de manchas y una mesilla de noche de madera contrachapada con una lámpara. Las colchas y cortinas eran muy cutres. Un gran cuadro de montañas de colores chillones, como naranja y morado, colgaba de una pared.

–Dios mío –dijo Kit–. Entonces ¿quieres nadar?

–Quiero pensar en lo que deberíamos hacer. Quiero hablar.

Asintió con la cabeza y miró a su alrededor.

–Podemos hablar en la piscina.

Suspiré. La habitación era deprimente y de repente me entraron ganas de nadar, de hacer algo normal y espontáneo para variar.

–Vale.

Habíamos llevado bañadores porque el complejo de apartamentos donde vivía mi padre en Phoenix tenía piscina. Me llevé la mochila al baño y cerré la puerta. Me quité las chanclas y me quedé de pie nerviosa en las baldosas frías

hasta que oí a Kit andar por la habitación y hurgar en su bolsa. Me quedé mirando mi cara en el espejo que había sobre el lavabo. Parecía otra persona bajo esa luz tan fuerte y fluorescente. Mi cara era angulosa y seria, estaba marcada por las sombras y tenía muchas ojeras. Hacía varios días que no dormía bien. Me desnudé y me puse el bañador. Luego me enrollé la fina toalla de baño blanca en la cintura y le hice un nudo.

Cuando abrí la puerta, Kit estaba sentado al borde de la cama con el bañador puesto. Se me quedó mirando mientras caminaba por la habitación. Me apreté más la toalla.

–Para ya –dije.

–Ay, tranquilízate.

Éramos los únicos en la piscina. El suelo de cemento blanco que la bordeaba ardía bajo el sol y me quemaba los pies. Yo estaba en el bordillo, sin decidirme a entrar. Entonces Kit me adelantó corriendo, se impulsó de lado en el aire y se tiró de cabeza. En el fondo me habría gustado que pareciera torpe, pero se zambulló de manera suave y elegante. Su cuerpo sabía perfectamente qué hacer.

El chapuzón me salpicó y salté hacia atrás. Kit salió a la superficie, sacudiéndose el pelo de la cara y riéndose.

–¡Yuju! ¡Vamos, entra!

Probé el agua con el pie y sentí que los dedos se me agarrotaban.

–¡Está helada!

–¡Qué va, está muy buena! Tírate.

Me agaché en el bordillo y me incliné hacia el agua. Moje los dedos. Pensé en la chica, en cómo la lluvia le caía por la cara.

–Kit, ¿qué pasa si ese tío...?

Kit sacudió la cabeza firmemente, nadando hacia mí.

–No lo pienses. Vamos a olvidarnos de eso un rato, anda.

No podemos, me habría gustado decir. Una chica había muerto y nosotros habíamos encontrado al tipo que le había hecho algo. Pero miré la cara reluciente y mojada de Kit y su expresión optimista. Yo también estaba cansada del tema, abrumada.

–Tírate –repitió.

Sacudí la cabeza.

–No sé tirarme.

Me miró asombrado.

–Me estás vacilando.

–No, en serio que no. No nado muy bien.

–Entonces salta.

Suspiré y solté la toalla en el suelo de cemento. Respiré hondo y salté.

El torrente de agua fría me golpeó como una bofetada y casi se me para el

corazón. Toqué el fondo con los pies y me impulsé hacia la superficie. El cloro me quemaba los ojos.

–¡Ay! –exclamé–. ¡Está muy fría!

–Muévete –Kit nadaba a mi lado y sonreía–. Entrarás en calor.

Estaba tiritando. Fui pataleando hacia un lado de la piscina.

–¿Qué es eso de que no sabes tirarte de cabeza?

–Nadie me enseñó. Mis padres no nadan mucho.

–Jamie nada bien.

–Sí, Jamie hace casi todo bien.

Kit se mantenía a flote cerca de mí.

–¿Y eso te molesta?

–No –sacudí bruscamente la cabeza–. Me gusta que se le dé bien hacer cosas. A mí también se me dan bien algunas.

–¿Por ejemplo?

Le miré con el ceño fruncido, porque justo en ese momento no se me ocurría nada que decir.

–Bueno... dibujar –dije por fin.

Kit se me acercó nadando: movía hábilmente las manos en el agua y sus brazadas iban dejando tras él una hermosa estela de ondas turquesas.

–Sí, dibujar. Se te da bien dibujar.

Me puse nerviosa y sentí cómo una ola de calor me invadía, como si me estuviera ruborizando por dentro.

–Y algo más –dijo. Su cara estaba tan cerca que podía ver las gotitas de agua reluciendo bajo el sol en sus cejas y pestañas.

–¿Qué?

Me sonrió.

Se me aceleró el pulso. Recordé la sensación de su boca, su sabor. Retrocedí para que aumentara la distancia entre nosotros.

–No tan bien como a Lara –dije, tratando de sonar fría.

Pero Kit sonrió abiertamente.

–Bueno, ya, Lara. Tiene mucha más experiencia. Pero con un poco de práctica te pondrás a su altura.

Se deslizó hacia mí. De pronto me vi pegada a la pared de la piscina. Kit estaba tan cerca que puso los brazos a ambos lados de mi cuerpo y apoyó las manos en el bordillo.

–Kit –dije.

–¿Qué?

–No.

–¿Por qué? –me puso la mano en la mejilla y me pasó los dedos por el pelo mojado, acercando mi cara a la suya.

Empecé a decir algo, ya ni me acuerdo, y entonces pegó su boca a la mía, ácida por el cloro, pero suave o incluso lenta. Me pasó un brazo por la espalda y me atrajo fuertemente hacia él, hacia el muro duro y húmedo de su pecho. No lo pude evitar. Le rodeé la nuca, lo estreché entre mis brazos y le besé, absorbiéndolo, tocándole los hombros. Sus labios se movían por mis mejillas.

–Luce, respira hondo.

Y luego volvió a pegar su boca a la mía y nos deslizamos con un zumbido bajo la superficie. El agua estaba por todas partes, fría y en calma, en un denso silencio submarino que me llenaba los oídos, agitaba mi pelo y nos envolvía en una burbuja muda. Era como si estuviéramos atrapados dentro de una de esas esferas de nieve de plástico, suspendidos en un lugar sin ver ni oír nada, con la tormenta arremolinándose alrededor de nosotros.

Lo único que sentía era su boca contra la mía. Entonces Kit nos impulsó hacia la superficie. Cuando sentí el aire cálido en la cara, estaba mareada y sin aliento. Me aparté de él.

–¿Qué estás haciendo? –dije jadeando.

–Besarte debajo del agua –contestó con una amplia sonrisa–. Un truco de chicas.

Me quedé mirándole. Sentí que me ponía colorada y la vergüenza se apoderaba de mí. Claro, eso era lo único que era: un truco de chicas. Las bromitas y cumplidos, la forma en que me tocaba el pelo o me frotaba la nuca. Pensé en Wicker y en la chica. ¿Qué truco habría usado él para que entrara en su camioneta?

–Bueno, basta ya. No me gusta –dije–. Guárdatelo para Lara –crucé la piscina nadando y sentí cómo me miraba.

Nadó hacia mí lentamente, estirándose y dando vueltas en el agua.

–Creía que te gustaba. ¿Y por qué estás tan obsesionada con Lara?

–Porque es tu novia, imbécil –le lancé una mirada rápida e insegura–. A menos que quieras romper con ella.

Resopló.

–¿Romper con ella? ¿Por qué iba a hacer eso? Vamos juntos al baile del colegio dentro de un mes.

Claro. Me subí al borde de la piscina y me acurruqué.

Se me acercó nadando.

–¿Qué te pasa?

No podía mirarle.

–No lo entiendo. ¿Por qué estás... por qué estás haciendo esto conmigo? ¿Qué diría Lara si lo supiera?

Kit se encogió de hombros. Se mantenía a flote a unos centímetros de distancia.

–No lo sabe. Y de todas formas no tiene importancia.

Se me encogió el estómago.

–Para ti nada tiene importancia.

–Bueno, joder, Luce. Para ti *todo* tiene importancia.

Nos fulminamos con la mirada.

–No todo –dije finalmente–. Pero esto... o sea, es como... es como si me estuvieras utilizando.

Le brillaron los ojos. Nadó hasta el bordillo y puso la mano en el suelo donde estaba mi tobillo.

–¿Es eso lo que piensas? –dijo con brusquedad.

Asentí con la cabeza mirándome las rodillas.

–Oye, no fue idea mía ir a Kilmore. No fue idea mía registrarle la casa a un perverso. ¡No fue idea mía pagar por una habitación en este puto motel! Si alguien está siendo utilizado, soy yo.

Me alejé rápidamente de él.

–Eso no es verdad.

–¿No? Piénsalo.

Salió de la piscina dándose un impulso y salpicando mucha agua fuera y corrió delante de mí hacia el trampolín. Saltó con fuerza y se tiró al agua hábilmente. Cuando salió a la superficie justo enfrente de mí se echó el pelo para atrás y se quedó mirándome.

–¿Y ahora qué? –dijo.

No contesté.

–Ah, vale. ¿Otra vez me vas a dejar de hablar?

Sacudí la cabeza para escurrirle el agua a mi pelo largo y oscuro.

–Escucha, no puedo volver a hacer esto. Si lo hubiera sabido no se me habría ocurrido hacerlo... –me detuve, avergonzada.

–Luce –dijo con una dulzura que no me esperaba. Cuando alcé la vista me estaba mirando con sus ojos verdes y dorados por el sol–. ¿En serio pensabas que no estaba saliendo con nadie?

No respondí.

–Luce, estás en tercero. ¿De verdad crees que tú y yo...?

–No –dije enseguida–. Para. Vamos a dejar el tema de una vez.

Suspiró y se separó de la pared. Nadó hacia la inestable escalera metálica que había al lado del trampolín. Lo vi subir. Tenía los hombros llenos de pecas por el sol.

Vio que le miraba y de pronto sonrió, una sonrisa triste que parecía pedir perdón y perdonar a la vez.

–Vale, olvidémoslo.

Lo observé poco convencida.

–No te enfades –dijo–. No volveré a intentar nada, te lo prometo.

Me froté los brazos con la toalla. Me sentía vacía.

–Vale.

–No te seques todavía. Te voy a enseñar a tirarte de cabeza.

Sacudí la cabeza.

–Ni de coña.

–¡Anda, venga!

–No.

–¿Por qué no?

–Soy muy mala. No sé colocarme para tirarme.

–No puedes ser tan mala.

–Lo soy. Créeme.

–Inténtalo.

Suspiré y fui hacia el trampolín, consciente de que él me estaba mirando todo el tiempo.

–Mira cómo lo hago yo –dijo.

Saltó dos veces al final del trampolín, haciendo ese grave ruido de muelles lleno de expectativas y promesas. Luego dibujó un arco en el aire y cayó en picado al agua sin apenas salpicar.

Meneó la cabeza en la superficie y sonrió.

–Vale –dije–. Para que lo sepas, cuando yo me tire no se parecerá en nada a eso.

–A ver.

Me subí al trampolín y caminé despacio hasta el final. Junté las manos delante de mí, presioné la cara entre los brazos y salté al agua, intentando girar el cuerpo en el aire para que la cabeza entrara antes. Pero no lo conseguí. Caí contra el agua con un golpe seco.

–¡Ayyy! ¡Ayyy! –chillé–. ¿Lo ves? Te lo dije. Ay, me muero de dolor.

Kit se estaba riendo.

–¡Qué mal! –dijo–. Ay, Dios mío, tenías razón. Eres malísima.

–Gracias.

–No pasa nada, te enseñaré –vino nadando hacia mí.

–No puedes enseñarme. Es lo que trato de decirte. Soy negada.

–No a tirarte de cabeza normal. Te enseñaré formas más chulas.

–¿De qué estás hablando? Si no me puedo tirar normal, no voy a ser capaz de hacer algo más complicado.

–Seguro que sí. Mira –nadó hacia el bordillo de la piscina, salió del agua, pasó por delante de mí y fue hacia el trampolín.

–¡Bomba! –gritó. Saltó con fuerza y se lanzó al aire. Se agarró las rodillas, metió la cabeza dentro y al aterrizar salpicó un montón y me empapó de agua.

Cuando salió de golpe a la superficie me reí de él.

–Eso lo hace cualquiera.

–¡Qué va! –dijo, fingiendo estar serio–. Tiene su aquél. Inténtalo.

Corrí hacia el fondo del trampolín y pegué un buen salto sobre la piscina. Me agarré firmemente las rodillas y presioné mi frente contra ellas. Durante un rato me quedé suspendida en el aire cálido y limpio. Luego caí en picado al agua.

Cuando salí, riéndome y resoplando, Kit ya estaba fuera del agua.

–¡De pez martillo! –gritó. Corrió hacia el fondo del trampolín y se tiró al agua enrollado como una pelota, metiendo la cabeza primero. Salió con fuerza a la superficie.

–¡Uhhh! –gritó.

Y así pasamos la tarde. No nos tiramos de cabeza, saltamos. Había algunos saltos que recordaba de cuando era pequeña en la piscina municipal: de palillo, de plancha, de tornillo... Pero Kit conocía docenas. Mi favorito era el salto mortal, una especie de bomba al revés agarrando los tobillos con las manos.

Por fin, después de un momento que pareció durar horas, salí de la piscina, me tumbé en la toalla y miré el cielo despejado con los ojos entrecerrados.

–Ya no puedo más –dije riéndome–. Me duele la tripa.

–¿Ves? –dijo Kit, y se tumbó a mi lado–. Sí que puedes tirarte de cabeza.

Me agarré el estómago.

–Ay, ay, ay –gemí–. Eso no es tirarse de cabeza. Cualquiera sabe hacerlo.

–Eh, tienes una técnica genial para hacer el salto mortal.

Le eché un vistazo, protegiéndome los ojos del sol.

–Sí, bueno... Tuve un buen profesor.

Me sonrió y yo me aparté.

–¿Y a ti quién te enseñó todo eso? –pregunté.

Se quedó callado un momento.

–Mi padre.

–¿En serio?

–Sí. No nada muy bien, pero le encanta el agua. Siempre está presumiendo.

Pensé en el padre de Kit, entrando de extranjeris en bares con otras mujeres y haciendo que Kit se metiera en un lío con su madre. No parecía el tipo de persona que le enseñara a su hijo veinte formas diferentes de tirarse al agua. Le lancé una mirada. No se puede saber cómo es la gente de verdad por dentro.

Nos quedamos ahí tumbados con el sol dándonos en la cara. A lo lejos se oía el zumbido débil y esporádico de los coches al pasar por la autopista. Me pregunté dónde estaría ahora la camioneta azul.

–Tengo una idea –dije.

Estábamos tumbados en las camas de la habitación del motel. Afuera era casi de noche. Kit había comprado dos refrescos en la máquina de la piscina y sostenía uno en su frente –decía que le dolía la cabeza por el cloro–, mientras yo jugaba con la mía haciéndola rodar por la colcha.

–No vas a poder abrirla si haces eso –dijo–. Va a explotar.

–Ya lo sé, pero escucha –contesté–. La pulsera. ¿Qué pasa si la policía la encontrara en algún lado?

–¿Qué quieres decir?

Estiré la mano para alcanzar la correa de mi mochila, tiré de ella hacia la cama y palpé dentro. Saqué la pulsera para que Kit la viera y la hice oscilar entre mis dedos.

–¿Qué pasa si la policía la encontrara entre las cosas de Wicker?

–¿Eh?

–Si por lo que sea la encuentran entre sus cosas y luego registran su casa y encuentran el amuleto... bueno... lo conectarían, ¿no?

–Estás chiflada –dijo Kit.

–No, en serio, piénsalo.

–No lo tengo que pensar. No tiene sentido. Para la policía, la pulsera no tiene nada que ver con la chica.

–Pero si la encontraran en casa de Wicker...

–Luce, que encuentren la pulsera en su casa o en una puta cuneta no va a cambiar nada.

Suspiré y me froté la frente.

–Bueno, ¿tú qué crees que deberíamos hacer?

–La verdad es que no lo sé. Pero tengo hambre. Vamos a ver si la cafetería sigue abierta.

Había una hilera de coches y camiones a un lado del aparcamiento. Al cruzar la autopista, Kit se paró en seco.

–Mierda –dijo.

–¿Qué?

–Mira –señaló.

Di un grito ahogado. La camioneta azul.

–¿Qué está haciendo aquí?

–Quién sabe. Quizá esté aquí a todas horas. Esta vez aléjate de él, ¿vale?

Kit siguió adelante pero yo me quedé donde estaba, mordiéndome el labio.

–Me he olvidado el refresco –dije.

Kit se giró hacia mí.

–¿Y? Puedes pedir otro.

–No, es tirar el dinero. Voy un segundo a por él.

–¿Vas a volver a por tu refresco? –me miro incrédulo.

–Sí, dame la llave de la habitación –le tendí la mano.

Frunció el ceño.

–Date prisa –dijo lanzándomela–. Tengo hambre.

Atravesé la calle deprisa hasta llegar al motel y fui hacia nuestra habitación. La cabeza me iba a mil. La camioneta. Podía meter la pulsera en la camioneta. La chica había estado allí dentro, de eso no cabía duda. Debía de haber alguna prueba de ello. Y si la policía encontraba la pulsera dentro, ésa sería su primera pista.

Abrí la puerta de un empujón, saqué la pulsera de mi mochila y me la metí en el bolsillo. Casi me olvido de la lata de refresco, pero la cogí en el último momento.

Estaba de pie en el oscuro aparcamiento y el corazón me latía con fuerza. Veía a gente por las ventanas de la cafetería: una camarera inclinándose en una mesa, un hombre echando la cabeza para atrás y riéndose... pero no vi a Kit. Ni a Wicker. Fuera no había ni rastro de ninguno de los dos. La camioneta azul estaba mal aparcada y ligeramente separada del resto de coches y de los dos grandes camiones. ¿Qué pasaba si estaba cerrada con llave? La otra vez no lo estaba.

Caminé hacia ella con paso firme, sin despegar los ojos de la entrada de la cafetería. Seguía cerrada. Con una mano intenté abrir cautelosamente la puerta del copiloto. La manilla cedió y la puerta se abrió. La luz del techo de la cabina se encendió y alargué rápidamente la mano para apagarla. Puse la lata de refresco en el suelo y con mucho cuidado, temblorosa, me saqué la pulsera del bolsillo. Me agaché al lado del reposapiés del asiento del copiloto y vacilé. Si la escondiese entre los desperdicios de botellas y envoltorios podría darse cuenta. O aún peor, recogerla con el resto de basura y tirarla por error.

No dejaba de observar la cafetería. ¿Debería ponerla entre los asientos? ¿Debajo de un asiento? Con cuidado, estiré mi mano izquierda debajo del asiento del copiloto y pasé los dedos por un revoltijo de cosas: más papel, una botella, el asa de algún objeto... Me puse de pie despacio y sostuve la pulsera en la palma de la mano. Volví a mirar los amuletos: el reloj de arena, el cofre del tesoro, la herradura, el corazón... Pensé en lo fácil que había sido desabrocharla y deslizarla discretamente bajo el brazo de la chica. Era lo único que quedaba de aquella noche. Al cabo de un rato la metí debajo del asiento, al fondo, en aquella oscuridad afilada y enmarañada.

Miré otra vez la entrada de la cafetería. No había ni rastro de nadie. Volví a encender la luz del techo y cerré con cuidado la puerta de la camioneta, dándole un golpecito con la cadera hasta que hizo clic. Entonces, cuando me estaba dando la vuelta, me tropecé con la lata de refresco, que repiqueteó en el suelo montando un gran estruendo que en aquel silencio pareció resonar y amplificarse. La busqué desesperada en la oscuridad durante un minuto. Entonces sentí que tocaba algo frío y la agarré fuertemente contra mi pecho. Crucé el aparcamiento y entré en la cafetería.

Kit estaba sentado en un reservado bajo una de las ventanas y hablaba por el

móvil. Sonreía y noté como su voz se cargaba y hacía pausas largas y persuasivas. Era Lara. Obviamente. Alzó la mirada cuando llegué. Sus ojos me retaban.

–Claro –estaba diciendo–. Tienes razón. Perdona por lo de antes. Sí, bueno, nadie me llama así, no sé por qué lo dijo –me hizo un gesto–. Mañana hablamos –su voz se suavizó–. Tú también. Adiós.

Me deslicé en el banco y puse la lata de refresco entre nosotros sin decir nada.

–¿Por qué has tardado tanto? –dijo Kit haciendo un gesto con la cabeza hacia el bar.

Vi a Wicker sentado al fondo, encorvado sobre un plato de comida. Era un tipo del montón vestido de forma anodina, con unos vaqueros y una camisa de franela. Me miró un instante con sus ojos claros y enseguida apartó la mirada.

–¿Dónde estabas? –repitió Kit–. Yo ya he pedido.

Me detuve.

–No podía abrir la puerta de la habitación –contesté. Le iba a contar lo de la pulsera pero no en ese momento, no mientras Wicker nos observaba.

Frunció el ceño.

–¿Qué hiciste? ¿Pediste otra llave?

–No –farfullé–. Al final conseguí abrirla –cogí la carta y fingí leerla–. ¿Qué has pedido?

–Una hamburguesa y patatas fritas.

La mujer mayor, la misma que nos había atendido aquella mañana, se acercó a nuestra mesa. Pedí una hamburguesa y un batido. Ella lo anotó rápidamente en su cuaderno mientras nos miraba con curiosidad pero en silencio.

–Pensé que querías tu refresco.

Miré la lata.

–He cambiado de opinión –me eché hacia delante y bajé la voz–. ¿Qué está haciendo?

Kit se inclinó tanto hacia mí que pude sentir su aliento en mi cara.

–Comer –susurró.

–¡Venga, en serio!

–Bueno, ¿qué crees que está haciendo? Está cenando. Algo bastante sospechoso. Quiero decir, ¿qué cree que es esto, un restaurante?

–Para.

Se reclinó en su asiento con una sonrisa socarrona.

Cuando llegó la comida, nos la comimos en silencio. La camarera arrancó la cuenta de su bloc y la dejó en la mesa. Quería observar a Wicker, pero sentía que me miraba fijamente y me daban escalofríos.

–¿Nos está mirando? –pregunté a Kit.

Kit le echó un vistazo y frunció un poco el ceño.

–Sí, pero no a nosotros. A ti.

Agarré el vaso frío de batido con las dos manos y me acurruqué en la esquina del banco.

–Avísame cuando se vaya.

–Se está yendo ahora mismo. Acaba de pagar. Vale, no te pongas nerviosa, pero viene hacia aquí.

Me puse tensa, pero antes de que pudiera reaccionar Wicker estaba de pie junto a nuestra mesa, mirándome. Sus ojos revoloteaban por mi cara. Seguían igual que antes: apagados, sin vida, fríos como el metal. Tragué saliva.

–No sois de por aquí, ¿verdad? –preguntó.

–No –dije con voz chillona e insegura.

–Entonces, ¿'ande sois?

Vacilé.

–De Kansas.

Se rió con una breve carcajada gangosa y vi cómo su nuez se movía bruscamente dejando al descubierto por un segundo la parte sin curtir de su pecho sobre el cuello de su camisa.

–¡Kansas! ¿Y qué hacéis aquí?

–Sólo estamos de paso –dijo Kit–. Vamos a Arizona.

–Ajá –seguía mirándome y yo no podía apartar los ojos–. Tened cuidado. Este lugar no es como Kansas.

Asentí con la cabeza en silencio. Y entonces, igual de rápido que había venido, se fue. La puerta de la cafetería se cerró de golpe tras él y por la ventana vimos cómo vagaba por el oscuro aparcamiento hacia su camioneta, con los hombros encorvados y la cabeza gacha.

Dejé mi batido en la mesa, incapaz de beberme el resto.

–Puse la pulsera en su camioneta.

Kit me miró fijamente.

–¿Qué?

–Que la puse en su camioneta, debajo del asiento delantero –dije.

–Estás de coña.

–Escucha, Kit. Probaré que ella estuvo allí. Podemos llamar a la policía y...

–¿Qué quieres decir con que...? Espera. ¿Es eso lo que estabas haciendo? ¿Coger la pulsera?

–Sí. La puse en su camioneta. Kit, si no hacemos nada nadie lo sabrá nunca. Jamás pillarán a este tío. ¡Y no es sólo esta chica! Hubo otras. Ya viste lo que había en esa caja. Y tú mismo dijiste que alguien como Elena no puede ir a la policía. La pulsera demostrará que la chica estuvo en su camioneta.

–¿Pero qué coño crees que haces? –Kit se apartó violentamente de la mesa y la golpeó con fuerza–. Escúchame: eso no demuestra nada.

–Pero...

–No dejo de repetírtelo: ¡La policía no sabe que la pulsera pertenece a la chica! Para que ese amuleto signifique algo se lo tendrían que haber encontrado a *ella*, no a él. ¿Es que no lo entiendes?

–Pero...

–Además, no sabes si esa chica estuvo alguna vez en la camioneta de Wicker. No lo sabes.

–¡Sí que estuvo, Kit! Lo sé.

–Mira, puedes pensarlo, pero no depende de ti. No puedes decidir que el tío es culpable y colocar una prueba en su camioneta. O sea, ¿quién te crees que eres, el maldito juez y parte?

Me fulminó con la mirada.

–Pero...

–¿Pero qué? No puedes inventarte todo esto sobre la marcha.

Me achiqué.

–Quería arreglarlo –dije desconsolada–. Es que... no puedo soportar que se libre después de lo que ha hecho.

–¿Que se libre de qué? ¡Ni siquiera sabemos si hizo algo! –Kit se sacó la cartera de los vaqueros y tiró un billete de veinte dólares a la mesa–. Mierda –dijo, y se levantó.

–Espera –le supliqué.

Cogió la lata de refresco y la estampó contra el borde de la mesa agarrándola con fuerza.

–Ahora no tenemos nada. Ni siquiera les podemos enseñar la pulsera a los polis y contarles lo que pasó. Ya nunca la encontrarán. No tienen ninguna razón para registrar la camioneta de ese tipo. Y aunque la tuvieran, la pulsera podría ser de cualquier persona: de su novia, de su hija, de cualquiera.

Tuve un ataque de vergüenza.

–Tienes razón –dije.

–Sí, a buenas horas me lo dices.

Se dio la vuelta y fue hacia la puerta dando grandes zancadas. Yo me levanté del banco y le seguí.

–Kit, espera –corrí tras él y le agarré de la manga.

–No –dijo–. Vuelve al motel. Tienes la llave.

–¿Qué vas a hacer?

–¿Tú qué crees? Recuperar la pulsera.

–¿Pero cómo?

Sin apenas mirarme, se soltó y fue hacia la carretera.

–Sé dónde vive.

–Voy contigo.

–No.

–Pero no sabes dónde la he escondido.

–Debajo del asiento. La encontraré.

–Kit –le rodeé el brazo con los dedos–. Lo siento –dije–. Lo siento mucho, en serio. Déjame ir contigo.

Se sacudió y siguió andando. Corrí tras él.

–Necesitas que alguien vaya con el mapa.

–No. Sé cómo llegar.

–Kit, por favor.

Estábamos de pie al fondo del aparcamiento, separados del motel por un camino pavimentado. El cactus de neón parpadeaba insistentemente sobre nosotros, lleno de brillantes y falsas promesas. Kit me miró con cara de enfado.

Pero luego se encogió de hombros y cuando cruzó la carretera en medio de la oscuridad yo ya estaba a su lado.

Nos costó ver la salida. Pasamos la gasolinera, una pequeña fortaleza de cemento, y seguí mirando por la ventana, tratando desesperadamente de ver algo en la noche negra. La luna era un gajo fino y tenue.

–Ahí está –dije rápidamente al ver una salida a la derecha de la carretera.

Kit giró bruscamente y la gravilla crujió bajo las ruedas.

–Más despacio –dije–. Estás armando mucho follón.

El ruido que hacía el coche en la carretera llena de baches era ensordecedor. Me miró con el rabillo del ojo.

–¿Cómo diablos vamos a poder acercarnos a su casa sin que nos oiga? –pregunté.

–Lo haremos –dijo Kit. Pero su tono de voz era severo. Subimos un montículo y de repente divisamos su casa.

Avanzábamos a paso de tortuga, pero aun así podía oír cómo crujía cada piedra.

–Nos va a oír –susurré.

–Puede que ni siquiera esté en casa –dijo Kit.

Pero cuando nos acercábamos a la entrada de su casa pude ver la camioneta. Había una luz encendida en la ventana que daba a la calle.

–Vale –dijo Kit. Salió de la carretera y paró el motor y las luces. Nos quedamos sentados en silencio en el coche mirando la casa. La luz amarilla de la ventana brillaba permanentemente en el jardín. No alcanzaba a ver a nadie en el interior.

Kit puso la mano en el tirador de la puerta.

–No –dije–. Déjame ir a mí.

–Nada de eso, espera aquí. No tardaré mucho.

–Kit, no sabes dónde mirar.

–La encontraré.

Le toqué el brazo.

–Déjame que vaya. Será más rápido.

Me miró con incredulidad y luego volvió a mirar la casa.

–Vale –dijo por fin–. Ten cuidado. Y date prisa.

Abrí la puerta lo más silenciosamente que pude y puse el pie en la carretera despacio. Todavía llevaba las chanclas, lo menos apropiado para correr. Salí sin perder de vista la casa. Cerré la puerta con cuidado sin echarle la llave y noté

cómo me temblaban las manos. Entonces empecé a cruzar el jardín hacia la sombra oscura de la camioneta.

Cuando me acerqué a la casa vi que la ventana estaba abierta. Oí el leve murmullo de la televisión, las voces intercaladas con risas enlatadas. La entrada principal estaba en calma. Mi corazón latía con fuerza y me retumbaba en los oídos.

En silencio y muy despacio fui hacia el asiento del copiloto y busqué la manilla a tientas en la oscuridad.

La casa permanecía tranquila. Abrí lentamente la puerta, que chirrió al moverse, y la luz de dentro se encendió, inundando la cabina. Presa del pánico y parpadeando ante el súbito resplandor, subí con gran esfuerzo al asiento y la apagué de golpe. Me quedé ahí agachada, inmóvil, con los ojos pegados a la casa. Pero las voces de la televisión seguían sonando y nadie se acercó a la ventana.

«Vale», pensé, «deprisa, deprisa, deprisa». Metí la mano debajo del asiento y tanteé el suelo. Los papeles se estrujaron cuando pasé mi mano nerviosa por encima. Palpé de nuevo la misma asa dura de antes y la empujé hacia un lado. ¿Dónde estaba la pulsera? Alargué más la mano, inclinándome hacia el reposapiés hasta que casi todo mi brazo estuvo bajo el asiento. Sabía que tenía que estar en ese lado. Pero quizá mientras conducía, quizá en la carretera llena de baches, había rodado y se había enredado en algún sitio. Estiré los dedos y pasé la mano desesperadamente entre los restos que había debajo del asiento.

Entonces toqué algo pequeño y suave. Estaba segura: era uno de los amuletos. Lo agarré con los dedos y tiré de él. De repente se soltó y la cadena se balanceó en mi mano, chocando contra mi piel.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

La voz aguda y gangosa provenía de la oscuridad justo a mi lado, y aunque salté hacia atrás y salí de la camioneta lo más deprisa que pude, no fui lo suficientemente rápida.

Estaba ahí de pie, mirándome fijamente, y su cara parecía una máscara.

No podía hablar, no podía tragar saliva, no podía respirar. Me di la vuelta para huir, pero extendió rápidamente la mano y me agarró del brazo, apretándome tan fuerte como un cepo.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó, situándose entre el asiento del copiloto y mi cuerpo y echándome un vistazo a la mano.

Traté de esconderla metiéndome los eslabones metálicos en el puño. Pero me vio. Por muy oscuro que estuviera, sentí cómo sus ojos se fijaban en ella.

—Es suya —dijo por fin. Sentí que me invadía una oleada de miedo—. ¿De dónde la has sacado?

No podía responder. Me zarandeó bruscamente, con tanta fuerza que casi me

tira al suelo. Grité y me tambaleé hacia atrás, tropezándome con los pies. Su mano seguía agarrándome del brazo.

–Dímelo –repitió–. ¿De dónde la has sacado?

Sacudí la cabeza y tragué saliva. Pero entonces me apretó el brazo tan fuerte que chillé. Acercó su cara a la mía y pude olerle, un olor acre y frío. Me encogí, atemorizada.

–¿Qué estás haciendo aquí? –dijo–. ¿Dónde está tu novio?

De pronto se agachó y metió la mano debajo del asiento del copiloto. Cuando la sacó vi que llevaba algo pequeño y fino. Algo con un asa. No lo veía al principio pero luego lo vi: un puñal.

–Por favor –dije, con una voz extraña y temblorosa que no parecía mi voz–. Por favor.

Y entonces oí un ruido, una especie de siseo cerca de nosotros. Wicker se dio la vuelta y levantó el puñal y yo traté de ver algo en la oscuridad. Algo plateado vino volando hacia nosotros.

–¡Corre, Luce! ¡Ahora! –sentí cómo unas gotas me caían encima y oí un ruido sordo, un chasquido, cuando la lata de refresco golpeó la parte izquierda de la cara de Wicker. Me soltó el brazo, tambaleándose hacia atrás.

Corrí. Atravesé a ciegas el jardín agreste, pisando la hierba seca hasta perderme en la noche. Cuando me tropecé con las chanclas me las quité y las piedras se me clavaron en los pies descalzos. Oía a Kit detrás de mí y a Wicker gruñendo y gritando:

–¡Eh!

Pero ya habíamos llegado al coche y estábamos entrando atropelladamente mientras Kit intentaba torpemente meter la llave en el contacto.

–¡Viene hacia aquí! –sollocé, y vi cómo la oscuridad ocultaba y revelaba al mismo tiempo lo que había fuera.

El motor rugió, las ruedas giraron en la grava y Kit dio un volantazo. Al torcer nos salimos de la carretera, y entonces Kit aceleró y nos incorporamos a la autopista.

No me miró. Estaba inclinado en el volante sin despegar los ojos de la carretera.

–¿Nos está siguiendo? ¿Ves la camioneta?

–No –susurré–. No, aún no, pero date prisa, Kit. Corre.

La carretera desapareció tras nosotros. Ya no podía ver la casa. El coche iba dando tumbos por la superficie llana de la autopista y yo me acurruqué en la oscuridad y agarré la pulsera con la mano.

–Tenemos que llamar a alguien –susurré, casi incapaz de hablar. No dejaba de mirar atrás. No había ningún faro.

Kit asintió con la cabeza y me pasó su móvil. La pantalla azul turquesa se iluminó en la oscuridad pero no había cobertura.

–Espera a que estemos más cerca de Kilmore –dijo Kit, que seguía mirando por el espejo retrovisor. Al cabo de un rato se volvió hacia mí.

–¿Estás bien? –preguntó.

Asentí en silencio.

–Luce, ¿estás bien?

–Sí –contesté, forzando la voz para que sonara normal.

–Me tendrías que haber dejado a mí.

Asentí, pero estaba pensando en lo que me había dicho de poner la pulsera en la camioneta de Wicker y en lo de que estaba siendo juez y parte.

–Kit, cuando vio la pulsera me dijo: «Es suya»...

Kit no respondió.

–Fue él quien lo hizo.

–Sí.

Por fin el mensaje de «sin cobertura» del teléfono dejó de parpadear.

–Quiero llamar a Jamie –dije.

–Deberías llamar a la policía.

–Ya lo sé, pero primero a Jamie, ¿vale? Tienes el número de Beth, ¿no?

Kit se encogió de hombros.

–Escucha los mensajes. Tiene que estar ahí. Debe de haber miles de Jamie.

Empecé a escucharlos, pero el primero era de Lara. Me puse tensa cuando oí su voz: «Hola Kit...».

Kit debió de notar quién era porque alargó el brazo para coger el teléfono.

–Dámelo, no sabes cómo funciona. Buscaré el número –dijo en voz baja.

Marcó y me lo pasó. Unos segundos más tarde oí la voz ansiosa de Beth:

–¿Sí?

–Beth, soy Lucy. ¿Puedo hablar con Jamie?

–¡Lucy! ¿Dónde estáis? Creíamos que volveríais hace horas. ¿Qué pasa?

–Encontramos... –contuve el aliento–. Encontramos al tipo, Beth. El que la dejó ahí tirada.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea y luego su voz, perpleja e incrédula.

–¿Qué quieres decir? ¿Cómo lo sabes?

–Es una historia muy larga. ¿Puedes llamar a la policía por nosotros?

–Que les diga que vengan al motel –dijo Kit.

Le miré y asentí con la cabeza.

–¿Puedes decirles que vengan al motel Posada del Desierto de Kilmore? Ahí es donde nos estamos quedando. Y Beth... ¿puedes decirles que vengan pronto?

–Lucy –dijo Beth–. ¿Qué ha pasado?

–No puedo –dije. Me temblaba la voz–. Es demasiado. Se lo contaré a la policía. ¿Pero se puede poner Jamie?

Titubeé y después oí la voz preocupada de Jamie.

–¿Luce? ¿Dónde estáis?

–Jamie, hemos encontrado al tipo. El que la abandonó en la carretera. Creemos que la mató.

–Pero si fue un ataque al corazón –dijo Jamie.

–Ya, ya, eso es lo que creyó la policía. Pero fuimos a su casa y encontramos unas pastillas: éxtasis...

–¿Éxtasis? –dijo Jamie asombrado–. Luce, tienes que volver ya. Mamá y papá han llamado unas cinco veces hoy preguntando dónde estabas, con quién, qué está pasando.

Suspiré. Sabían lo suficiente para preocuparse.

–Llama a la policía por nosotros, ¿vale? Cuanto antes –dije finalmente.

–Vale –dijo Jamie–. Pero Luce, ¿estás bien?

–Sí –contesté. De pronto le eché de menos. No sólo a él sino a mí misma, a las personas que éramos cuatro días antes, antes de que nada de esto pasara. Pensé en cuando éramos pequeños y hacíamos todas esas locuras. Y en cómo las cosas salían siempre bien, más o menos.

Jamie suspiró.

–Jo, qué ganas tengo de que todo esto se acabe.

–Yo también –suspiré.

Colgué el teléfono y me lo puse en las rodillas. Si nos costaba tanto explicárselo a Jamie y a Beth, ¿cómo se lo íbamos a decir a la policía?

Pasada la medianoche dos coches de policía llegaron al aparcamiento del motel. Habíamos estado observando la autopista, sentados en silencio en el borde de la cama de Kit. Sentía cómo las cosas cambiaban y una realidad se convertía en otra. Me recordaba al momento en la carretera en que la vimos por primera vez. El mismo pánico creciente y la sensación de que todo estaba a punto de cambiar.

Tenía agarrada la pulsera y la deslizaba una y otra vez entre mis manos mientras miraba los pequeños amuletos. Me imaginé a la chica comprando cada

uno de ellos, eligiendo cuidadosamente la herradura para que le diera suerte, el cofre del tesoro por su asombrosa combinación de joyas... La pulsera era un testimonio íntimo de quién era en realidad.

Las luces azules de los coches de policía parpadearon en la cara de Kit con un súbito destello intermitente. Estaba muy serio, casi asustado. Llamaron a la puerta y nos sobresaltamos.

Cuando la abrí, vi al sheriff y al poli de ojos bonitos que me había interrogado la noche del accidente.

—¿Señorita Martínez? —dijo el sheriff Durrell—. Ya conoce al sargento Henderson. Tengo entendido que tiene información para nosotros.

Asentí con la cabeza y abrí más la puerta. Les tendí la pulsera.

—Yo...

Pero Kit se me acercó y me la quitó.

—Se la cogí a la chica —dijo sin mirarme siquiera. Se la dio al sheriff—. La noche del accidente. La tenía en la muñeca.

Me quedé mirándole. Se me agolparon tantos sentimientos a la vez que no sabía qué hacer. Y entonces, de repente, lo supe. Alargué la mano hacia Kit y la deslicé por su brazo hasta entrelazar mis dedos con los suyos.

—No —dije—. La cogí yo.

Kit se giró hacia mí, pero no le miré.

El sheriff nos observó. Su cara era impenetrable.

—¿Alguien me quiere explicar qué está pasando aquí?

Así que se lo contamos.

Nos sentamos al borde de la cama y les contamos lo que había ocurrido. Les hablamos de la pulsera y de mi boceto de la chica. De cuando fuimos a la cafetería y averiguamos lo de la camioneta azul. El sheriff hacía las preguntas mientras el sargento tomaba notas. La parte que pasamos por alto sin dar detalles fue la de Elena, la camarera. No queríamos que se metiera en líos. Kit se limitó a decir que le habíamos enseñado el dibujo a la gente de la cafetería y que uno de ellos había reconocido a la chica.

—¿Quién? —preguntó el sheriff duramente—. ¿Quién la identificó? ¿Le cogisteis el nombre a la persona con la que hablasteis?

—Eh... no —respondió Kit—. Era una mujer.

—¿Cómo era? —preguntó el sargento Henderson.

—La verdad es que no me acuerdo —contestó Kit—. Eso no se me da muy bien. Me miraron expectantes. Me mordí el labio.

—Era castaña.

Entonces les contamos el resto de la historia: les hablamos de cuando nos encontramos con Wicker en la carretera, cuando fuimos a su casa, cuando

encontramos la caja con el amuleto y el frasco de pastillas. Me saqué la pastilla del bolsillo y se la di al sargento, que le echó un vistazo y se la pasó al sheriff.

–Es... –titubeé.

–Ya sé lo que es –dijo el sheriff secamente. Él y el sargento se intercambiaron miradas sin decir nada.

Les conté que había puesto la pulsera en la camioneta de Wicker.

El sheriff me miró fijamente y sacudió la cabeza.

–¿Y por qué hiciste eso? –preguntó–. Señorita Martínez, ¿cómo se te ocurrió hacer una cosa así?

–No lo sé. Creí que si encontraban la pulsera en su camioneta y luego el amuleto en su casa, quizá... quizá sabrían que la chica había estado allí.

–Ya entiendo. ¿Así que colocaste las pruebas para incriminarle?

–No, no fue por eso... –dije con un hilillo de voz. Era exactamente lo que había pasado–. Por eso fuimos hasta su casa para recuperarla.

Les dije todo lo que recordaba de Wicker: sus ojos claros, su pelo canoso y erizado.

–No parece que te cueste mucho recordar cómo era *él* –comentó el sheriff.

Tragué saliva.

–Estaba asustada –dije–. Tenía un puñal. No paraba de mirarle.

El sargento levantó la vista de sus notas.

–¿Qué clase de puñal?

–No lo sé. No era muy grande, pero la hoja era larga.

–¿Cómo de larga?

Sacudí la cabeza.

–No sé, no se veía nada.

El sargento seguía escribiendo, deslizando la mano por la página.

Cuando terminamos de hablar la habitación se quedó en silencio. El sargento revisó sus notas. El sheriff nos miraba fríamente, como si estuviera juzgándonos. Le quitó el bloc al sargento y hojeó las páginas.

–Bueno –dijo.

Esperamos.

–Robo.

Me echó un vistazo.

–Mentir a un agente de la policía.

Tragué saliva.

–Allanamiento de morada.

El sheriff pasó la página.

–Posesión ilegal de una sustancia controlada.

Me miró, y yo seguí mirando al suelo.

–Que no era nuestra –dijo Kit.

–¿Tenéis idea del lío en que os habéis metido?

Ninguno de los dos dijo nada.

Agarré más fuerte la mano de Kit.

–¿Os dais cuenta de cómo afecta a la investigación esta información?

Levanté los ojos lentamente. El sheriff estaba impasible.

–Lo siento –susurré.

–¿Que lo sientes? –golpeó el bloc con tal fuerza que me asusté.

–Esa chica lleva muerta cuatro días. ¡Cuatro días! Sin identificar, puede que con una conclusión incorrecta de la causa de su muerte. Sabíais cosas, teníais información, habíais encontrado algo en el cuerpo de la víctima que podía haber cambiado eso.

Se me hizo un nudo en la garganta y sentí que estaba a punto de llorar.

–Señorita Martínez, escúcheme. Imagínese que esa chica fuera su hermana. Suponga que la encontraran muerta en alguna carretera y que la persona que la encontrara cogiera información que podría haber sido útil para identificarla y aclarar lo que le pasó. Información, de hecho, que podría aportar pruebas de un crimen.

Noté cómo Kit se movía detrás de mí y se sentaba más recto.

–Ya ha dicho que lo siente –dijo.

El sheriff le fulminó con la mirada.

–Le aconsejo que mantenga la boca cerrada, señor Kitson –dijo fríamente–. Todavía no he empezado con usted. Usted es... veamos... –revolvió las páginas–, sólo le faltan cuatro meses para ser legalmente considerado adulto. ¿Le gustaría oír cuáles son las consecuencias de estos actos para alguien mayor de dieciocho años?

Kit no dijo nada.

El sheriff gruñó.

–Ya me imaginaba que no.

Sacudió la cabeza e hizo una señal al sargento Henderson.

–De acuerdo –nos dijo–. Esperen aquí.

Los vimos volver a su coche, con la pulsera colgando de la mano del sheriff. Se sentaron justo enfrente de la ventana del motel, hablando y hojeando el cuaderno.

–Bueno –dijo Kit–. Ya me puedes soltar. Me están dando calambres en los dedos.

–Perdón –susurré.

Me sonrió levemente. No era su sonrisa habitual, pero algo es algo. Sabía que estaba tratando de que me sintiera mejor.

Parecía que había pasado una eternidad cuando volvieron a la habitación.

–Voy a acercarme a casa de ese tal Wicker –dijo el sheriff–. Veremos si tiene algo que decir. El sargento Henderson se quedará aquí con ustedes –me miró severamente–. Estará fuera en el coche patrulla. Ninguno de los dos se marchará de aquí, ¿entendido?

Asentí con la cabeza.

–Tendrán que venir a la comisaría para proseguir el interrogatorio.

Asentí de nuevo.

Cuando se marcharon, la puerta se cerró con un golpe seco.

–Joder –Kit suspiró profundamente–. Me alegro de que se haya acabado –se quitó la camiseta por encima de la cabeza con un movimiento rápido y luego se bajó los vaqueros muy deprisa. Me di la vuelta pero no pareció darse cuenta. Tiró de la colcha y se deslizó bajo las sábanas. Cerró los ojos–. Estoy muy cansado –dijo.

Me senté en el borde del colchón y jugué con el pelo enrollándomelo en los dedos. El pequeño reloj digital de la mesilla de noche marcaba la una de la madrugada.

–No creo que pueda dormir –dije.

–Pues yo sí, así que apaga la luz.

–¿Pero qué va a pasar ahora? Todo lo que dijeron sobre...

–Shhh –masculló–. Ahora no.

–Pero...

–Apaga la luz.

Lo miré con el ceño fruncido, pero estaba adormilado y respiraba lentamente. Apagué la luz y fui al baño a lavarme los dientes. Cuando salí Kit ya se había dormido, así que me puse mi camisola y entré sigilosamente en la cama, metiéndome entre las sábanas frías. Me quedé mirando el techo en la oscuridad. Pensé en todo lo que había dicho el sheriff, aquella larga lista de agravios. Estiré las sábanas hasta mi barbilla, pero cuando cerré los ojos la nada se convirtió en una especie de refugio.

Me desperté sobresaltada, temblando. Al principio no sabía dónde estaba y me agité rápidamente mirando a mi alrededor, tratando de distinguir algo que me resultara familiar en la penumbra de la habitación. Había vuelto a soñar con la chica. Esta vez, cuando se levantaba en medio de la carretera mojada, venía volando hacia mí, mirándome fijamente con sus tristes ojos oscuros. Me daba miedo lo que pudiera querer. Intentaba correr. Entonces me desperté.

Kit todavía estaba profundamente dormido, tumbado de espaldas con un brazo tendido sobre su cabeza. Temblando, salí muy despacio de la cama y avancé a tientas hacia el baño para beber un poco de agua. La luz blanca me quemó los ojos pero la dejé encendida con la puerta entreabierta, para que la habitación no estuviera tan oscura. El agua fría sabía a óxido. Me llevé un vaso a la mesilla de noche y miré el perfil sosegado de Kit.

Busqué el bloc y saqué un lápiz. Me senté en la cama con las piernas cruzadas y empecé a dibujar. Había muy poca luz para ver sus rasgos: nada marcado ni definido, sólo el contorno borroso de su cara. Tracé su pelo suelto al caerle sobre la cara suavemente, la línea de su frente y su nariz. Cuando llegué a los ojos, me esmeré en dibujar las pestañas muy despacio, como si fuera importante plasmarlas todas. Las caras parecen diferentes al dormir. Se tornan más auténticas, se relajan como cuando eran inocentes, sin ninguna de las capas con las que la gente se enmascara cuando está despierta.

Dormido, Kit podría haber sido un santo o un ángel. Su cara estaba llena de hermosas líneas y curvas. No se movió en todo el tiempo que le estuve dibujando, ni siquiera con el fuerte resplandor de luz que provenía del baño. Cuando terminé me sabía su cara de memoria.

Me desperté tan tarde que cuando abrí los ojos la habitación estaba llena de luz y el teléfono sonaba furiosamente. La cama de Kit estaba vacía y pude oír el característico sonido de la ducha al otro lado de la pared. Me quité el pelo de la cara y busqué a tientas el teléfono.

—¿Sí?

—¿Señorita Martínez?

Me incorporé en la cama.

—¿Sí?

—Soy el sheriff Durrell. Necesitamos que usted y el señor Kitson vengan a la comisaría a responder unas preguntas.

—Ah, vale, pero... ¿habló con el señor Wicker?

—También nos lo hemos traído para interrogarle —me estremecí. Ese «también» era como si no hubiera ninguna diferencia entre nosotros, como si fuéramos cómplices.

—No sé dónde está la comisaría.

—Le iba a pedir al sargento Henderson que os escoltara pero anoche tuve que recurrir a sus servicios.

Miré por la ventana. El otro coche de policía no estaba.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Señorita Martínez —dijo con frialdad.

—Perdón.

—La comisaría está en Quebrada, a unos treinta kilómetros hacia el oeste de la casa de Beth Osway. Ella les guiará.

El sonido de la ducha paró de repente y la puerta del baño se abrió. Kit asomó la cabeza por el hueco.

—¿Con quién hablas? —susurró.

—Policía —le dije moviendo en silencio los labios. Me volví a concentrar en el

teléfono—. ¿Tenemos que ir ahora mismo?

Hizo una pausa para pensar.

—De momento pueden ir a casa de la señora Osway. Le diré lo que tienen que hacer. Pero tienen que ir allí directamente, ¿entendido?

Asentí tontamente y luego me acordé de decir:

—Sí, claro, iremos ahora mismo.

—Volveré a hablar con usted más tarde, señorita Martínez.

—Vale.

Kit salió del baño en vaqueros y se secaba el pelo con una toalla.

—¿Qué ha dicho?

—Quieren volver a hablar con nosotros —dije tristemente—. Se han llevado a Wicker a la comisaría.

—¿Otra vez? —dijo Kit—. ¡Dios! Ya se lo contamos todo. O sea, resolvimos su puto caso por ellos. ¿Qué quieren ahora?

Estaba tan indignado que casi sonrío.

—No creo que ellos lo vean así. Pero dicen que podemos volver a casa de Beth. Nos llamarán allí. Así que tenemos que irnos.

Frunció el ceño, hizo una pelota con su ropa y la metió otra vez en su bolsa de lona.

Cogimos otra carretera para volver a casa de Beth, más estrecha y todavía menos transitada, porque ya estábamos hartos de ir por la misma autopista. Parecía un atajo pero al final tardamos más. Kit les llamó y les dijo que íbamos para allá, y yo escuché cómo evitaba contestar a las preguntas frustradas de Beth con un vago:

—Sí, sí, ya os contaremos cuando lleguemos.

Me senté con los pies en el salpicadero y mi cuaderno en las rodillas y me puse a dibujar otra hilera de montañas. Éstas eran más pequeñas que las anteriores, colinas poco empinadas y cubiertas de matas oscuras que estaban situadas cerca de la carretera.

—¿Crees que la policía nos acusará de algo? —le pregunté.

Kit sacudió la cabeza.

—Qué va. No hemos hecho nada malo.

Le eché un vistazo, optimista.

—¿No?

—Bueno, a ver, sí... pero teníamos un buen motivo para hacerlo, ¿no? Ésa es la diferencia —sonaba como si estuviera tratando de convencernos a los dos.

Más adelante vi una gasolinera y al lado de la carretera un letrero de madera pintado a mano con la cara de una mujer y nubes de humo alrededor donde se leía «Jinjee, intérprete de sueños. ¹⁰ dólares/sueño».

—¡Kit! —exclamé—. ¡Para!

–¿Por qué? No necesitamos gasolina.

–¡No! –nos la estábamos pasando a toda velocidad. Le agarré del brazo–.
Para lo otro.

Frunció el ceño y frenó, metiéndose en el aparcamiento de la gasolinera.

–¿Qué otro?

Aparté la mirada, avergonzada.

–La intérprete de sueños. Quiero hablar con ella.

–¿Eh?

Suspiré y nuestras miradas se cruzaron por fin. Me incliné hacia el asiento de atrás y señalé el letrero.

–Escucha. Desde el día del accidente he tenido el mismo sueño todas las noches. Es sobre la chica. Quiero saber lo que significa.

–Yo te diré lo que significa. Te pusiste totalmente histérica cuando encontramos a la chica, por eso ahora sueñas con ella. Ya ves tú.

–No, es algo más que eso. En el sueño siempre me tiende las manos. Quiere que le dé algo, pero no sé qué es.

–¿Y crees que una chiflada de una gasolinera te va a dar la respuesta?

–Sólo quiero intentarlo –dije. Hasta a mí me sonaba patético–. Quiero decir, los indios interpretan los sueños, ¿no? Es parte de su cultura. Puede que me ayude a descifrarlo.

Kit estaba enfadado y se pasaba los dedos por el pelo.

–Vale, haz lo que quieras. Yo voy a comprarme un refresco –abrió la puerta del coche.

En la pequeña gasolinera, un hombre fornido con camiseta estaba organizando un estante de gafas de sol. Cuando entré levantó la vista.

–¿En qué puedo ayudarte? –preguntó.

–He visto el letrero –dije con un gesto.

–Ah, claro. Jinjee. Le diré que venga –abrió una puerta al fondo y pegó un grito. Una mujer salió arrastrando los pies. Llevaba una bata de seda morada atada a la cintura. Su pelo lacio negro azabache le caía a ambos lados de la cara, que estaba arrugada pero no envejecida. No sabría decir qué edad tenía. No parecía india, más bien podría pasar por china.

–Hola –dije incómoda–. Eh... Quería que me interpretara un sueño.

–Bien, diez dólares –dijo ella en un inglés poco fluido.

–Ah –me giré hacia Kit–. Mi dinero está en mi mochila. ¿Puedes...? Luego te lo devuelvo –miró al cielo con cara de indignación y abrió su cartera.

–Por aquí –dijo la mujer, abriendo la puerta del fondo que daba a un pasillo.

Tiré del brazo de Kit.

–Tú también vienes –le dije en voz baja.

–Ah, genial –dijo entre dientes.

Caminamos por el pasillo hasta llegar a otra puerta y cuando la abrió nos encontramos de nuevo en la calle, en el jardín trasero del edificio. Había una tienda de campaña improvisada a unos metros de distancia, con un área de tierra marrón rojiza libre de arbustos alrededor. Kit y yo la seguimos.

–Ni siquiera parece india –susurró Kit–. Probablemente sea sólo una freak de la New Age.

–¿Crees que es un timo?

Kit gruñó.

–Pues claro que es un timo –y luego dijo en tono sombrío–: Vas a hacer un largo viaje. Mantente alejada de los peces.

–Para –dije–. No es una adivina.

–Ah, vale. Lo siento. Intérprete de sueños. Es totalmente diferente. Es como una ciencia.

Le miré con el ceño fruncido.

–Mira, quiero volver a ser capaz de dormirme. Estoy tan cansada... A lo mejor puede ayudarme.

La tienda tenía un aspecto totalmente falso por fuera, decorada con dibujos de estrellas y llamas. Pero por dentro parecía real. Era oscura y sofocante y tenía un acre olor a sudor. La mujer se agachó en el medio y Kit y yo nos quedamos juntos en la entrada.

Kit tosió.

–¿Puedo dejar esto abierto? –preguntó.

–No –dijo la mujer–. Nada de luz.

–Nada de aire –me susurró Kit–. Aquí dentro apesta.

La mujer desató una bolsa de cuero y vació el contenido delante de ella, en el suelo. Separó las plumas, los tallos de flores y un montoncito de arena.

–Quizá yo debería interpretar uno de sus sueños –susurró Kit–. Le diré que estoy teniendo una visión de un desodorante.

Le di un codazo.

–Para ya –susurré.

–¿Para qué es toda esa basura? –le preguntó Kit.

Ella no respondió. Empezó a pasar las manos una y otra vez por los montones.

Kit se inclinó hacia mi oído.

–Ay, Dios. Allá vamos.

La mujer empezó a entonar una especie de canción muy desafinada. Pero Kit tenía razón. No parecía india. Después me entregó otra bolsita.

–Agítala –dijo. La agité.

–Más –repitió. Volví a agitarla y escuché el ruido sordo de lo que había dentro.

–Ahora –me hizo un gesto para que la vaciara. Un montón de piedrecitas de colores se esparcieron sobre las cosas que ella había dispuesto.

Las estudió con la cara inexpresiva y dijo:

–Cuéntame el sueño.

Así que le hablé del coche en medio de la tormenta, de la chica surgiendo de la carretera con los brazos extendidos y pidiéndome ayuda. Lo estaba viendo mientras hablaba, como si estuviera justo enfrente de mí: su pálida cara suplicante bajo la lluvia.

La mujer me miró fijamente. Parecía aburrida.

–No pidiendo ayuda. Ella ayudándote. Ella darte algo.

–¿Qué? –le pregunté–. ¿Qué me está dando?

La mujer se encogió de hombros con indiferencia.

–Ése tu sueño –dijo.

–Eso se merecía los diez pavos –dijo Kit cuando volvíamos al coche–. Ahora está todo claro.

Suspiré.

–Puede que tenga razón.

Kit sacudió la cabeza incrédulo.

–¿Te lo has creído?

–Todo este tiempo he pensado que la chica me estaba pidiendo ayuda. Pero quizá me estuviera ayudando.

–¿Ah, sí? ¿Cómo? ¿Despertándote cada noche?

–No –negué con la cabeza–. Ayudándome a ver las cosas con claridad.

–¿Como qué?

«Tú», pensé. «Jamie. Yo misma.» Pero no dije nada.

–Ay, ¡venga ya! Ha sido una gilipollez total. Soltó el cántico ése para asustarnos. Además, odio tener que decírtelo, pero parecía que se estaba aburriendo como una ostra con tu sueño.

Asentí con la cabeza.

–Ya, ya lo sé. Eso ha estado mal. Es como si tu psicólogo se aburriera con tus problemas.

Kit se rió.

–Deberías haberte inventado algo. Algo más interesante. Le podías haber contado un sueño sobre mí.

Chasqueé la lengua y sacudí la cabeza.

–No sueño contigo.

Me deslizó la mano bajo el pelo y me apretó el hombro.

–Igual deberías. Dormirías mejor.

Me solté, pero no pude evitar reírme de él.

Cerca de donde habíamos aparcado vi un montón de piezas de coches viejos

al lado de un contenedor: algunos neumáticos destrozados, un silenciador abollado, una batería con una capa blanca...

–¡Eh, mira! –dije–. Vamos a coger algo para Beth.

–¡Adelante! –dijo Kit mientras se montaba en el coche. Pensé en las piezas de metal de la escultura de Beth. Cogí el silenciador oxidado y lo tiré al suelo del asiento de atrás.

–Es como un regalo por la fiesta de inauguración de la casa –le dije a Kit.

–Freak –me contestó.

A primera hora de la tarde salimos de la autopista y entramos en la calle de Beth. El coche dio tumbos hasta llegar al jardín y los perros vinieron corriendo desde la zona en sombra que había junto al cobertizo, ladrando como locos. Se detuvieron cuando salimos del coche y nos rodearon alegres, agitando el rabo junto a nuestras piernas. Oscar metió la cabeza bajo mi mano.

De pronto me entró vergüenza y no quería ver a Beth. Pensaba en lo que le había dicho aquella noche en la cocina. Pero era demasiado tarde. Ella y Jamie salieron juntos de la casa y bajaron corriendo las escaleras del porche. Sus caras lo reflejaban todo: no sólo lo que les había pasado a ellos sino también lo que nos había pasado a nosotros y la mezcla resultante de asombro, pánico y preocupación. Cuando miré a Jamie sentí que lo veía como una persona separada de mí y de nuestra familia por primera vez.

–Hola –dije en voz baja.

–Hola –dijo Jamie–. Por fin habéis vuelto.

–¿Estáis bien? –Beth me miraba atentamente.

–Sí, estamos bien –contestó Kit–. Sólo un poco sedientos –les empujó al abrirse paso hacia la casa y yo subí corriendo las escaleras detrás de él.

Terminamos en el salón, con Kit dando vueltas por la habitación y contando lo que había pasado, yo sentada en el suelo agregando detalles y Jamie y Beth en el sofá, sumamente a gusto por compartir el mismo espacio. Era difícil explicarlo todo. Buena parte de las cosas que habíamos hecho eran la única opción posible en ese momento, pero ahora parecían más bien un cúmulo aleatorio de accidentes y pasos en falso. Costaba creer que hubiéramos hecho todo aquello.

–¿Entrasteis en su casa? –preguntó Beth sorprendida.

–¿Le cogiste una pastilla? –preguntó Jamie.

Y yo me limitaba a asentir con la cabeza, tratando de recordar nuestras razones. Les estábamos hablando del puñal cuando sonó el teléfono. Supe por la voz de Beth que era el sheriff Durrell.

–Sí –dijo ella–. Sí, Stan, están aquí –se alejó un poco de nosotros y fue hacia la cocina, pero alcanzamos a oír el murmullo del teléfono y su preocupación al responder «Ah» y «¿En serio?». Kit me miró.

–¿Eso hizo Kit? –dijo Beth–. Vaya. Sí, exacto –hizo una larga pausa y vi cómo se le tensaba la espalda–. No. No, Stan, por favor, no hagas eso. Lo entiendo, pero... –en ese momento se giró hacia nosotros frotándose la frente y

con mala cara—. Stan, no puedes hacer eso —dijo—. Ya lo sé. Sí, lo sé. Pero te llamaron. Te lo contaron todo. Gracias a ellos le habéis detenido.

¿Qué estaba diciendo él? ¿Qué iba a hacer con nosotros? Beth esperó un minuto más, tensa y seria, y entonces su mirada inquieta se dirigió hacia Jamie.

—Stan —dijo despacio—, escúchame. Sólo son niños.

Miró a Jamie fijamente y una nube de tristeza le cubrió el rostro. Parecía más mayor, resignada.

—Sólo son niños —repitió, sin apartar la vista de Jamie.

Se apartó de nosotros y se fue por el pasillo sin dejar de hablar por teléfono. Al cabo de un rato volvió al salón.

—Vale, de acuerdo. Eso parece justo. Gracias, Stan. Sí, ahora se pone.

Beth me hizo una señal y me levanté despacio a cogerlo; tenía un nudo en el estómago.

—¿Sí?

—Señorita Martínez —dijo el sheriff enérgicamente—, voy a hablar con sus padres sobre los últimos acontecimientos. Dígale al señor Kitson que contactaré también con los suyos.

—Vale —dijo tristemente—. Pero, por favor, no asuste a mi madre.

—Señorita Martínez, no es mi intención asustar a nadie. Me gustaría informar a sus padres de lo que han andado haciendo los últimos días —sonaba irritado—. Especialmente ahora que la policía no está dispuesta a presentar cargos.

No estaba segura de haberlo entendido.

—¿Quiere decir que no tiene que volver a hablar con nosotros?

—Tenemos una confesión —dijo.

—¿En serio? —sentí que me flaqueaban las rodillas. Me apoyé contra la pared y me desplomé lentamente en el suelo—. ¿De Wicker?

—Así es.

—¿Qué dijo? Por favor... ¿qué le pasó a la chica?

—No puedo hablarle de eso, señorita Martínez.

—¿Pero qué es lo que le hizo? ¿La drogó? ¿Fue así como murió?

—Señorita Martínez —dijo cortante—, no puedo hablarle de ello.

—Por favor —insistí.

Suspiró.

—El informe toxicológico completo tardará unas cuantas semanas más, pero estamos bastante seguros de lo que encontraremos.

—¿Saben quién era?

Hizo una pausa.

—La hemos identificado. Ahora me gustaría que me pusiera con el señor Kitson.

Me sentí aliviada. De repente no necesitaba saber quién era. No importaba.

Todo lo que quería era asegurarme de que no se desvanecía allí afuera, sin nadie que lo supiera, sin un nombre ni una casa ni una familia. Y eso ya no pasaría.

A veces me había sentido así de sola, como si pudiera desaparecer sin que nadie se diera cuenta. Pero no era verdad. Había conexiones diminutas dondequiera que mirara, vidas entrecruzándose y cambiando constantemente, como cuando cogí la pulsera o Jamie le besó a Beth la mano.

Crucé despacio la habitación y le pasé el teléfono a Kit.

Quizá nunca sabríamos lo que le había ocurrido a la chica pero puede que fuera mejor así. No saber podría ser una especie de saber.

Cuando Kit colgó Jamie empezó a hablar y rompió el silencio que reinaba en la habitación.

–¿Se ha acabado? –preguntó con sus ojos oscuros mirando fijamente a Beth.

–Se ha acabado –contestó ella.

Jamie no dijo nada.

–Wicker ha confesado –dijo Beth en voz baja–. Y están investigando su conexión con varias mujeres jóvenes.

Miré a Kit pensando en Elena.

–¿Qué le pasó a la chica? –preguntó Kit–. ¿Te lo ha dicho?

Beth negó con la cabeza.

–No mucho, sólo un poco. Todavía están esperando el informe médico sobre el consumo de drogas, pero todo apunta a que Wicker la recogió en la cafetería, se la llevó a su casa y le dio éxtasis. Supongo que eso provoca que se acelere el ritmo cardíaco y la presión sanguínea, así que ella tuvo una reacción inmediata debido al problema que tenía en el corazón. Un infarto generalizado.

Jamie sacudió la cabeza.

–¿Y luego la metió en el camión y la tiró sin más? ¿En la carretera, tal cual?

Nadie contestó. Nos quedamos sentados en silencio pensando en ello.

–¿Pero entonces quién era? –preguntó Kit finalmente–. ¿De dónde era?

–No me lo ha dicho –respondió Beth–. Todavía no han localizado a su familia –titubeó–. Pero vosotros os podéis marchar ya. Tenéis suerte. No van a presentar cargos.

–Sí, menuda suerte –dijo Kit sacudiendo la cabeza–. Por fin podemos empezar nuestras vacaciones de primavera. Cinco días más tarde, ¡jo! –miró a Beth y a Jamie–. Eh, Luce, ¿quieres ir a dar un paseo antes de que tengamos que volver a meternos en el coche?

Sabía lo que estaba pensando. Quería dejarlos un rato a solas.

–Vale –dije. Pero en el fondo pensaba que también nos dejaría a solas a nosotros y no estaba segura de que me apeteciera.

Cogí una botella de agua y salimos al jardín. Una lagartija pasó rozando la

tierra seca y se metió debajo de los escalones del porche, sacudiendo la cola hacia un lado antes de desaparecer. Oscar se abalanzó detrás de ella sin parar de ladrar, pero ya se había ido.

–Qué perro tan tonto –dijo Kit.

–No es tonto –repliqué, chasqueando los dedos delante de Oscar–. Es puro instinto.

Seguí a Kit por la maleza, quedándome atrás, sin saber muy bien de qué hablar. Pero él no estaba hablando. Caminamos en fila india por el desierto. Las montañas parecían un espejismo en la distancia. Le miré los músculos de la espalda bajo la camiseta.

Al cabo de un rato me gritó:

–¿Crees que algún día sabremos quién era?

–No lo sé. Quizá cuando la policía termine la investigación.

–Para entonces hará mucho tiempo que nos habremos ido.

–Sí, estaremos en casa –me sentí bien al decirlo. Mientras paseaba por aquella tierra dura y cálida pensé en Kansas, en la hierba de la pradera agitándose con el viento primaveral.

Kit señaló las montañas.

–¿Crees que podríamos llegar allí andando? En un día, me refiero.

Sacudí la cabeza.

–Están demasiado lejos.

–Sí, puede que tengas razón –esperó a que le alcanzara mientras se secaba la cara con la manga–. Jo, qué calor hace.

Desenrosqué la tapa de la botella y se la pasé. Él le dio un trago largo y luego se tiró un poco de agua por la cara.

–Toma –dijo, y al lanzármela me salpicó.

–¡Ay! ¡Está fría! –grité. Cogí la botella y bebí, consciente de que mis labios estaban tocando el lugar donde habían estado los suyos. Él me miraba.

Estábamos de pie en una zona arenosa con matas de hierba rojiza y pequeños matorrales de flores amarillas dispersos a nuestro alrededor.

–Paremos un rato –dijo Kit. Se dejó caer en el suelo, cruzó los brazos detrás de la cabeza y miró al cielo azul deslumbrante, con densos bancos de nubes de color blanco como los de los cuadros europeos antiguos.

Lo miré indecisa desde arriba.

–Nos vamos a quemar.

Él cerró los ojos.

–No, ya es muy tarde. Venga, tumbate. Vamos a echarnos una siesta.

Tragué saliva, nerviosa.

–Ya no puedo dormir, ¿recuerdas? –dije.

Se movió un poco para que le diera el sol.

–¿Y? Túmbate.

Tenía los ojos cerrados. Parecía que se estaba quedando dormido.

–Venga, Luce –insistió con voz adormilada. Alargó la mano y buscó mi pierna, tirando de mí hacia donde él estaba tendido.

–Es demasiado pedregoso –me quejé. Notaba los guijarros, las ramitas y los tallos duros que se me clavaban en los hombros–. Puede que haya bichos.

–Shhh... –dijo Kit–. Es como la playa –se volvió a mover deslizando su brazo debajo de mí. Empecé a alejarme, pero su respiración era tan lenta y constante que probablemente se estaba quedando dormido. Y además estaba cómoda con la suave presión de su brazo detrás de mi cabeza y el sol dándome en la cara.

Escuché el débil sonido vibrante del desierto a nuestro alrededor. Antes ese sonido me había resultado amenazador pero ahora me tranquilizaba. Era el pulso firme de la vida donde uno menos se imagina.

Me giré hacia Kit y noté que se movía un poco para que estuviera cómoda. Con cuidado, apoyé la cabeza contra su pecho. Oí los latidos de su corazón a través de la fina tela de su camiseta. Por primera vez desde que llegamos a Nuevo México me sentía completamente segura.

Cerré los ojos y me dormí.

Cuando los abrí Kit ya estaba despierto y miraba al cielo con los ojos entrecerrados. Empecé a incorporarme pero me dijo:

–No te muevas. Se está bien así.

Así que me volví a apoyar en él.

–No me puedo creer que haya dormido –dije pegada a su camiseta–. Ni siquiera he soñado.

–Sí, estabas K. O. Se me ha dormido el brazo.

–Ay, lo siento –dije, y empecé a levantarme de nuevo.

Pero Kit sonrió y me sujetó más fuerte con el brazo.

–Es igual, no pasa nada.

Pensé en todas aquellas chicas de instituto: Maddie Dilworth, Kristi Bendall, Lara Fitzpatrick... Las novias antiguas, las nuevas, las futuras. Traté de imaginarme a Kit pasando por delante de mí en el pasillo del colegio acompañado por un grupo desordenado de chicos de segundo de bachillerato, sonriéndose y sin apenas mirarme. Me puse triste. Los últimos días parecía que habíamos estado fuera del tiempo.

–Así que esto es todo, ¿no? –dije al cabo de un minuto–. Cuando vayamos a casa todo volverá a ser como antes. En el colegio y eso, quiero decir.

–Bueno, sí –se dio la vuelta para mirarme–. Como debe ser, ¿no?

Sí. Él estaba en segundo. Yo era la hermana de Jamie.

Kit me agarró la mano, deslizando sus dedos entre los míos.

–Lo siento –dijo.

Se le veía en la cara que era verdad. Hay personas a las que se les da bien decir que lo sienten y otras a las que no. A los que no se les da bien se limitan a poner excusas –lo siento, pero...–, o te echan la culpa –lamento que te sientas así–, o lo hacen con prisas para quitárselo de encima, porque en realidad no lo sienten en absoluto. Pero la gente a la que se le da bien te hacen saber lo mal que se sienten y no tratan de protegerse a sí mismos de lo mal que puedas estar sintiéndote tú. Cuando Kit dijo que lo sentía fue así.

–¿Estás bien? –preguntó.

–Sí –contesté. Y era verdad.

Le bordeé la cara con el dedo. Él se inclinó hacia mí y respiró suavemente en mi pelo.

–Me gustas, Luce. En serio, me gustas mucho.

Le sonreí.

–Le voy a decir a la gente que me he acostado contigo.

Se rió.

–Adelante.

–Arruinaré tu reputación.

–Ésa es mi reputación.

Puse las manos a ambos lados de su cara y la sujeté justo encima de la mía. Lo único que veía eran sus profundos ojos moteados. No me arrepentía de nada de lo que había pasado. Me daba la sensación de que con Kit había descubierto una parte diferente de mí misma.

–Así que tú y yo no vamos a estar nunca juntos –le dije.

Kit me miró.

–¿Quién ha dicho eso?

Y aunque me había prometido a mí misma que no lo haría, empecé a besarle de nuevo. Le agarré la cara con las manos y puse mi boca abierta contra la suya, llenándome de su olor y su sabor. Nos besamos sin parar. Pese al hecho de estar rodeada por el desierto me sentía como si me estuviera ahogando, como si una ola de sentimientos me estallara en la cabeza.

Pero incluso en ese momento supe que lo que más iba a echar de menos no sería besarle sino quedarme dormida junto a él. De alguna manera era lo más íntimo que habíamos hecho. Y sabía, de esa forma que uno presiente a veces el futuro con una claridad pasmosa, que pasado mucho tiempo, cuando pensara en Kit, ése sería el momento que me gustaría revivir.

Cuando volvimos a casa el macuto de Jamie estaba abandonado en el porche y parecía imponente. Toronto estaba tumbado a su lado protegiéndolo.

Beth estaba de rodillas en el salón, pintando con su camisa de trabajo salpicada. Me sobresalté al ver que estaba exactamente igual que cuando la vimos por primera vez. No nos miró cuando entramos. Estaba muy seria y concentrada en su trabajo. Pintó el metal de azul turquesa con firmes brochazos. Me acordé del silenciador.

–Eh –dije–, tenemos algo para ti.

Alzó la vista.

–¿El qué?

–Está en el coche. ¿Puedes venir?

Colocó la brocha en el borde de la lata y me siguió hacia la calle. Cuando abrí la puerta de atrás del coche sonrió.

–¿De dónde has sacado esto?

–De una gasolinera, estaba entre un montón de chatarra. Me pareció que era algo... –sentí vergüenza y me callé–. Algo que podría gustarte.

–Claro que me gusta –lo levantó hábilmente del reposapiés y le dio unos golpes contra sus vaqueros. Vimos cómo el polvo cobrizo de óxido iba cayendo al suelo. Empecé a cerrar la puerta del coche pero ella me frenó. Estaba mirando mi bloc de dibujo, que se había abierto al caer en el asiento de atrás.

–¿Puedo?

Era el paisaje que había estado dibujando. Dudé.

–Sí, supongo.

Beth apoyó el silenciador contra el coche, cogió el cuaderno y se puso a analizar la escena. Dio la vuelta a la hoja. Era el boceto de Kit durmiendo. Traté de agarrarlo rápidamente, pero me frenó. Giró el dibujo lentamente y lo observó bien. Cuando alzó la cabeza y me miró, sus ojos revelaban una gran comprensión y una especie de compasión.

–Ahora sí –dijo finalmente, devolviéndome el cuaderno–. Dibujaste lo que sentías.

Nos quedamos ahí de pie, mirándonos, y Beth cogió el silenciador y le dio la vuelta en la mano como si fuera algo frágil.

–¿Crees que pasa algo por hacer una tontería, una verdadera tontería, una vez en la vida? –preguntó.

¿Me lo estaba preguntando a mí? Tragué saliva y miré al suelo.

–¿A qué te refieres?

–¿Pasa algo por hacer una estupidez? No porque no seas sensato sino todo lo contrario. Y aun así no lo puedes evitar. Un error. Un error terrible y maravilloso.

Su voz era suave pero intensa.

–¿Pasa algo? ¿Está permitido?

Parecía algo tan insignificante dicho así. En una larga vida entera, ¿se podía aceptar que una persona cometiera un error?

–No lo sé –dije–. Depende de lo que sea. Depende de a quién se haga daño.

Se quedó en silencio.

–Tienes razón –dijo finalmente, y se alejó.

Pensé en cómo Jamie la miraba, en la felicidad ciega que le había cambiado la cara.

–Beth –dije, tocándole el brazo. Respiré hondo–. No ha sido un error.

Se le suavizó la cara.

–Gracias –contestó, y subió los escalones hacia la casa.

Jamie estaba hablando por teléfono cuando entramos.

–Es papá –susurró haciéndome un gesto.

Suspiré. ¿Qué le íbamos a contar? Quizá la policía ya se había encargado de eso por nosotros.

–¿En serio? –dijo Jamie–. ¿Puedes? ¿Pero no tienes que trabajar? –estaba asombrado–. ¿Hiciste eso? Bueno, eso sería... no, es genial. Vale, sí, te veremos allí. Toma, habla con Luce –me pasó el teléfono, incrédulo.

–¿Papá? –me apreté el teléfono contra el oído.

–Hola, nena. Escucha, se lo estaba diciendo ahora mismo a tu hermano. He reservado habitaciones para todos en el Century Resort que hay a las afueras de Albuquerque. Me he cogido el resto de la semana libre.

No me lo esperaba para nada y casi se me cae el teléfono.

–¿Estás pidiendo días libres en el trabajo? Pero dijiste que tenías reuniones.

–Sí –dijo–. Pero he cambiado un poco los planes. Voy a coger un vuelo en Phoenix en un par de horas. Si vais a Albuquerque esta noche pasaremos el resto de la semana juntos.

–¿O sea que no vamos a Phoenix?

–Está demasiado lejos. Si pasáis otro día conduciendo no os quedarán casi vacaciones.

Sentí un fuerte impulso de añoranza. Echaba de menos la firmeza de su voz, su gran poder de decisión.

–Papá, ¿has hablado con la policía?

–Por supuesto que sí –hizo una pausa–. Y vuestra madre también.

Mamá. Tenía que llamarla. Y a Ginny también. No se iba a creer todo lo que había pasado. Ambas eran la conexión con mi vida de Kansas.

–Parece que habéis tenido una semana muy movida –dijo mi padre.

Esperaba el inevitable aluvión de advertencias y consejos, la larga lista de cosas que deberíamos haber hecho de otra forma. Pero no llegó nunca.

–Me alegra mucho que estéis todos bien. Y escucha, nena, éste es un buen sitio: tenis, piscina, golf... Podemos relajarnos y pasar un poco de tiempo juntos. Suena bien, ¿eh?

–Sí, muy bien –contesté.

–Entonces nos vemos pronto, ¿vale?

–Vale, papá. Genial.

Colgué el teléfono y miré a Jamie, que estaba sacudiendo la cabeza, asombrado.

–¿Qué mosca le ha picado?

–No lo sé –dijo–. A lo mejor nos echa de menos.

Jamie recogió el resto de sus cosas en silencio. Las mías y las de Kit seguían en el coche, así que nos quedamos de pie esperándole en el salón. Nos sentíamos un poco violentos. Cuando vino por el pasillo parecía afligido, como si no supiera lo que tenía que hacer a continuación. Beth se quedó donde estaba, pintando. Jamie no paraba de echarle vistazos pero ella apenas miró hacia arriba cuando llegamos a la puerta. Me preguntaba qué se habrían dicho antes.

–Bueno –Kit abrió la puerta. Los perros se agolparon delante con ganas de salir. Hizo un gesto hacia la escultura–. Quizá veamos eso tuyo algún día. En el aeropuerto.

Finalmente Beth nos miró.

–Quizá –dijo. Le dio un golpecito al silenciador, que retumbó con un sonido metálico–. Y esto también. Le he encontrado un hueco.

Jamie estaba de pie indeciso, mirándola.

–Conducid con cuidado –dijo, sonriendo un poco.

Me miró.

–Sigue dibujando, Lucy –dijo–. Quizá vea tus cosas algún día.

Sonreí.

–Gracias. Gracias por todo.

–Sí –dijo Kit–. Gracias –miró a Jamie–. Vámonos.

Jamie seguía dudando y cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro. De repente, fue hacia Beth y se agachó detrás de ella, estrechándola entre sus brazos y apretando la cara contra su cuello. El cuerpo de Beth se puso rígido durante un segundo y su brocha se detuvo en medio de la pincelada. Pero todo lo que hizo fue levantar la mano que tenía libre y tocar dulcemente la cara de Jamie.

Él se levantó y nos empujó al pasar y Kit lo siguió hacia el jardín. Estaba anocheciendo. Me arrodillé un momento entre los dos perros y les froté las orejas.

–Adiós –les susurré.

–Adiós –gritó Beth con voz temblorosa.

Y entonces llegamos a la autopista, de nuevo los tres. Kit y Jamie delante. Yo detrás, mirando por el parabrisas la misma carretera oscura a través del desierto vacío, con las descomunales montañas en el horizonte.

No nos habíamos alejado mucho cuando vimos algo que cruzaba la carretera justo donde los faros. Lo vimos todos a la vez. Jamie pegó un gran frenazo; las ruedas chirriaron y el coche derrapó metiéndose en el otro carril. Nos echamos hacia delante bruscamente y la correa del cinturón se me clavó en el pecho. Agarré la parte de atrás del asiento delantero y en la oscuridad sentí que la mano de Kit tocaba la mía.

Pero el coche frenó.

Y delante de nosotros, inmóvil ante el foco de luz, había un coyote. Era delgado y gris y tenía un aspecto desastroso y una pata levantada. Giró su delgada cara hacia nosotros: tenía las orejas levantadas y sus ojos amarillos le brillaban.

Se quedó allí parado un rato, suspendido en la luz, flotando como un fantasma en el enorme desierto sumido en la oscuridad. De pronto pisó el asfalto con la pata y cruzó la carretera, rozando ligeramente la superficie. Y se desvaneció en la noche.

Nadie dijo nada. Arrancamos de nuevo. Jamie giró el volante despacio y nos volvimos a incorporar al carril. En medio del profundo silencio del coche supe que todos nos sentíamos igual: agradecidos por habernos librado milagrosamente, por ver algo tan salvaje y sobrecogedor, por ser testigos de cómo aquella vida insignificante se adentraba en el futuro.

Agradecimientos

Estoy en deuda con mucha gente por la ayuda que me han prestado al escribir este libro. Mi editora, Christy Ottaviano, es una crítica atenta y una defensora incondicional que me animó valientemente cada vez que me desviaba hacia un terreno desconocido y que me ayudó a encontrar el camino. Me siento igual de afortunada por haber recibido el apoyo del personal de Holt, desde los correctores hasta los representantes de ventas, pasando por los diseñadores, que han trabajado tanto y a menudo de forma invisible para dotar a mis libros del mejor aspecto posible antes de salir al mundo. Mi agente, Steven Malk, me ha dado consejos muy útiles durante todo el proceso.

Cargué a un puñado de lectores con una de las últimas versiones de este manuscrito y les di muy poco tiempo para leerlo, y sus comentarios inteligentes lo mejoraron por todas partes. Les doy las gracias por sus diversas perspectivas y por ofrecerme nuevas percepciones. Estoy sumamente agradecida a Mary Broach, a Claire Carlson (e *in absentia* a la madre de Claire, Barbara Streeter, por su inspiración para la pulsera), a Laura Forte, a Jane Kamensky, a Carol Sheriff y a Zoe Wheeler.

Quisiera dar las gracias especialmente a mis dos asesores en materia policial: el agente Jack Toomey y en particular al jefe de policía Fran Hart, que contestó pacientemente mis innumerables preguntas acerca del procedimiento policial y que demostró que comprendía a la perfección cuáles eran las exigencias de la historia.

Finalmente quiero dar las gracias a mi familia, las estrellas que me guían en mi cielo nocturno: mi marido Ward Wheeler y mis hijos Zoe, Harry y Grace.

Título original: *Desert Crossing*

Edición en formato digital: septiembre de 2012

Colección dirigida por Michi Strausfeld
© Henry Holt and Company, LLC, New York, 2006
© Elise Broach, 2006
© De la traducción, Mireya Hernández Pozuelo, 2011
© Ediciones Siruela, S. A., 2011
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-975-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Capítulo 1	7
Capítulo 2	11
Capítulo 3	14
Capítulo 4	17
Capítulo 5	20
Capítulo 6	23
Capítulo 7	29
Capítulo 8	32
Capítulo 9	36
Capítulo 10	42
Capítulo 11	48
Capítulo 12	52
Capítulo 13	56
Capítulo 14	60
Capítulo 15	63
Capítulo 16	67
Capítulo 17	72
Capítulo 18	75
Capítulo 19	78
Capítulo 20	82
Capítulo 21	85
Capítulo 22	90
Capítulo 23	94
Capítulo 24	99
Capítulo 25	108
Capítulo 26	112
Capítulo 27	116
Capítulo 28	121

Capítulo 29	126
Capítulo 30	128
Capítulo 31	131
Capítulo 32	139
Capítulo 33	141
Capítulo 34	146
Capítulo 35	149
Capítulo 36	155
Capítulo 37	162
Capítulo 38	168
Agradecimientos	172
Créditos	173